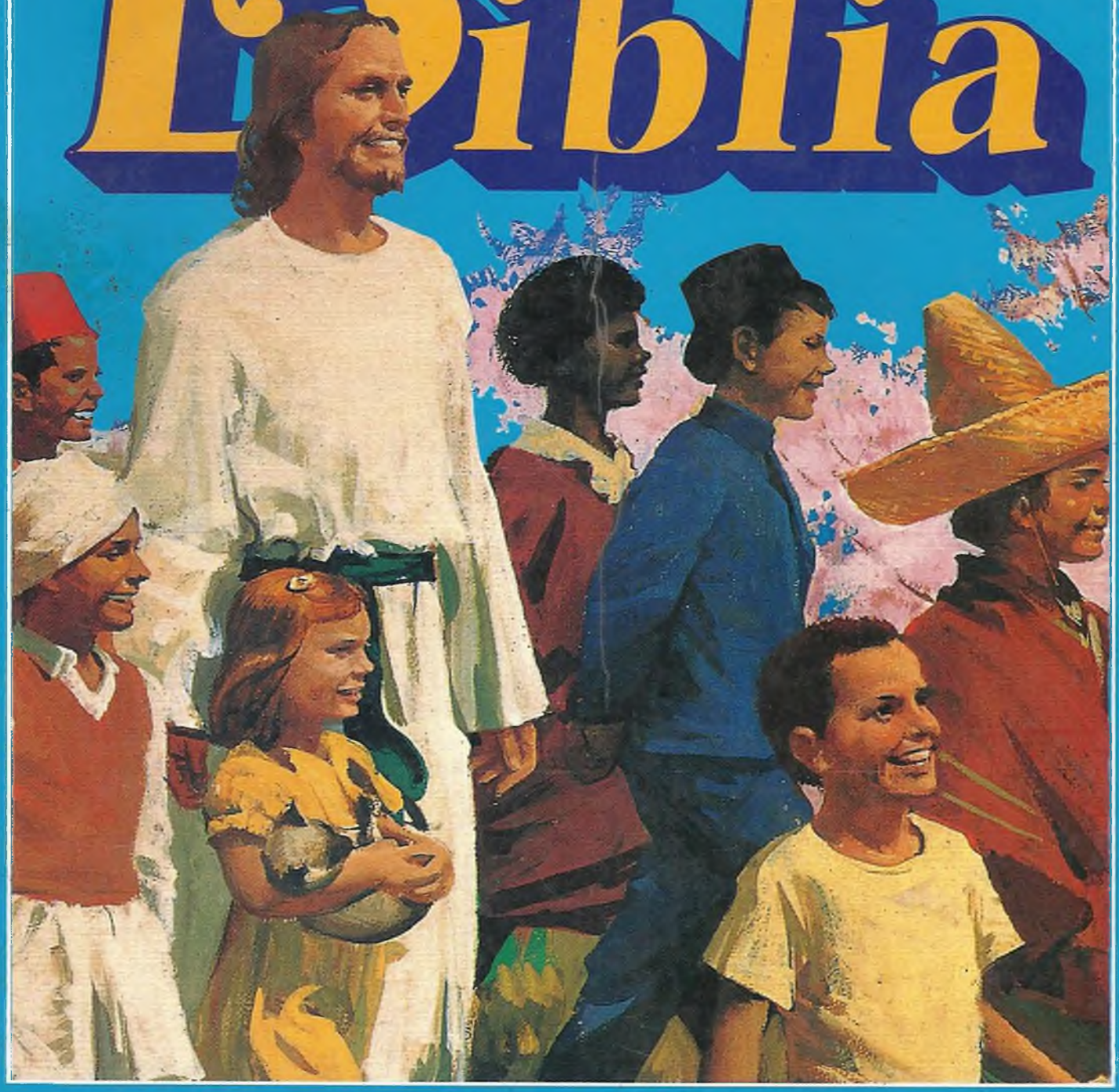
Las Bellas Historias de la Biblia



ARTHUR S. MAXWELL

Las Bellas Historias de la Biblia

En Marcha Hacia la Gloria

(Desde la ascensión de Cristo hasta la venida de su reino)

TOMO X

Las Bellas Historias de la Biblia

En Marcha Hacia la Gloria ✦ Tomo Diez

Por Arthuro S. Maxwell
Autor de *Mis historias favoritas*

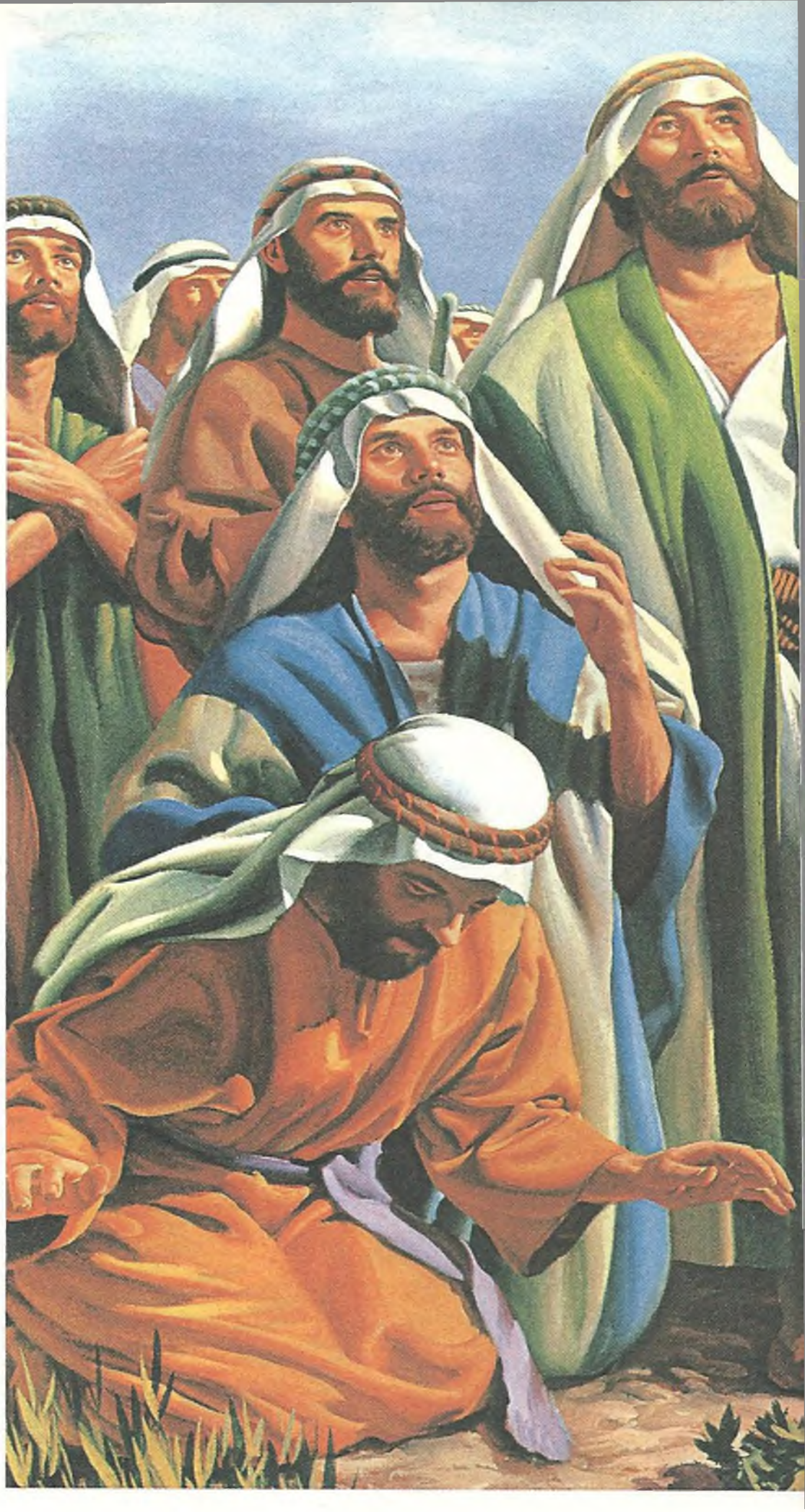
Los pasajes bíblicos de esta obra han sido tomados literalmente de la Nueva Versión Internacional, que contiene un lenguaje claro y fresco que los niños de hoy comprenderán fácilmente.

Más de 400 historias en diez tomos que abarcan la Biblia entera, desde el Génesis hasta el Apocalipsis

Mission Publications

Translation copyright, 2009,
by Mission Publications.
Illustrations copyright, 1994,
by the Review and Herald
Publishing Association.
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de su contenido
literario o pictórico debe ser re-
producido sin permiso de los
editores.

OFFSET IN KOREA



Mientras los sorprendidos discípulos ven cómo el Maestro desaparece entre las nubes, un ángel les dice: "¿Qué hacen aquí mirando al cielo? Este mismo Jesús... vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse".

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

ÍNDICE

Primera Parte: Historias de la Primera Iglesia Cristiana

Hechos 1:12 a 12:19

1. La llama del cielo 9
2. Hombres encendidos 14
3. Un mendigo es sanado 17
4. De prisioneros a predicadores 21
5. Hijos de consolación 26
6. El hombre del rostro resplandeciente 31
7. Semillas en el viento 35
8. Un antiguo libro resplandece 38
9. El enemigo se convierte en campeón 42
10. Gacela 47
11. Animales en el cielo 52
12. Se abren las puertas de la prisión 57

Segunda Parte: Historias de los Primeros Misioneros Cristianos

Hechos 13:1 a 28:31

1. Saulo se convierte en Pablo 65
2. Confundidos con dioses 69
3. Se resuelve un gran problema 76
4. Cantando en la cárcel 79
5. El lavador de heridas 85
6. Trastornando el mundo 89
7. Buscadores de la verdad 93
8. Siete hermanos necios 97

9. La fogata en Éfeso 100
10. El joven que se durmió en la iglesia 103
11. Un sermón desde las gradas 106
12. El niño con un secreto 111
13. Se perdió el cielo por poco 114
14. Un ángel en la tempestad 118

Tercera Parte: Historias de las Primeras Cartas Cristianas

Romanos 1:1 a Judas 25

1. Las cartas de amor de Pablo 125
2. El amor en su mejor expresión 128
3. Una familia amante 132
4. La armadura de Dios 135
5. Con los ojos puestos en el objetivo 139
6. El tejido del amor 143
7. Consuelo para los tristes 145
8. ¡Pelea la buena batalla! 149
9. El esclavo que huyó 152
10. ¡Sigamos adelante! 157
11. Dios es amor 161

Cuarta Parte: Historias del Triunfo Final de Cristo

Apocalipsis 1:1 a 22:21

1. La voz detrás de ti 167
2. Vencedores con Cristo 171
3. Hay Alguien a la puerta 176
4. El trono de Dios 180
5. Los caballos de la historia 184
6. Dios marca a los suyos 189
7. El último mensaje de amor 192
8. Cuando Jesús venga 196
9. Dios finalmente vence 201
10. Todas las cosas son hechas nuevas 205

PRIMERA PARTE

Historias de

la Primera Iglesia Cristiana

(Hechos 1:12 a 12:19)

La llama del cielo

(Hechos 1:12-15; 2:1-4)

¡LOS ángeles se deben haber sentido muy felices ese glorioso día de la ascensión! Casi puedo sentir su alegría radiante, ¿y tú? Llenos de gozo, se agolpan alrededor de su amado Señor mientras se dirigen rápidamente hacia el cielo, cantando el cántico de victoria de David:

"Eleven, puertas, sus dinteles;
levántense, puertas antiguas,
que va a entrar el Rey de la gloria".

"¿Quién es este Rey de la gloria?", pregunta una voz desde la morada del Altísimo.

Y a eso responden los ángeles triunfalmente:

"El Señor, el fuerte y valiente,
el Señor, el valiente guerrero.
Eleven, puertas, sus dinteles;
levántense, puertas antiguas,
que va a entrar el Rey de la gloria".[1]

Sí, Jesús es el gran Conquistador. Ha luchado con Satanás y lo ha vencido. Ha muerto y resucitado. Ha demostrado que el amor de Dios es más fuerte que el odio del diablo, y que todos

← ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

Cuando Jesús ascendió al cielo después de una vida de sacrificios, fue recibido con júbilo por miríadas de ángeles, muchos de los que lo habían acompañado durante sus padecimientos.

los planes de Satanás fracasarán.

Ahora, ocupa otra vez su lugar "a la derecha de la Majestad en las alturas".[2] Pero, en medio de esa gloria indescriptible, ¿se olvidará Jesús de los humildes seguidores que ha dejado en la tierra? ¡No, por supuesto! Al contrario, los contempla con más amor que antes, confiando en que cumplirán sus órdenes.

Además, les habla a los ángeles acerca de sus discípulos para que ellos también lleguen a interesarse en sus amigos terrenales. Y los ángeles están atentos a la menor insinuación suya para volar a ayudarlos en caso de necesidad.

Mientras tanto, en la tierra, en un salón de la ciudad de Jerusalén, reina gran agitación. Hay allí 120 personas, entre las que se encuentran los 11 discípulos que acaban de observar la ascensión de Jesús desde la cumbre del monte de los Olivos. Los otros están llenos de preguntas.

–¿Es cierto que lo vieron ascender hacia el cielo? –pregunta uno–. ¿Y a qué altura estaba cuando ya no lo pudieron ver más?

–Y esa nube que lo envolvió –dice otro–, ¿era una nube real o una multitud de ángeles?

–Dígannos algo acerca de los dos varones vestidos de blanco –les pide otro–. ¿Están seguros de que el Maestro los envió? ¿Y es cierto que les dijeron que Jesús vendría otra vez?

Repentinamente, se acuerdan de que el Señor les dijo que esperaran en Jerusalén hasta recibir el "poder de lo alto". Pero ¿qué había querido decir con eso? ¿Qué poder? ¿Para qué? ¿De qué manera los ayudaría?

Sin embargo, nadie puede responder estas preguntas. Tendrán que esperar para ver qué sucede. Entonces, se les ocurre que, si Jesús les va a enviar poder del cielo, deben prepararse para re-

cibirlo. Por eso comienzan a orar con todo fervor.

¡Y qué hermosas reuniones de oración celebran! Me parece oírlos agradecer a Dios por haber enviado a Jesús para vivir entre los hombres y morir por ellos. Me los imagino también agradeciéndole por los felices días que habían pasado en compañía de Jesús, gozando de su amistad.

Estoy seguro de que algunos de ellos le habrán dicho a Dios cuánta necesidad tienen de valor y fortaleza para hablar de Jesús al mundo, y con cuánto fervor desean ser buenos y valientes.

Y a medida que se acercan a Dios en oración, comienzan a acercarse también unos a otros. Algunos piden perdón por las palabras ásperas que han dicho o por las acciones poco amables que han realizado. Hay lágrimas en muchos ojos, y de tanto en tanto se oye que alguno exclama: "¡Por supuesto, te perdono! ¡Por favor, perdóname a mí también!"

De ese modo, todos comienzan a experimentar algo de la felicidad que resulta de cumplir el hermoso mandamiento de Jesús: "Que se amen los unos a los otros, como yo los he amado".

Y así permanecen juntos días tras día, esperando que Jesús cumpla su promesa, aguardando recibir el "poder de lo alto". Por fin, cuando llega el día de Pentecostés, siete semanas después de la crucifixión, ocurre algo realmente maravilloso.

De repente, se oye el sonido de un viento poderoso que hace

temblar las ventanas, cierra las puertas de un golpe y sacude toda la casa.

Entonces, sobre la cabeza de cada uno de los presentes, aparece una lengua de fuego. Los que están en la parte de atrás del salón la ven brillar sobre la cabeza de Pedro, Santiago, Juan y el resto de los apóstoles. Y al mirarse unos a otros, ellos también las ven brillar hasta sobre la cabeza del más humilde de los discípulos presentes.

Por un momento, parece que toda la casa es presa de las llamas. Y en cierta medida, eso es real. Hasta entonces, el salón había estado en silencio. Solo podían oírse las voces de aquellos que oraban. Pero ahora, después de la llegada de ese viento impetuoso y de las llamas de fuego, la escena ha cambiado por completo. En un instante, todos están llenos de gran celo y actividad. Sienten que ya han orado lo suficiente; ahora deben salir y contarle al mundo acerca de su Señor resucitado.

Desde este salón iluminado por llamas de fuego, salen 120 hombres y mujeres encendidos con el amor de Dios, ansiosos de llevar la luz de su evangelio hasta los últimos rincones de la tierra.

---

[1] Salmo 24:7-9.
[2] Hebreos 1:3.

ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

Hombres encendidos

(Hechos 2:5-42)

A MEDIDA que los discípulos van por las calles de Jerusalén, encendidos con las buenas noticias acerca de Jesús, experimentan una gran sorpresa. ¡Todos los extranjeros que están de visita en Jerusalén parecen entender lo que están diciendo!

El rostro de los extranjeros de otras tierras se ilumina a medida que escuchan el mensaje del amor de Jesús que les transmiten estos hombres humildes y sin educación formal.

–"¿No son galileos todos estos que están hablando? –preguntan–. ¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye hablar en su lengua materna?"

Les parece increíble que hombres provenientes del norte de Palestina y que nunca han asistido a la escuela puedan hablar en tantos idiomas como para que los entiendan perfectamente "partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y de Asia, de Frigia y de Panfilia, de Egipto y de las regiones de Libia cercanas a Cirene; visitantes llegados de Roma;... cretenses y árabes".

–¿Cómo es posible –se preguntan los extranjeros– que podamos oírlos contar, en nuestros propios idiomas, las poderosas obras de Dios?

–"Lo que pasa es que están borrachos" –comenta uno des-

pectivamente.

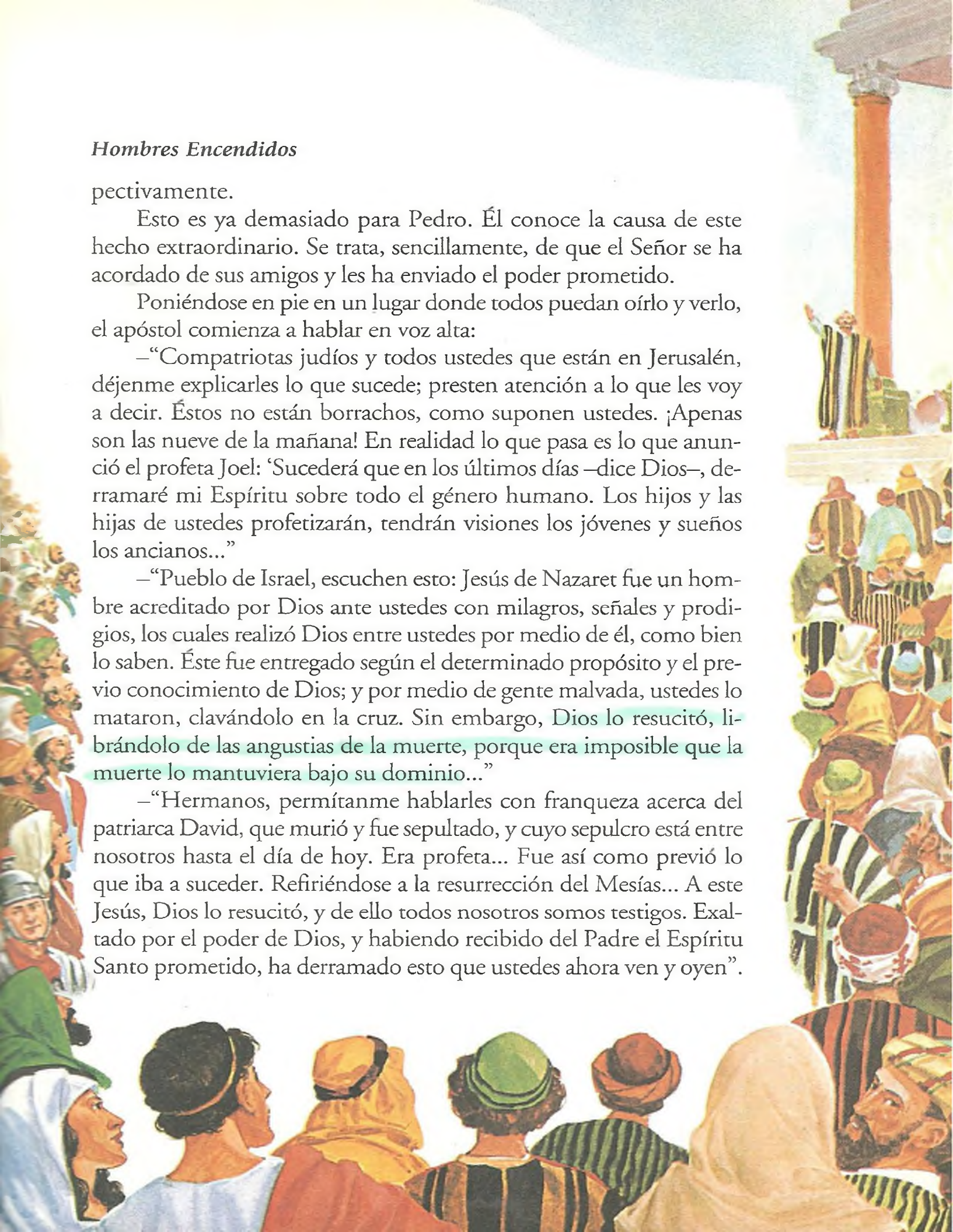
Esto es ya demasiado para Pedro. Él conoce la causa de este hecho extraordinario. Se trata, sencillamente, de que el Señor se ha acordado de sus amigos y les ha enviado el poder prometido.

Poniéndose en pie en un lugar donde todos puedan oírlo y verlo, el apóstol comienza a hablar en voz alta:

–"Compatriotas judíos y todos ustedes que están en Jerusalén, déjenme explicarles lo que sucede; presten atención a lo que les voy a decir. Éstos no están borrachos, como suponen ustedes. ¡Apenas son las nueve de la mañana! En realidad lo que pasa es lo que anunció el profeta Joel: 'Sucederá que en los últimos días –dice Dios–, derramaré mi Espíritu sobre todo el género humano. Los hijos y las hijas de ustedes profetizarán, tendrán visiones los jóvenes y sueños los ancianos..."

–"Pueblo de Israel, escuchen esto: Jesús de Nazaret fue un hombre acreditado por Dios ante ustedes con milagros, señales y prodigios, los cuales realizó Dios entre ustedes por medio de él, como bien lo saben. Éste fue entregado según el determinado propósito y el previo conocimiento de Dios; y por medio de gente malvada, ustedes lo mataron, clavándolo en la cruz. Sin embargo, Dios lo resucitó, librándolo de las angustias de la muerte, porque era imposible que la muerte lo mantuviera bajo su dominio..."

–"Hermanos, permítanme hablarles con franqueza acerca del patriarca David, que murió y fue sepultado, y cuyo sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Era profeta... Fue así como previó lo que iba a suceder. Refiriéndose a la resurrección del Mesías... A este Jesús, Dios lo resucitó, y de ello todos nosotros somos testigos. Exaltado por el poder de Dios, y habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo prometido, ha derramado esto que ustedes ahora ven y oyen".



¡Qué discurso! Con ojos llameantes y voz poderosa, Pedro habla acerca de Jesús: de su vida, de su muerte, de su resurrección y de la manera asombrosa en que cumplió todas las profecías.

Sin temer ya a los sacerdotes ni a los dirigentes, a los escribas ni a los fariseos, el apóstol exclama:

–"Por tanto, sépalo bien todo Israel que a este Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Mesías".

Hasta los mismos discípulos están sorprendidos ante la valentía de Pedro. ¿Qué puede haberle ocurrido? ¿De dónde ha recibido el poder de la elocuencia para mantener atenta a una multitud de miles de personas como esa?

Sí, algo le ha ocurrido. El poder de Dios ha descendido sobre él. Su corazón está lleno del fuego y del entusiasmo del Espíritu Santo. Pedro, el cobarde, el que negó tres veces a su Señor, ha llegado a convertirse en Pedro, el intrépido y poderoso predicador del evangelio.

Entretanto, algunos comienzan a hacer preguntas.

–"Hermanos, ¿qué debemos hacer?

–"Arrepiéntase y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados –les contestó Pedro–, y recibirán el don del Espíritu Santo. En efecto, la promesa es para ustedes, para sus hijos y... para todos aquellos a quienes el Señor nuestro Dios quiera llamar".

Y así sigue hablando, poderosamente, rogando a los jóvenes y adultos que entreguen sus corazones al Señor.

–"¡Sálvense de esta generación perversa!" –les dice.

La respuesta es extraordinaria. Tres mil personas aceptan a Jesús como Salvador, y acaba de nacer la Iglesia Cristiana.

Un mendigo es sanado

(Hechos 3:1 a 4:4)

CUANDO el fuego de Dios entró en sus corazones, ¡los discípulos descubrieron que no solo podían predicar, sino también sanar! Además de ser capaces de hablar en varios idiomas, podían curar a la gente de toda clase de enfermedades. Se habían convertido en predicadores y médicos.

En lugar de que una sola persona realizara milagros, eran más de 100 los que podían hacerlo. La obra que Jesús había realizado solo, ahora era llevada a cabo por muchos. ¡No es de extrañar que Jerusalén se viera revolucionada!

Un día, mientras se dirigían al templo, Pedro y Juan vieron que un paralítico era traído por algunos amigos hasta una de las puertas de entrada para pedir limosna a los que pasaban. Los discípulos lo habían visto varias veces antes y habían sentido compasión por él. Pero ahora sí podían ayudarlo.

–"¡Míranos!" –le dijo Pedro, para llamar la atención del pobre paralítico.

Este levantó la vista, esperando recibir limosna; pero los apóstoles tenían para él algo mejor que dinero.

–"No tengo plata ni oro –declaró Pedro–, pero lo que tengo te

doy. En el nombre de Jesucristo de Nazaret, ¡levántate y anda!"

Tomando al hombre lisiado de la mano, Pedro lo levantó. De inmediato, "los pies y los tobillos del hombre cobraron fuerza. De un salto se puso en pie y comenzó a caminar. Luego entró con ellos en el templo con sus propios pies, saltando y alabando a Dios".

Puedes imaginarte lo que ocurrió después. Mientras el hombre sanado expresaba en voz alta su alegría y se aferraba a Pedro y a Juan, muchos de los presentes en el templo comenzaron a agolparse "y se llenaron de admiración y asombro por lo que le había ocurrido". Todos empujaban para ver de cerca al hombre sanado.

De inmediato lo reconocieron: era el mendigo que pedía limosna junto a la puerta. Muchas veces lo habían visto en ese lugar. El pobre había nacido paralítico y ya tenía más de 40 años. Sin embargo, ahora lo veían caminando y saltando como si nunca hubiese estado lisiado. ¡Qué asombroso milagro! Al ver al pueblo reunido, Pedro vio otra oportunidad de hablar acerca de Jesús.

–"Pueblo de Israel –comenzó a decir en voz alta, para que se lo oyera por encima del murmullo–, ¿por qué les sorprende lo que ha pasado? ¿Por qué nos miran como si, por nuestro propio poder o virtud, hubiéramos hecho caminar a este hombre?... Por la fe en el nombre de Jesús, él ha restablecido a este hombre a quien ustedes ven y conocen. Esta fe que viene por medio de Jesús lo ha sanado por completo, como les consta a ustedes –dijo, explicando cómo el verdadero autor del milagro había sido Jesús".

Y de inmediato, el apóstol instó, a los que lo escuchaban, a que se arrepintieran de sus pecados y entregaran su corazón a Jesús. Mientras hablaba, más y más personas se fueron uniendo a la multitud, hasta que prácticamente todos los que estaban en el templo se hallaban congregados allí. Muchos de los sacerdotes también vinieron y,

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Junto a una de las puertas del templo un pobre hombre que había estado paralítico toda su vida pedía limosna. Pedro lo sanó, diciéndole: "En el nombre de Jesucristo de Nazaret, ¡levántate y anda!"

como te podrás imaginar, no se sintieron nada felices, especialmente después de oír decir a Pedro:

–"Ustedes... rechazaron al Santo y Justo... Mataron al autor de la vida, pero Dios lo levantó de entre los muertos".

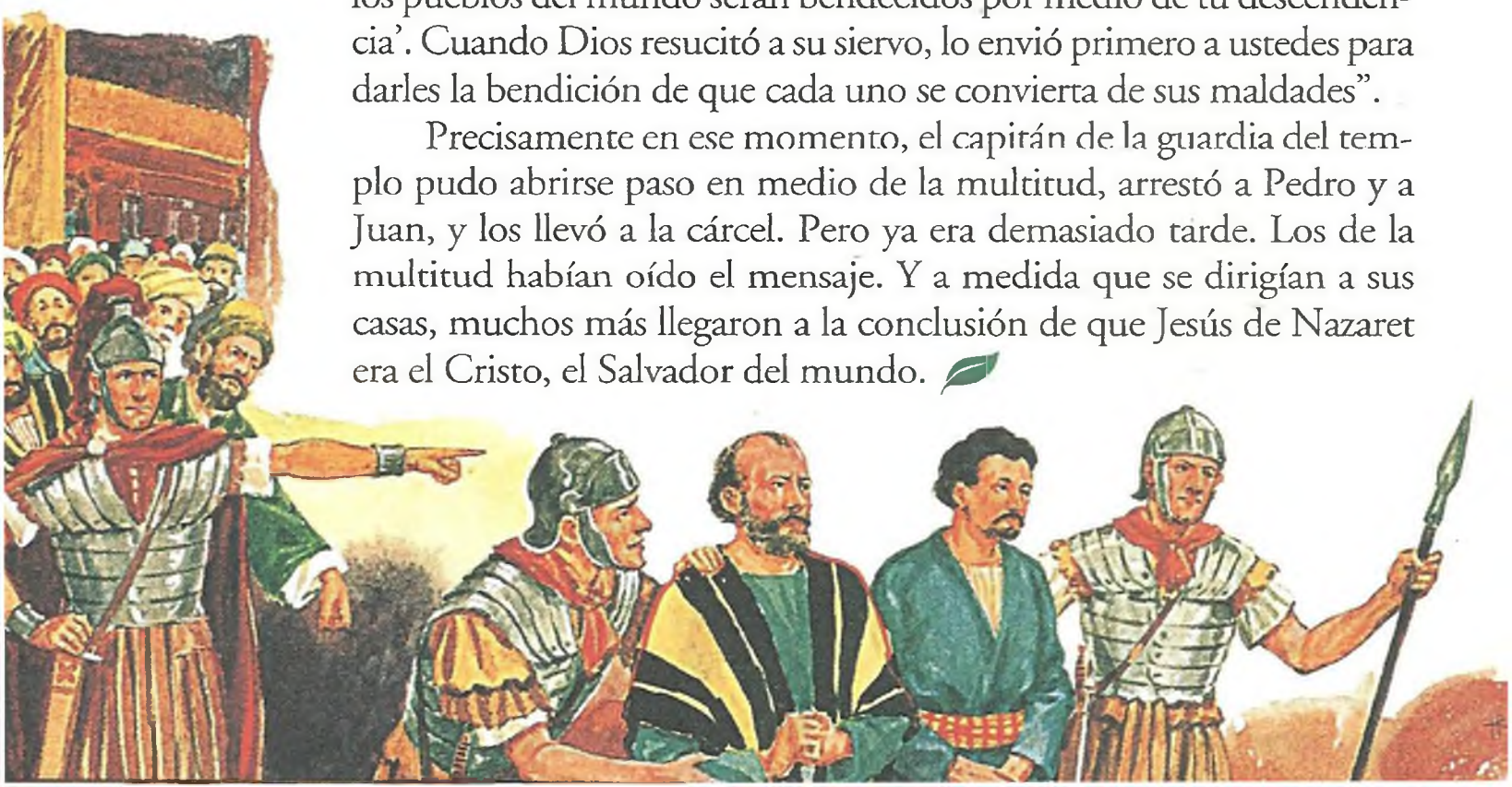
¡Esto era justamente lo que los sacerdotes temían! ¡Que los discípulos de Jesús se atrevieran a afirmar que su Maestro había sido resucitado de los muertos! Debían interrumpir de inmediato ese discurso. En seguida, llamaron a los guardias del templo, pero Pedro siguió hablando sin temer las consecuencias.

Bondadosamente, les dijo:

–"Ahora bien, hermanos, yo sé que ustedes y sus dirigentes actuaron así por ignorancia. Pero de este modo Dios cumplió lo que de antemano había anunciado por medio de todos los profetas: que su Mesías tenía que padecer. Por tanto, para que sean borrados sus pecados, arrepiéntanse y vuélvanse a Dios, a fin de que vengan tiempos de descanso de parte del Señor, enviándoles el Mesías que ya había sido preparado para ustedes, el cual es Jesús. Es necesario que él permanezca en el cielo hasta que llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas...".

–"Ustedes, pues, son herederos de los profetas y del pacto que Dios estableció con nuestros antepasados al decirle a Abraham: 'Todos los pueblos del mundo serán bendecidos por medio de tu descendencia'. Cuando Dios resucitó a su siervo, lo envió primero a ustedes para darles la bendición de que cada uno se convierta de sus maldades".

Precisamente en ese momento, el capitán de la guardia del templo pudo abrirse paso en medio de la multitud, arrestó a Pedro y a Juan, y los llevó a la cárcel. Pero ya era demasiado tarde. Los de la multitud habían oído el mensaje. Y a medida que se dirigían a sus casas, muchos más llegaron a la conclusión de que Jesús de Nazaret era el Cristo, el Salvador del mundo.



De prisioneros a predicadores

(Hechos 4:5-31; 5:12-42)

AL día siguiente, los líderes del templo se reunieron. Anás y Caifás, los mismos que habían presidido el juicio de Jesús, estaban presentes. Pedro y Juan fueron llamados a comparecer ante ellos.

–"¿Con qué poder, o en nombre de quién, hicieron ustedes esto?" –se les preguntó.

Sin la más mínima muestra de temor, Pedro contestó, señalando al mendigo curado:

–"Sepan, pues, todos ustedes y todo el pueblo de Israel que este hombre está aquí delante de ustedes, sano gracias al nombre de Jesucristo de Nazaret, crucificado por ustedes pero resucitado por Dios... De hecho, en ningún otro hay salvación, porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres mediante el cual podamos ser salvos".

Pedro volvió a contar su historia nuevamente, hablando tan valientemente, que los sacerdotes y los dirigentes quedaron maravillados. No podían comprender cómo un pescador pobre y sin instrucción era capaz de hablar de esa manera. Y en cuanto al milagro que los dos discípulos de Jesús habían realizado, no se atrevían a decir nada. Pues no solo todos conocían al mendigo, sino que también se hallaba allí, junto a los dos apóstoles, y dispuesto a hablar si era necesario.

–"¿Qué vamos a hacer con estos sujetos? –se preguntaron los dirigentes entres sí una vez que los discípulos y el hombre sanado salieron de la sala del concilio–. Es un hecho que por medio de ellos ha ocurrido un milagro evidente; todos los que viven en Jerusalén lo saben, y no podemos negarlo".

Por último, decidieron que llamarían a los apóstoles, los amonestarían a que no predicaran más acerca de Jesús, y luego los dejarían ir. Pero los dirigentes religiosos no tenían idea de cuán transformados estaban estos pescadores.

Después de entrar otra vez en la sala del concilio y de escuchar las amonestaciones de los sacerdotes y dirigentes, Pedro y Juan les respondieron:

–"¿Es justo delante de Dios obedecerlos a ustedes en vez de obedecerlo a él? ¡Júzguenlo ustedes mismos! Nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído".

–¡Les conviene no seguir haciéndolo! –les dijo amenazadoramente el sumo sacerdote.

Pero los apóstoles salieron del concilio decididos a no suspender sus actividades. Luego, al reunirse con los demás discípulos en el salón en que vivían, contaron lo que les había ocurrido, agradecieron a Dios por la manera en que los había ayudado y le rogaron que les diera más fortaleza para testificar aún más valientemente por él.

–"Ahora, Señor –oró uno de ellos–, toma en cuenta sus amenazas y concede a tus siervos el proclamar tu palabra sin temor alguno. Por eso, extiende tu mano para sanar y hacer señales y prodigios mediante el nombre de tu santo siervo Jesús".

Y la oración fue contestada. Recibieron más poder del cielo. En consecuencia, hubo más personas sanadas. Y más sermones poderosos se escucharon en Jerusalén. En efecto, "los apóstoles, a su vez, con gran poder seguían dando testimonio de la resurrección del Señor Jesús. La gracia de Dios se derramaba abundantemente sobre todos ellos".

"Por medio de los apóstoles ocurrían muchas señales y prodigios entre el pueblo... Era tal la multitud de hombres y mujeres, que hasta sacaban a los enfermos a las plazas y los ponían en colchonetas y camillas para que, al pasar Pedro, por lo menos su sombra cayera sobre alguno de ellos".

¡Era como si Jesús estuviera otra vez entre ellos! La Biblia dice que "también de los pueblos vecinos a Jerusalén acudían multitudes que llevaban personas enfermas y atormentadas por espíritus malignos, y todas eran sanadas".

¡Esto ya era más de lo que podían soportar los líderes! ¿Era acaso posible permitir que estos seguidores de Jesús llegaran a ser más populares que ellos mismos? "El sumo sacerdote y todos sus partidarios, que pertenecían a la secta de los saduceos, se llenaron de envidia. Entonces arrestaron a los apóstoles y los metieron en la cárcel común".

Pero parecía imposible mantener en la cárcel a los discípulos. Ape-

nas habían estado adentro durante un poco de tiempo, cuando otra vez estaban afuera. "En la noche un ángel del Señor abrió las puertas de la cárcel y los sacó. 'Vayan –les dijo–, preséntense en el templo y comuniquen al pueblo todo este mensaje de vida'".

De modo que Pedro y Juan salieron de la cárcel y fueron directamente al púlpito. Llegaron al templo y siguieron testificando del poder de Jesús, como si nada les hubiera pasado.

Lo interesante es que los sacerdotes no sabían nada acerca de la liberación de los apóstoles. Por eso se prepararon para juzgarlos y "mandaron traer de la cárcel a los apóstoles". ¡Pero los presos no estaban allí! Completamente confundidos, los soldados regresaron y dijeron:

–"Encontramos la cárcel cerrada, con todas las medidas de seguridad, y a los guardias firmes a las puertas; pero cuando abrimos, no encontramos a nadie adentro".

Puedes imaginarte cómo se habrán sentido los miembros del Sanedrín al oír esto.

–¡Cómo es posible! –exclamaron todos–. ¿De qué manera pueden haberse escapado si las puertas estaban cerradas?

Repentinamente, un mensajero entró corriendo en la sala y comunicó la increíble novedad de que los que habían estado presos se hallaban "en el templo y siguen enseñando al pueblo".

–¡Tráiganlos de inmediato! –ordenó el sumo sacerdote. Pronto, regresaron los soldados trayendo a Pedro y a otros.

–"Terminantemente les hemos prohibido enseñar en ese nombre –les dijo, exaltado, el sumo sacerdote–. Sin embargo, ustedes han llenado a Jerusalén con sus enseñanzas, y se han propuesto echarnos la culpa a nosotros de la muerte de ese hombre".

–"¡Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres! –respondieron Pedro y los demás apóstoles" –cosa que airó aún más a los sacerdotes y príncipes.

Pero precisamente entonces, se puso en pie Gamaliel, un miembro del concilio "maestro de la ley muy respetado por todo el pueblo".

–"Piensen dos veces en lo que están a punto de hacer con estos hombres –advirtió solemnemente–... Si lo que se proponen y hacen es de origen humano, fracasará; pero si es de Dios, no podrán destruirlos".

Estas eran sabias palabras, y los miembros del Sanedrín las tomaron en cuenta. Pronto, se decidió dejar libres a los apóstoles después de azotarlos. Los latigazos les dolieron, pero "salieron del Consejo, llenos de gozo por haber sido considerados dignos de sufrir afrentas por causa del Nombre. Y día tras día, en el templo y de casa en casa, no dejaban de enseñar y anunciar las buenas nuevas de que Jesús es el Mesías".

Hijos de consolación

(Hechos 4:32 a 5:11)

PARECE difícil de creer, pero pocos meses después de la crucifixión de Jesús, unas 5.000 personas lo habían aceptado como su Salvador y habían sido bautizadas en su nombre. Estos hombres, mujeres y sus familias deben haber representado una buena parte de la población de la Jerusalén de entonces. ¡No es de extrañar que los sacerdotes y los líderes estuvieran tan preocupados!

Los nuevos creyentes estaban llenos de amor por su Señor y sus prójimos. La Biblia dice que "todos los creyentes eran de un solo sentir y pensar. Nadie consideraba suya ninguna de sus posesiones, sino que las compartían... no había ningún necesitado en la comunidad. Quienes poseían casas o terrenos los vendían, llevaban el dinero de las ventas y lo entregaban a los apóstoles para que se distribuyera a cada uno según su necesidad".

Uno de los que vendieron un campo y trajo el dinero a los apóstoles era un hombre llamado José, nativo de la isla de Chipre. Su sacrificio había sido tan notable y José había traído el dinero con tanta alegría, que todos los creyentes se sintieron animados

por su acción. Pedro, Juan y los demás apóstoles se alegraron tanto, que decidieron ponerle a José el nombre de Bernabé, que significa "hijo de consolación".

¡Qué nombre más hermoso! ¿No te gustaría que alguien te pusiera ese sobrenombre algún día? Tal vez tu mamá o tu papá... ¿Sabes qué hacer para que esto ocurra? Trata de actuar como José. Haz las cosas con espíritu generoso y alegre.

Los hijos y las hijas de consolación son bienvenidos en todas partes. Se los desea tener en casa, en la escuela y en la iglesia. Los padres, los maestros, los predicadores y los hombres de negocio siempre andan en busca de muchachos y niñas animosos y dispuestos.

Sin embargo, no todos los miembros de la primitiva Iglesia Cristiana actuaron como Bernabé. Algunos traían el dinero murmurando. Otros decían que esta idea de repartir los fondos no era buena. Entre estos últimos se encontraban un hombre llamado Ananías y su esposa, Safira.

Ellos también habían oído el mensaje acerca del Maestro de

Nazaret que había resucitado de los muertos. Habían aceptado sus enseñanzas y creído que era el Mesías de Israel. Y cuando vieron que varios de los nuevos creyentes vendían sus propiedades y entregaban el dinero a los apóstoles para alimentar a los pobres y llevar adelante la predicación del evangelio, Ananías y Safira se sintieron movidos a hacer lo mismo.

De modo que prometieron vender un terreno y dar a Dios el dinero que resultara de la venta. La Biblia no dice cuánto obtuvieron por él, pero quizá fue una suma mayor de la que esperaban.

Cuando recibieron el dinero, me imagino que lo contaron varias veces y pronto llegaron a la conclusión de que era demasiado para darlo. Tal vez, pensaron, debían guardarse algo para ellos. Hacía tiempo que Ananías quería comprarse un confortable sillón y que Safira soñaba con un hermoso vestido...

Conversaron del tema y decidieron darle a Dios una gran parte de la suma y guardarse para sí el resto. ¿Quién se enteraría de lo que habían hecho? Por otra parte, ¿no podían hacer lo que querían con su propio dinero?

Poniendo el dinero en una bolsa, Ananías se encaminó hacia el lugar en que Pedro estaba recibiendo los donativos de los creyentes. Estaba seguro de que el apóstol lo felicitaría calurosamente

por traer tanto dinero.

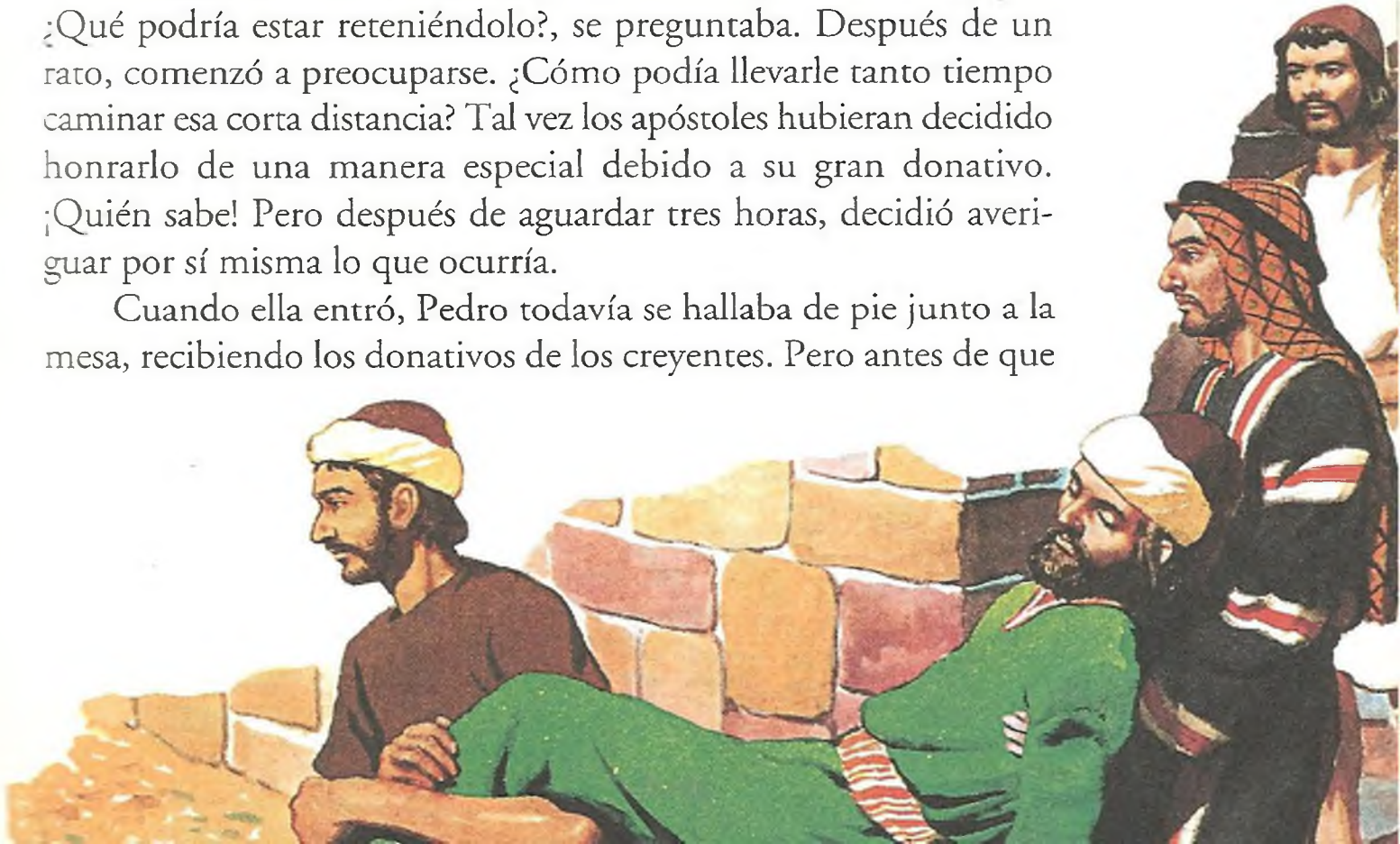
Sin embargo, cuando llegó allí, descubrió que no podía mirar de frente a Pedro. Al contrario, sentía una gran urgencia de poner el dinero sobre la mesa y salir en seguida. Se hallaba incómodo en la presencia de Pedro, pues parecía que el apóstol estaba leyendo sus pensamientos. Y así era.

–"Ananías –le reclamó Pedro, sin pronunciar una palabra de agradecimiento por el dinero que había traído–, ¿cómo es posible que Satanás haya llenado tu corazón para que le mintieras al Espíritu Santo y te quedaras con parte del dinero que recibiste por el terreno? ¿Acaso no era tuyo antes de venderlo? Y una vez vendido, ¿no estaba el dinero en tu poder? ¿Cómo se te ocurrió hacer esto? ¡No has mentido a los hombres sino a Dios!"

¡De modo que Pedro sabía exactamente lo que él y su esposa habían planeado en secreto en su propia casa! ¿Cómo podía haber sabido? La sorpresa y el remordimiento fueron demasiado para Ananías. Allí mismo cayó muerto. En seguida, algunos jóvenes tomaron su cuerpo y le dieron sepultura.

Entretanto, Safira estaba esperando el regreso de su esposo. ¿Qué podría estar reteniéndolo?, se preguntaba. Después de un rato, comenzó a preocuparse. ¿Cómo podía llevarle tanto tiempo caminar esa corta distancia? Tal vez los apóstoles hubieran decidido honrarlo de una manera especial debido a su gran donativo. ¡Quién sabe! Pero después de aguardar tres horas, decidió averiguar por sí misma lo que ocurría.

Cuando ella entró, Pedro todavía se hallaba de pie junto a la mesa, recibiendo los donativos de los creyentes. Pero antes de que



ella pudiera preguntar nada, el apóstol la sorprendió diciéndole:

–"Dime –le preguntó Pedro–, ¿vendieron ustedes el terreno por tal precio?" –mencionando la cantidad de dinero que Ananías había entregado.

–"Sí –dijo ella sin ruborizarse–, por tal precio".

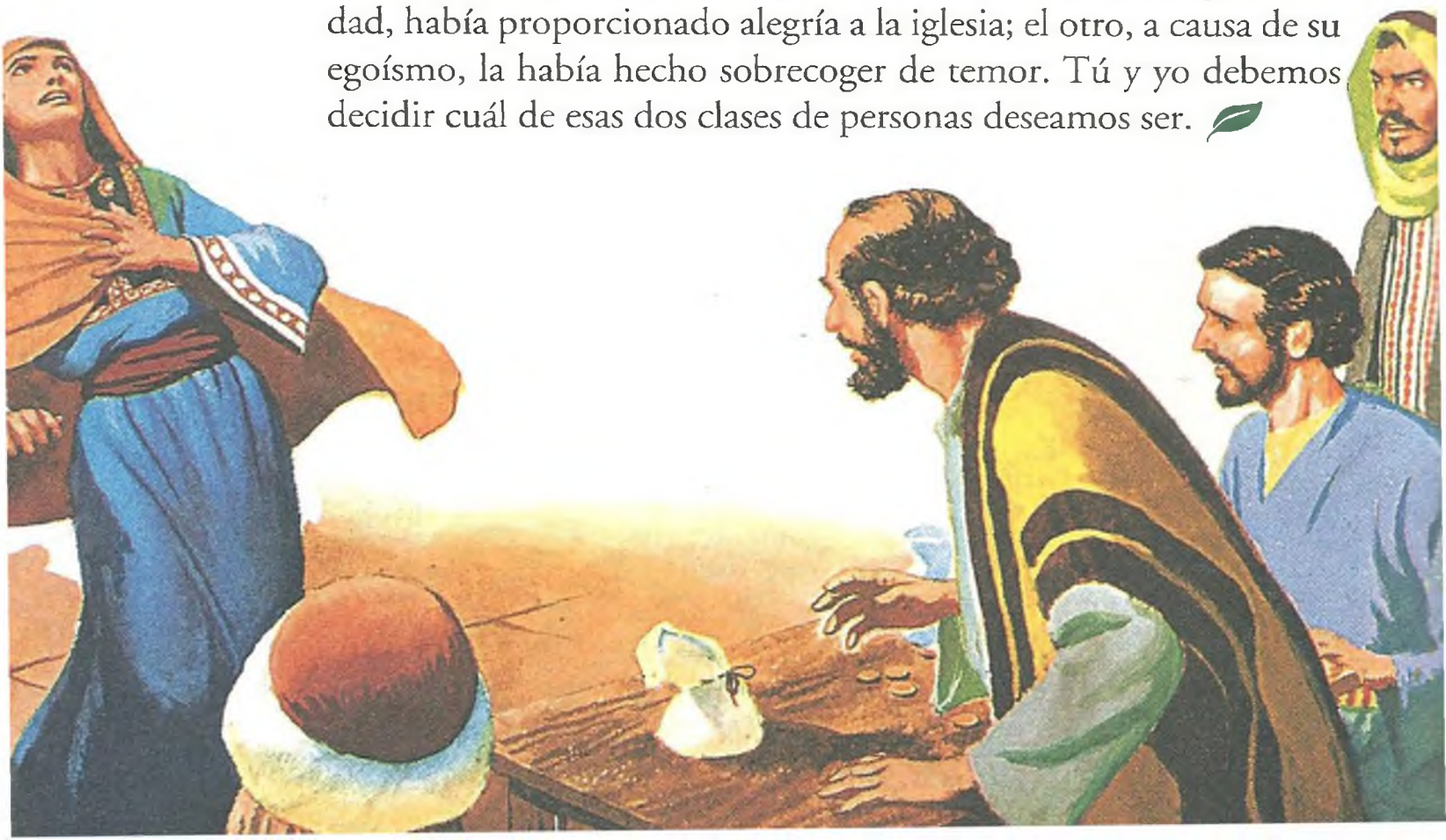
–"¿Por qué se pusieron de acuerdo para poner a prueba al Espíritu del Señor? –le recriminó Pedro–. ¡Mira! Los que sepultaron a tu esposo acaban de regresar y ahora te llevarán a ti".

–¿Mi marido muerto? –me parece oírla exclamar–. ¡Cómo es posible!

Al momento, ella también se desplomó muerta, y los jóvenes "se la llevaron y le dieron sepultura al lado de su esposo".

La Biblia dice que "un gran temor se apoderó de toda la iglesia". ¡Y no era para menos! Habían visto que el Espíritu Santo, por cuyo poder se habían realizado extraordinarios milagros, no era un poder con el que se podía jugar... ni al que se podía mentir.

Todos vieron la gran diferencia que existía entre Bernabé, el "hijo de consolación", y Ananías, el codicioso y engañador. Uno había traído regocijo; el otro, temor. Uno, debido a su generosidad, había proporcionado alegría a la iglesia; el otro, a causa de su egoísmo, la había hecho sobrecoger de temor. Tú y yo debemos decidir cuál de esas dos clases de personas deseamos ser.



El hombre del rostro resplandeciente

(Hechos 6; 7)

LA muerte de Ananías y Safira dio la primera nota triste en la historia de la iglesia primitiva. Pero no fue la última. Muchas más le siguieron, una tras otra. Primero apareció la murmuración. Un grupo de creyentes pensó que no estaba recibiendo tanto dinero como los demás del fondo común. Estas personas se quejaban de que sus viudas eran descuidadas, mientras que a otras se les daba en abundancia.

Estoy seguro de que Pedro nunca quiso favorecer a un grupo en desmedro de otro. Lo que pasaba es que tenía muchas cosas para atender. Como Moisés, estaba tratando de ser predicador y maestro a la vez, juez y administrador, y nadie, ni siquiera un apóstol, puede hacer tantos trabajos al mismo tiempo con eficacia.

Además, el número de creyentes crecía día tras día. La Biblia dice que "el número de los discípulos aumentaba considerablemente en Jerusalén, e incluso muchos de los sacerdotes obedecían a la fe". Debe haber sido emocionante ver cómo tantas personas se unían a la iglesia. Pero muy pronto, la tarea de atender las necesidades de cada uno se convirtió en un peso tan grande, que los apóstoles no tenían tiempo para predicar.

Es cierto que ya eran otra vez 12, porque habían elegido a un hombre llamado Matías para ocupar el lugar de Judas. Pero aun así, les resultaba imposible velar por una multitud tan grande, y a la vez predicar.

Así que citaron a los creyentes a una reunión general y en ella les dijeron:

–"No está bien que nosotros los apóstoles descuidemos el ministerio de la palabra de Dios para servir las mesas. Hermanos, escojan de entre ustedes a siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu y de sabiduría, para encargarles esta responsabilidad. Así nosotros nos dedicaremos de lleno a la oración y al ministerio de la palabra".

A los creyentes les pareció muy buena la sugerencia y de inmediato eligieron a Esteban, "hombre lleno de fe y del Espíritu Santo", a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmeas y a Nicolás. Una vez hecha la elección, los apóstoles, "oraron y les impusieron las manos". Estos siete hombres fueron los primeros diáconos de la Iglesia Cristiana.

Esteban, el jefe de los diáconos, era un hombre notable. Bien podía haber llegado a ser un apóstol si Jesús lo hubiera encontrado en Galilea. Estaba "lleno de la gracia y del poder de Dios" y "hacía grandes prodigios y señales milagrosas entre el pueblo". Además, era un gran orador, y en más de una ocasión mantuvo discusiones con aquellos que decían que Cristo no era el Mesías. Sus argumentos eran tan poderosos, que sus contrincantes nada "no podían hacer frente a la sabiduría ni al Espíritu con que hablaba".

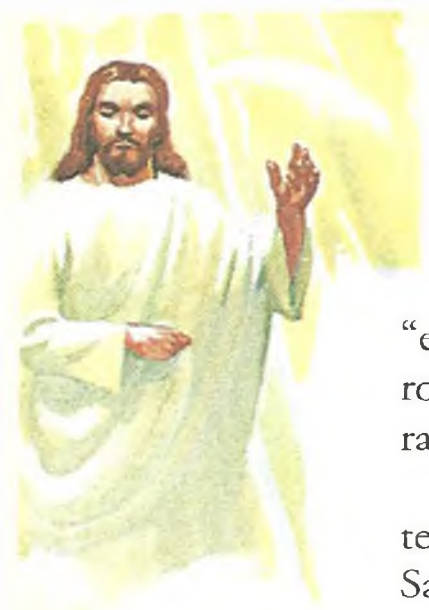
Tan poderoso era como predicador, que los ancianos y los escribas, pensando que era el dirigente de los seguidores de Cristo, lo

hicieron arrestar para comparecer ante el Sanedrín.

Allí se lo acusó de que nunca dejaba "de hablar contra este lugar santo y contra la ley", y que había dicho que Jesús destruiría el templo y cambiaría las leyes dadas por Moisés. Todo esto no era verdad, por supuesto. Sencillamente estaban tergiversando lo que Esteban había dicho. Así empleaban las mismas trampas que habían utilizado para condenar a Jesús en ese mismo lugar. Pero Esteban se mantuvo calmo, pues su corazón estaba en paz con Dios. De repente, al colocar su "mirada en Esteban", "vieron que su rostro se parecía al de un ángel".

Dudo mucho que algunos de los que estaban presentes hubieran visto alguna vez a un ángel; sin embargo, el rostro de Esteban resplandecía tanto de entusiasmo y de confianza en su amado Salvador, que al observar su radiante belleza, los del concilio pensaron naturalmente en un ángel.

Cuando el sumo sacerdote le preguntó si las acusaciones que se le hacían eran ciertas, Esteban se defendió con gran elocuencia. Mostrando un extraordinario conocimiento de las Sagradas Escrituras, les recordó cómo Dios había conducido a su pueblo desde los días de Abraham hasta ese preciso momento. Les habló de Moisés y de la liberación de Egipto, y también de Salomón y de la construcción del templo. Pero cuando les dijo que el Altísimo no habita



"en casas construidas por manos humanas", sus oyentes comenzaron a ponerse intranquilos. En vista de esto, Esteban les explicó claramente la verdad que, según él creía, debían escuchar.

–"¡Tercos, duros de corazón y torpes de oídos! –les dijo–. Ustedes son iguales que sus antepasados: ¡Siempre resisten al Espíritu Santo! ¿A cuál de los profetas no persiguieron sus antepasados? Ellos mataron a los que de antemano anunciaron la venida del Justo, y ahora a éste lo han traicionado y asesinado ustedes, que recibieron la ley promulgada por medio de ángeles y no la han obedecido".

Al oír esto, los miembros del Sanedrín "rechinando los dientes montaron en cólera contra él". Repentinamente, Esteban miró hacia arriba y exclamó:

–"¡Veo el cielo abierto –exclamó–, y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios!"

–¡Blasfemia! –gritaron los miembros del concilio.

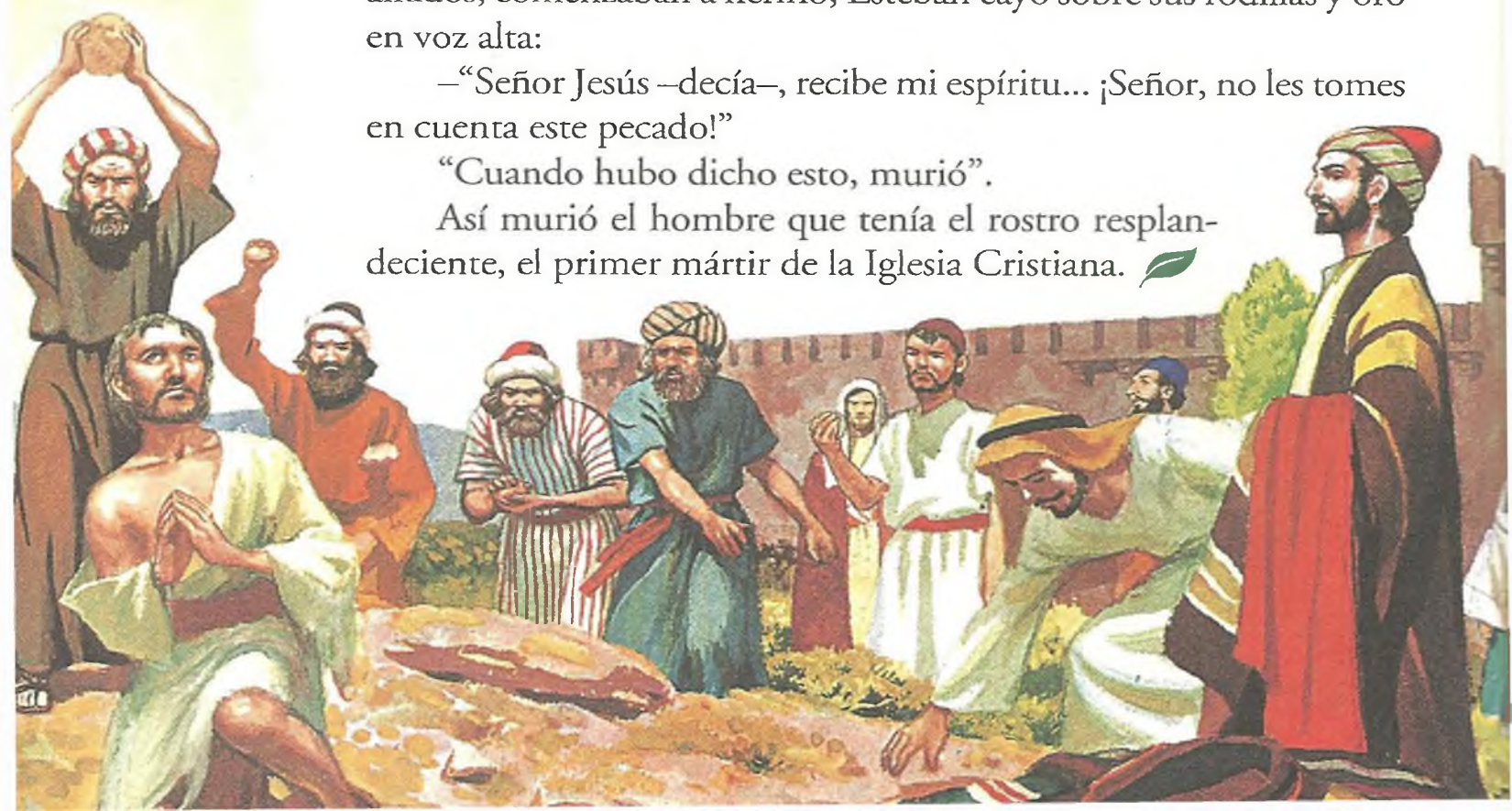
Y tapándose los oídos, "todos a una se abalanzaron sobre él". En seguida, lo sacaron de la ciudad y lo apedrearon.

Mientras las piedras, arrojadas por aquellos hombres crueles y airados, comenzaban a herirlo, Esteban cayó sobre sus rodillas y oró en voz alta:

–"Señor Jesús –decía–, recibe mi espíritu... ¡Señor, no les tomes en cuenta este pecado!"

"Cuando hubo dicho esto, murió".

Así murió el hombre que tenía el rostro resplandeciente, el primer mártir de la Iglesia Cristiana.



Semillas en el viento

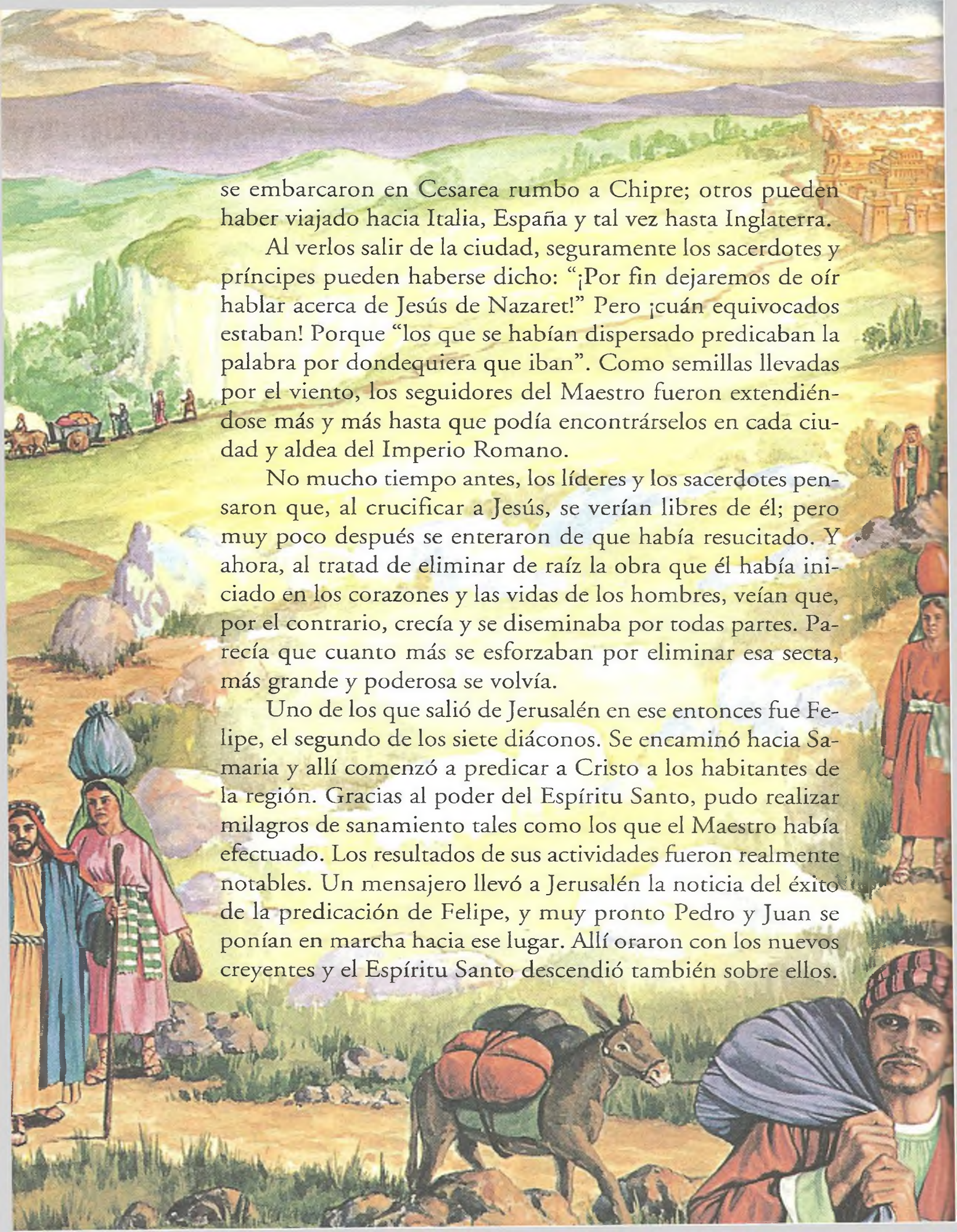
(Hechos 8:1-24)

EL apedreamiento de Esteban causó gran inquietud entre los miles de creyentes de Jerusalén.

Todo había marchado tan bien, que nadie se había siquiera imaginado que algo así podía suceder. Pero ahora se había corrido la noticia de que el Sanedrín estaba planeando eliminar completamente la nueva secta, antes de que se fortaleciera. Uno de los miembros del concilio, llamado Saulo de Tarso, ya había comenzado a ir casa por casa, arrestando a hombres y mujeres que se sospechaba que eran seguidores de Jesús, arrojándolos en prisión.

Esos eran días muy tristes, especialmente para los niños cuyos padres y madres eran puestos tras las rejas. La Biblia dice que "se desató una gran persecución contra la iglesia en Jerusalén, y todos, excepto los apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y Samaria".

Miles de creyentes huyeron de la ciudad. Familias enteras salían de ella tan rápidamente como podían. Algunos se fueron hacia el norte, a Siria, y otros al sur, a Egipto. Algunos cristianos



se embarcaron en Cesarea rumbo a Chipre; otros pueden haber viajado hacia Italia, España y tal vez hasta Inglaterra.

Al verlos salir de la ciudad, seguramente los sacerdotes y príncipes pueden haberse dicho: "¡Por fin dejaremos de oír hablar acerca de Jesús de Nazaret!" Pero ¡cuán equivocados estaban! Porque "los que se habían dispersado predicaban la palabra por dondequiera que iban". Como semillas llevadas por el viento, los seguidores del Maestro fueron extendiéndose más y más hasta que podía encontrárselos en cada ciudad y aldea del Imperio Romano.

No mucho tiempo antes, los líderes y los sacerdotes pensaron que, al crucificar a Jesús, se verían libres de él; pero muy poco después se enteraron de que había resucitado. Y ahora, al tratad de eliminar de raíz la obra que él había iniciado en los corazones y las vidas de los hombres, veían que, por el contrario, crecía y se diseminaba por todas partes. Parecía que cuanto más se esforzaban por eliminar esa secta, más grande y poderosa se volvía.

Uno de los que salió de Jerusalén en ese entonces fue Felipe, el segundo de los siete diáconos. Se encaminó hacia Samaria y allí comenzó a predicar a Cristo a los habitantes de la región. Gracias al poder del Espíritu Santo, pudo realizar milagros de sanamiento tales como los que el Maestro había efectuado. Los resultados de sus actividades fueron realmente notables. Un mensajero llevó a Jerusalén la noticia del éxito de la predicación de Felipe, y muy pronto Pedro y Juan se ponían en marcha hacia ese lugar. Allí oraron con los nuevos creyentes y el Espíritu Santo descendió también sobre ellos.

Me imagino que a algunos creyentes judíos esto debe haberles parecido increíble; pero así era. Aquel descenso del poder de Dios constituía una prueba de que los judíos y los samaritanos podían llegar a ser uno en Cristo.

El hombre más importante que aceptó el evangelio en Samaria se llamaba Simón. Vivía de la práctica de la magia y tenía una gran influencia en la ciudad. Pero ahora, ante los extraordinarios milagros realizados por Felipe, Pedro y Juan, todos se habían olvidado de él. ¡Y cómo deseaba poseer el mismo poder que tenían ellos! ¡Hasta les ofreció dinero para comprarlo!

–"¡Que tu dinero perezca contigo –le contestó Pedro–, porque intentaste comprar el don de Dios con dinero! No tienes arte ni parte en este asunto, porque no eres íntegro delante de Dios. Por eso, arrepiéntete de tu maldad y ruega al Señor. Tal vez te perdone el haber tenido esa mala intención. Veo que vas camino a la amargura y a la esclavitud del pecado".

Y Simón se arrepintió. Él no había comprendido que hay algunas cosas que el dinero no puede comprar.

–"Rueguen al Señor por mí –respondió Simón–, para que no me suceda nada de lo que han dicho".

Un antiguo libro resplandece

(Hechos 8:26-39)

FELIPE se encontraba todavía en Samaria cuando fue enviado por Dios a cumplir otra tarea. "Ponte en marcha hacia el sur, por el camino del desierto que baja de Jerusalén a Gaza", le dijo un mensajero celestial.

Eso era todo. Solo ponte en marcha. Así que él partió.

Mientras avanzaba por el camino, debe haberse preguntado por qué el Señor deseaba que fuera a Gaza. ¿Debería predicar allí igual que en Samaria o tenía Dios otro plan para él?

Poco después, oyó el familiar repiqueteo de cascos de caballo, el sonido de ruedas y el quejido rechinante de ejes.

Al mirar hacia atrás, vio a un etíope muy bien vestido, subido a un carruaje lujoso. Este etíope era conocido como uno de los oficiales importantes de Candace, la reina de Etiopía. El hombre era el responsable del tesoro de ese país. Había ido a Jerusalén a adorar a Dios en el templo y estaba regresando a su casa por el camino desierto.

Repentinamente, una voz le dijo a Felipe:

–"Acércate y júntate a ese carro".

Felipe obedeció la orden, preguntándose qué le diría al extranjero. Y el etíope, viendo que Felipe corría hacia él, ordenó a su criado que hiciera detener los caballos.

Cuando el carruaje se detuvo, Felipe advirtió que el hombre estaba leyendo de un rollo que contenía el libro de Isaías. En vista de eso, le preguntó:

–"¿Acaso entiende usted lo que está leyendo?"

Ciertamente, era una manera extraña de iniciar conversación con un desconocido, pero el etíope no se ofendió. Al contrario, invitó a Felipe a que se subiera al carruaje, y al reanudar la marcha, siguieron conversando. El viajero comenzó a hacerle preguntas acerca del pasaje de Isaías en que se dice que el Siervo de Dios sería llevado "como oveja... al matadero".

–"Dígame usted, por favor, ¿de quién habla aquí el profeta, de sí mismo o de algún otro? –le preguntó el eunuco a Felipe".

Felipe no podría haber deseado una mejor oportunidad que esa para hablar de Jesús. ¡Ahora sabía por qué Dios le había ordenado que fuera hasta ese camino! ¡Claro! El Señor sabía que ese honesto buscador de la verdad iba a pasar por ese lugar. ¡Y cuán feliz se sentía Felipe de haber obedecido a la orden!

Entonces, "Felipe, comenzando con ese mismo pasaje de la Escritura, le anunció las buenas nuevas acerca de Jesús". ¡Y qué

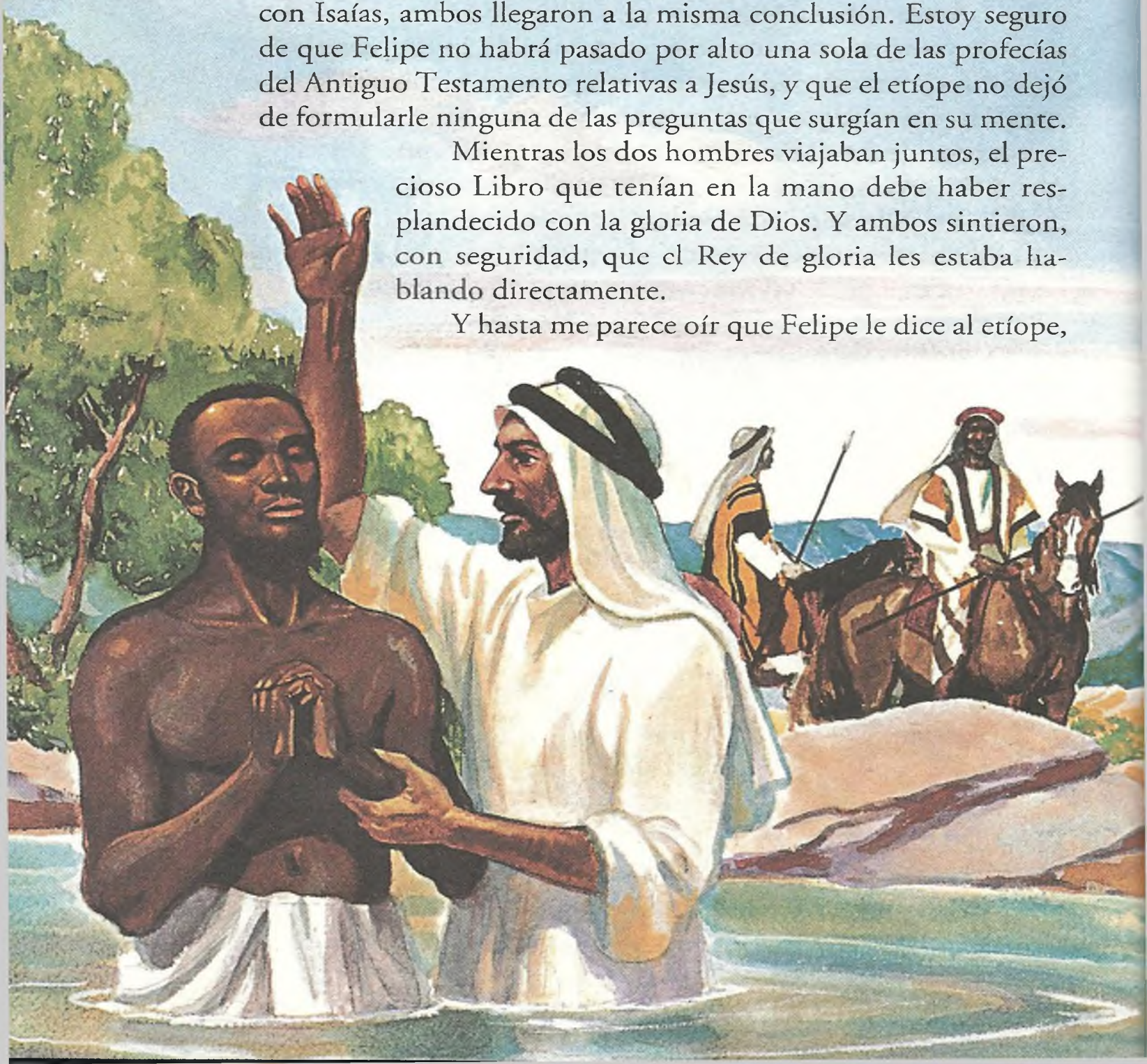
magnífico estudio de la Biblia debe haber sido aquel!

Quizá fue el mismo estudio bíblico que Jesús le dio a Cleofas y su amigo camino a Emaús. Aunque en este caso, el que presentaba las profecías era Felipe, el que escuchaba era un ministro etíope, y ambos viajaban hacia Gaza.

Si bien Jesús comenzó la presentación con Moisés, y Felipe con Isaías, ambos llegaron a la misma conclusión. Estoy seguro de que Felipe no habrá pasado por alto una sola de las profecías del Antiguo Testamento relativas a Jesús, y que el etíope no dejó de formularle ninguna de las preguntas que surgían en su mente.

Mientras los dos hombres viajaban juntos, el precioso Libro que tenían en la mano debe haber resplandecido con la gloria de Dios. Y ambos sintieron, con seguridad, que el Rey de gloria les estaba hablando directamente.

Y hasta me parece oír que Felipe le dice al etíope,



al llegar al final de este maravilloso estudio de la Biblia:

–¿No quisiera aceptar a Jesús como su Salvador? ¿No quisiera entregarle su corazón ahora?

–Sí –respondió el etíope–, deseo hacerlo.

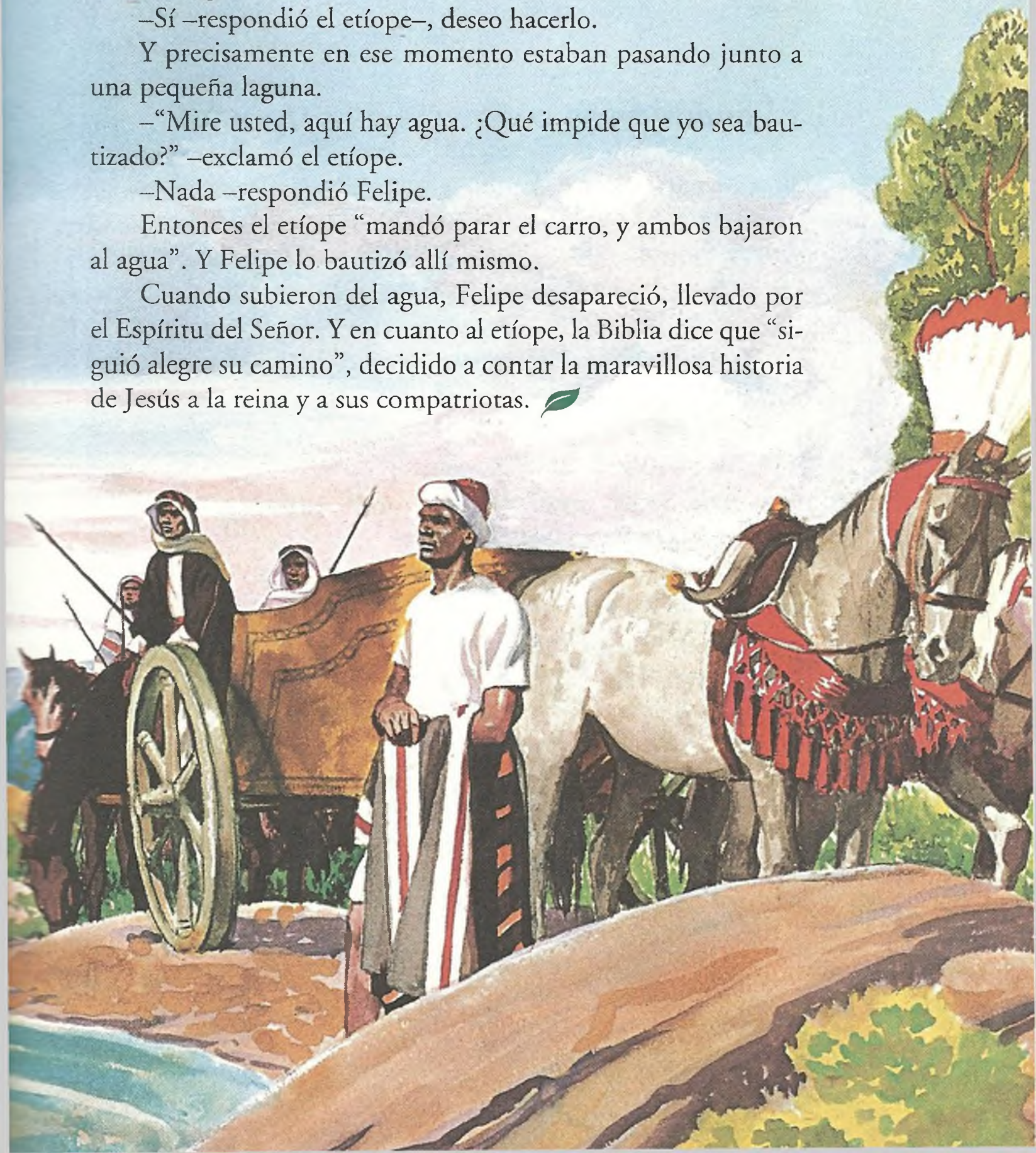
Y precisamente en ese momento estaban pasando junto a una pequeña laguna.

–"Mire usted, aquí hay agua. ¿Qué impide que yo sea bautizado?" –exclamó el etíope.

–Nada –respondió Felipe.

Entonces el etíope "mandó parar el carro, y ambos bajaron al agua". Y Felipe lo bautizó allí mismo.

Cuando subieron del agua, Felipe desapareció, llevado por el Espíritu del Señor. Y en cuanto al etíope, la Biblia dice que "siguió alegre su camino", decidido a contar la maravillosa historia de Jesús a la reina y a sus compatriotas.



El enemigo se convierte en campeón

(Hechos 9:1-25)

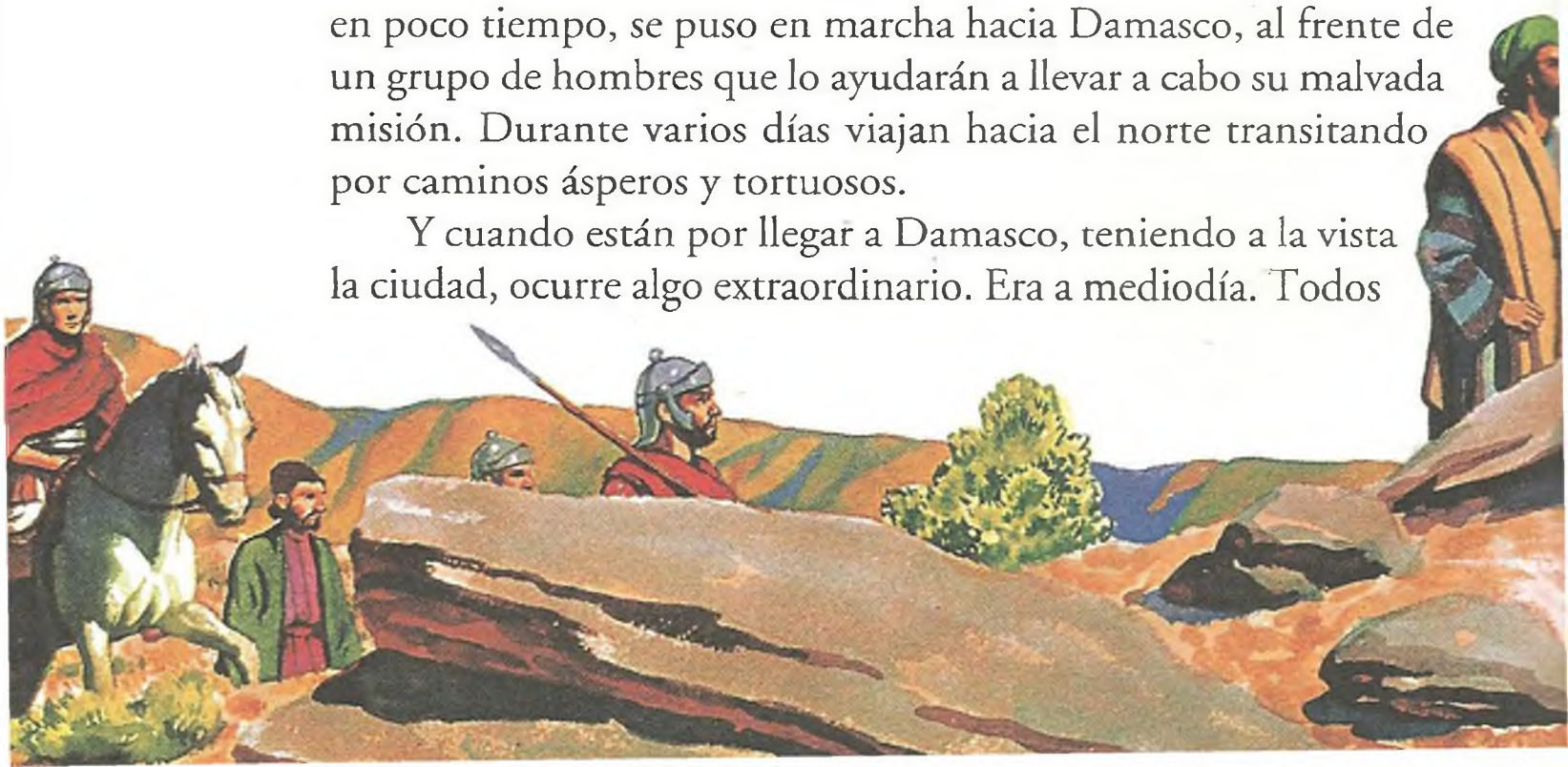
DE todos los enemigos de los primeros cristianos, Saulo era el peor. Era fariseo y odiaba a los seguidores de Jesús. La Biblia nos dice que "causaba estragos en la iglesia".

Luego de arrasar en Jerusalén, decidió seguir a los que habían abandonado la ciudad y estaban predicando de Jesús en otras partes del país.

"Saulo, respirando aún amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas de extradición para las sinagogas de Damasco. Tenía la intención de encontrar y llevarse presos a Jerusalén a todos los que pertenecieran al Camino, fueran hombres o mujeres".

Con su mente llena de planes para eliminar a los cristianos en poco tiempo, se puso en marcha hacia Damasco, al frente de un grupo de hombres que lo ayudarán a llevar a cabo su malvada misión. Durante varios días viajan hacia el norte transitando por caminos ásperos y tortuosos.

Y cuando están por llegar a Damasco, teniendo a la vista la ciudad, ocurre algo extraordinario. Era a mediodía. Todos



los viajeros estaban cansados y sedientos. Repentinamente, "una luz del cielo, más refulgente que el sol",* descendió sobre ellos. Tanto el jefe como los acompañantes fueron derribados en tierra. Enceguecido por la poderosa luz e incapaz de levantarse, Saulo escuchó una voz que le dijo:

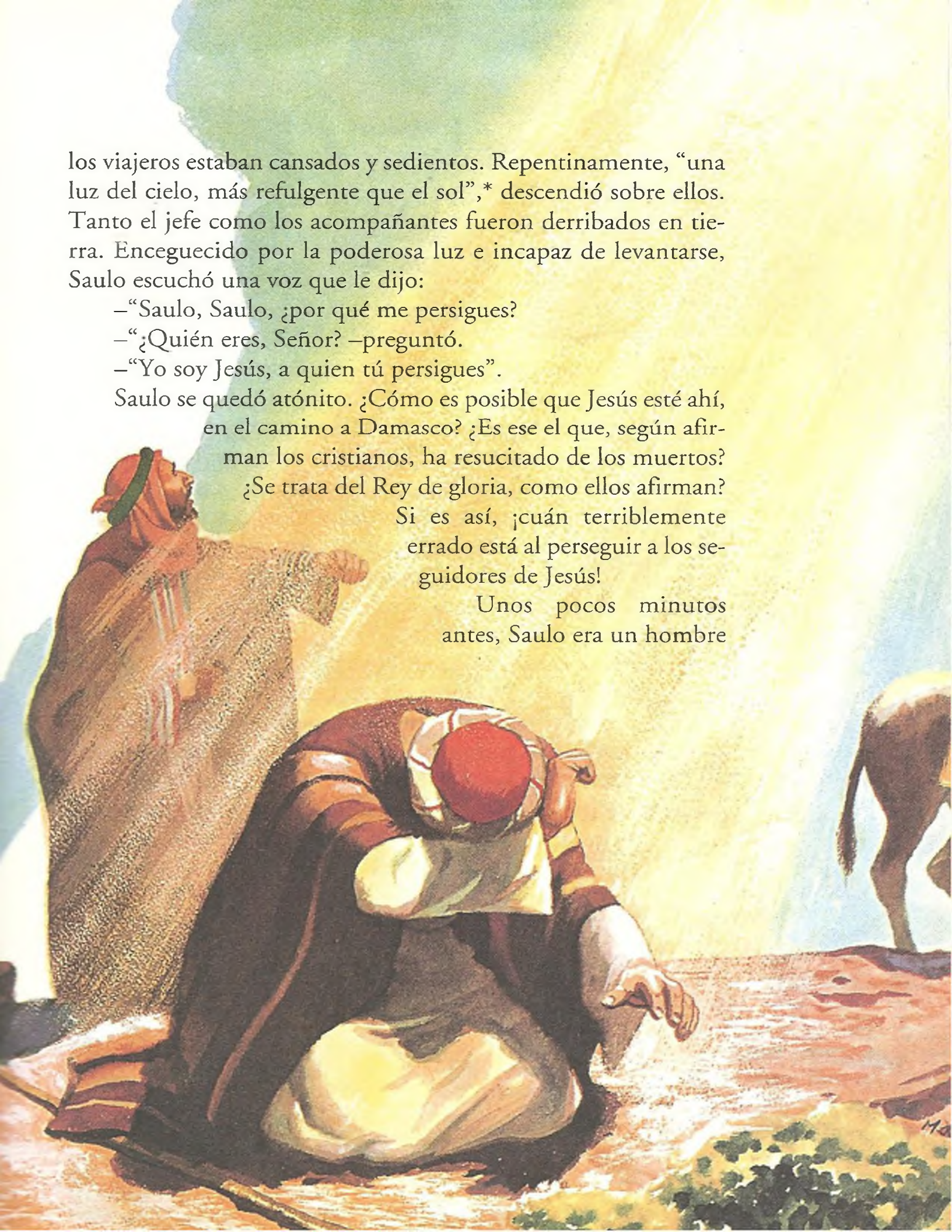
–"Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

–"¿Quién eres, Señor? –preguntó.

–"Yo soy Jesús, a quien tú persigues".

Saulo se quedó atónito. ¿Cómo es posible que Jesús esté ahí, en el camino a Damasco? ¿Es ese el que, según afirman los cristianos, ha resucitado de los muertos? ¿Se trata del Rey de gloria, como ellos afirman? Si es así, ¡cuán terriblemente errado está al perseguir a los seguidores de Jesús!

Unos pocos minutos antes, Saulo era un hombre



orgulloso y seguro de sí mismo; ahora, se sentía humilde y receptivo.

–¿Qué quieres que haga, Señor? –preguntó.

–"Levántate y entra en la ciudad, que allí se te dirá lo que tienes que hacer" –le dijo Jesús.

Saulo se levantó entonces, tambaleándose, y sus amigos se le acercaron, todavía temblorosos y atemorizados, ofreciéndole ayuda. Pero nada pueden hacer por él, salvo llevarlo de la mano, pues se había quedado ciego.

Así, conducido por los otros, Saulo llegó a Damasco. Había pensado entrar cabalgando orgullosamente al frente de un grupo de hombres que iban a aplastar la fe cristiana en la ciudad. En cambio, llegaba tropezando, humilde y penitente, para aprender la voluntad de Jesús y servirle fielmente desde entonces.

Al llegar a la ciudad, Saulo se hospedó en la casa de un hombre llamado Judas, y allí permaneció sin comer ni beber durante tres días. Vivamente impresionado por lo que le había ocurrido en el camino y apesadumbrado por sus faltas, solo deseaba orar. Y así, de rodillas, le pidió a Jesús que lo perdonara y que le mostrara lo que debe hacer.

Al tercer día, Jesús se le apareció a uno de los cristianos de

Damasco llamado Ananías y le dijo:

–"Anda, ve a la casa de Judas, en la calle llamada Derecha, y pregunta por un tal Saulo de Tarso. Está orando".

Al oír esto, Ananías se asustó. ¡Prefería ir a ver a cualquier otra persona, pero no a Saulo de Tarso! Había oído hablar mucho de él y de sus crueles persecuciones.

–"Señor, he oído hablar mucho de ese hombre y de todo el mal que ha causado a tus santos en Jerusalén".

Pero Jesús le contestó:

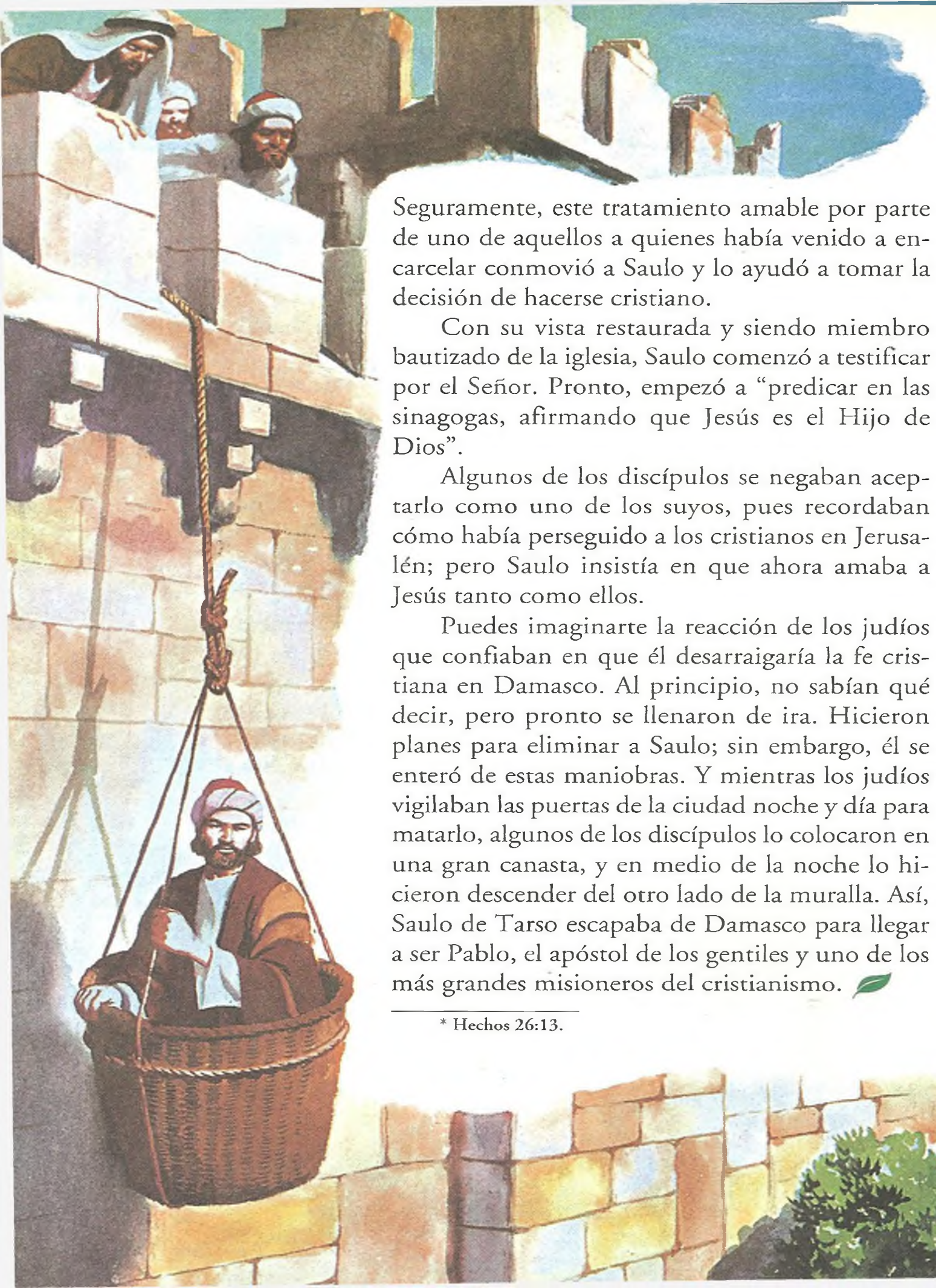
–"¡Ve! –insistió el Señor–, porque ese hombre es mi instrumento escogido para dar a conocer mi nombre tanto a las naciones y a sus reyes como al pueblo de Israel".

Ananías obedeció. En la casa de Judas, encontró a Saulo orando, y poniéndole las manos encima, le dijo:

–"Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo".

De inmediato, se le abrieron los ojos a Saulo. ¡Otra vez podía ver! Y la primera persona a quien vio es a un discípulo de Jesús, que lo bautizó.

¡Cuán bondadoso fue Ananías al llamar "hermano" a Saulo!



Seguramente, este tratamiento amable por parte de uno de aquellos a quienes había venido a encarcelar conmovió a Saulo y lo ayudó a tomar la decisión de hacerse cristiano.

Con su vista restaurada y siendo miembro bautizado de la iglesia, Saulo comenzó a testificar por el Señor. Pronto, empezó a "predicar en las sinagogas, afirmando que Jesús es el Hijo de Dios".

Algunos de los discípulos se negaban aceptarlo como uno de los suyos, pues recordaban cómo había perseguido a los cristianos en Jerusalén; pero Saulo insistía en que ahora amaba a Jesús tanto como ellos.

Puedes imaginarte la reacción de los judíos que confiaban en que él desarraigaría la fe cristiana en Damasco. Al principio, no sabían qué decir, pero pronto se llenaron de ira. Hicieron planes para eliminar a Saulo; sin embargo, él se enteró de estas maniobras. Y mientras los judíos vigilaban las puertas de la ciudad noche y día para matarlo, algunos de los discípulos lo colocaron en una gran canasta, y en medio de la noche lo hicieron descender del otro lado de la muralla. Así, Saulo de Tarso escapaba de Damasco para llegar a ser Pablo, el apóstol de los gentiles y uno de los más grandes misioneros del cristianismo.

* Hechos 26:13.

Gacela

(Hechos 9:36-41)

¡IMAGINA llamar "gacela" a una chica! Pero esto es lo que sus padres hicieron. Y esto es lo que ella era.

Su nombre verdadero era Tabita, que significa "gacela" o "antílope" o, en griego, "Dorcas". Y a lo largo de su vida ella vivió a la altura de su nombre, porque siempre estaba corriendo tan rápidamente como podía de una persona necesitada a otra.

Las gacelas no solo son veloces, sino también delicadas y amigables; y así era Tabita. Quizá también tenía ojos tiernos y brillantes como las gacelas: ojos que mostraban interés en la gente y tierna simpatía por los que sufrían dificultades o tristezas.

Esta dama maravillosa era el motor de la iglesia de Jope, y siempre estaba pensando en cómo ayudar a los demás. La Biblia dice que "se esmeraba en hacer buenas obras y en ayudar a los pobres". Y cuando no se hallaba ocupada en cuidar a algún niño enfermo, en hablar con alguna persona ciega ni en llevar flores a algún anciano, se dedicaba a confeccionar túnicas y mantos para los pobres.

Y a pesar de lo ocupada que estaba, siempre se mostraba pa-

ciente e irradiaba entusiasmo por doquiera que iba. No sorprende entonces que todo el mundo la amara. Tampoco sorprende que todos los miembros de iglesia de Jope se hubieran entristecido muchísimo al enterarse de su enfermedad y de su muerte.

Pero ¿de qué murió? No lo sabemos. Probablemente debido a que estaba tan debilitada y fatigada por ayudar a otros. O bien puede ser que se hubiera contagiado de alguna persona enferma a quien estaba cuidando.

En aquella época, era costumbre enterrar a los muertos en seguida; pero la gente de Jope no podía hacerse la idea de separarse de esta dama tan bondadosa. Por eso, pusieron su cuerpo "en un cuarto de la planta alta" y esperaron.

De repente, alguien dijo:

–¡Ojalá estuviera Pedro aquí!

–¡Pero es que, efectivamente, está por aquí cerca! –agregó otro.

–¿Dónde? –preguntó un tercero de inmediato.

–En Lida, a solo unos 16 kilómetros de aquí. Me he enterado de que ayer o anteayer sanó a un hombre llamado Eneas, que había estado paralítico desde hacía ocho años.

–¡Pidámosle que venga! –exclamó otro, y bien pronto dos hombre salieron hacia Lida para buscarlo.

Cuando lo encontraron, le contaron la historia de Tabita y le rogaron que viniera de inmediato. El apóstol aceptó, y los tres regresaron a Jope tan rápido como podían.

Cuando entró en la sala en que se hallaba el cuerpo de Dorcas, Pedro la encontró llena de viudas llorosas, a quienes ella había ayudado cuando vivía. Además, le mostraron las túnicas y mantos que había hecho para ellas.

Pedro entonces les pidió bondadosamente que se retiraran. Luego, se arrodilló y comenzó a orar. ¡Qué cuadro! ¡El gran pescador de Galilea está arrodillado ante Dios pidiéndole la resurrección de una mujer muerta! Y con cuánto fervor debe haber orado, así como Elías rogó por la vida del hijo de la mujer de Sunem.

Hasta me parece oír que Pedro dice: "Amado Señor, si es tu voluntad, resucita a esta bondadosa mujer. Tú sabes que la iglesia de Jope la necesita. La llaman Dorcas, Señor, y en realidad lo ha sido: una gacela que ha ido saltando de uno a otro para atender sus necesidades. Haz que ella pueda continuar su ministerio de amor para la gloria de tu nombre".

Al ponerse en pie, se volvió hacia el cuerpo y dijo:

–"Tabita, levántate".

Y ella "abrió los ojos y, al ver a Pedro, se incorporó". ¡Muy grande fue su sorpresa al ver en su cuarto al famoso apóstol del que había oído tantas hermosas historias!

Luego, Pedro la tomó de la mano y la ayudó a levantarse. Estoy seguro de que ella nunca olvidó ese sencillo acto de bondad ni la sonrisa de alegría y de agradecimiento que se dibujó en el noble y bondadoso rostro del apóstol.

Entonces, llamando a los santos y viudas que habían estado esperando afuera con impaciencia, Pedro "la presentó viva".

Me imagino que a duras penas habrán podido creer lo que les decían sus ojos. Pero su alegría no tuvo límites. ¡La tan querida benefactora estaba otra vez viva entre ellos!

Y en cuanto a Dorcas, estoy seguro de que no permaneció mucho tiempo allí. Pronto comenzó a ir otra vez de aquí para allá, ayudando a los que se encontraban en necesidad.

Animales en el cielo

(Hechos 9:43 a 10:48)

LUEGO de devolverle la vida a Tabita, Pedro permaneció en Jope en la casa de Simón, un curtidor. Fue allí donde tuvo una visión muy extraña.

Sucedió al mediodía, mientras estaba esperando el almuerzo. Había subido a la terraza para orar.

Le encantaba ese lugar, no solo porque desde allí podía ver el mar que tanto amaba, sino también porque allí arriba sentía que no había nada que se interpusiera entre él y el cielo, donde Jesús su Señor y Salvador estaba sentado a la diestra de Dios.

Mientras oraba, tuvo una visión en la que observó que una cosa extraña bajaba del cielo. Era "algo parecido a una gran sábana que, suspendida por las cuatro puntas, descendía hacia la tierra". Al acercarse más, vio que dentro de la sábana había toda clase de cuadrúpedos, reptiles y aves. Entonces, oyó una voz que decía:

–"Levántate, Pedro; mata y come".

La Biblia dice que Pedro tenía hambre; pero seguramente no era tanta como para hacerle comer animales que, según las leyes de Moisés, eran impuros. Por eso Pedro respondió:

ILUSTRACIÓN DE GUILLERMO HUTCHINSON →

En una visión, Pedro vio una gran manta que descendía del cielo, llena de cuadrúpedos, reptiles y aves. De esa manera, Dios le enseñó que a nadie debía llamar manchado o impuro.

–"¡De ninguna manera, Señor! Jamás he comido nada impuro o inmundo".

Entonces, la voz volvió a hablar, diciendo:

–"Lo que Dios ha purificado, tú no lo llames impuro".

Esto mismo ocurrió tres veces, y luego el lienzo y los animales subieron otra vez hacia el cielo y desaparecieron.

Pedro se quedó pensando en lo que había visto. Estaba seguro de que se le había dado la visión con algún propósito, pero ¿cuál era? ¿Quería Dios que comiera animales impuros? Seguramente, no. Lo que había visto tenía otra explicación.

Y mientras pensaba en esto, oyó que alguien llamaba a la puerta de la casa y que, al abrírsele, preguntaba "si allí se hospedaba Simón, apodado Pedro".

Al bajar Pedro hasta la puerta, encontró a tres hombres que lo buscaban.

–¿Qué es lo que quieren? –preguntó.

Los recién llegados le dijeron que habían venido desde Cesarea para verlo, porque los había enviado Cornelio, un centurión romano.

–"Venimos de parte del centurión Cornelio, un hombre justo y temeroso de Dios... Un ángel de Dios le dio instrucciones de invitarlo a usted a su casa para escuchar lo que usted tiene que decirle" –le dijeron.

Me imagino que la sorpresa de Pedro debe haberse revelado en su rostro. ¡Que un centurión romano quería verlo! ¿Para qué?

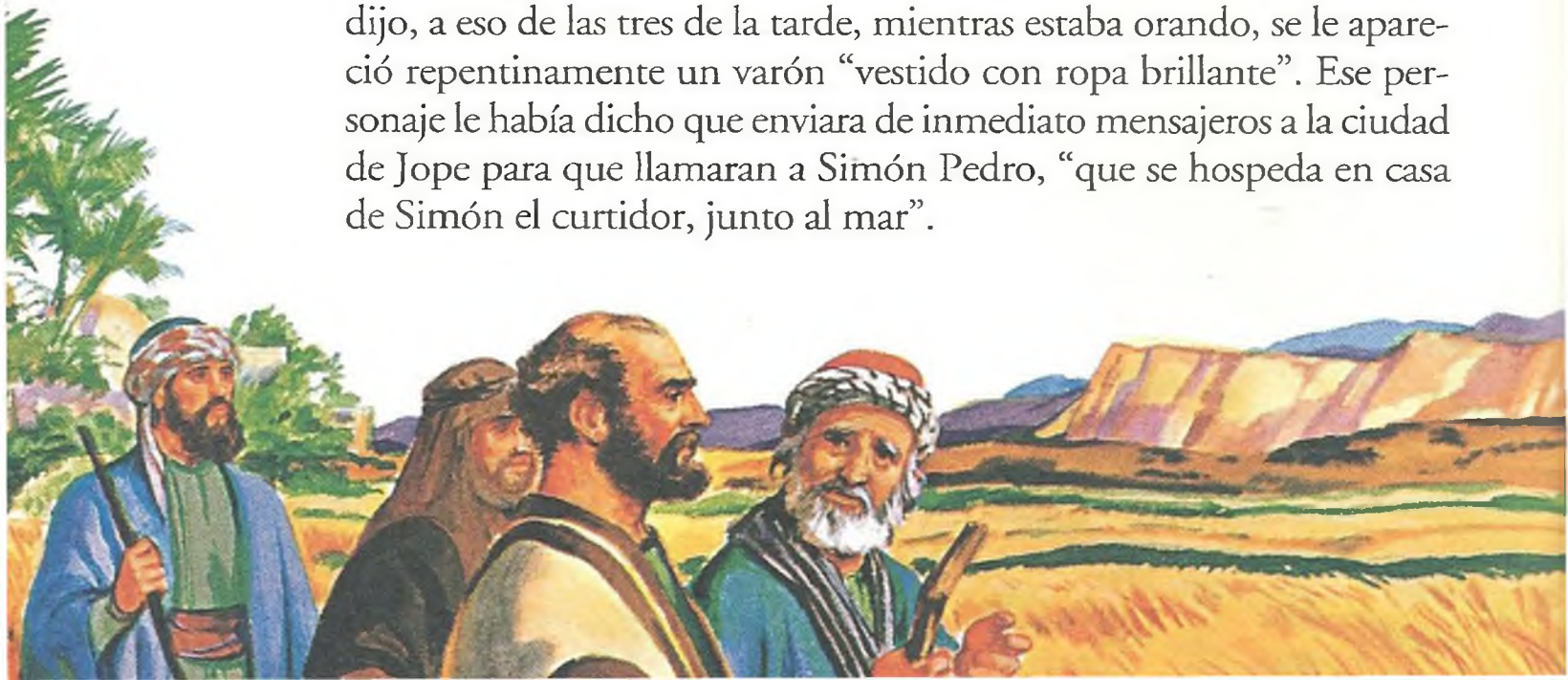
Por el momento, invitó a los hombres a que entraran y permanecieran en la casa durante la noche. A la mañana siguiente, salieron hacia Cesarea, y cuando llegaron a la casa del centurión, el apóstol descubrió que se hallaba atestada de gente que lo esperaba. Se le dio una cálida bienvenida y Cornelio se echó a sus pies para adorarlo, como si fuera un dios. Pero Pedro le dijo:

–"Ponte de pie, que sólo soy un hombre como tú".

En ese momento, el apóstol comenzó a entender el significado de la visión que había tenido el día anterior. Y dirigiéndose al grupo de los presentes, dijo:

–"Ustedes saben muy bien que nuestra ley prohíbe que un judío se junte con un extranjero o lo visite. Pero Dios me ha hecho ver que a nadie debo llamar impuro o inmundo. Por eso, cuando mandaron por mí, vine sin poner ninguna objeción. Ahora permítanme preguntarles: ¿para qué me hicieron venir?"

En seguida, Cornelio comenzó a explicarle. Cuatro días antes, le dijo, a eso de las tres de la tarde, mientras estaba orando, se le apareció repentinamente un varón "vestido con ropa brillante". Ese personaje le había dicho que enviara de inmediato mensajeros a la ciudad de Jope para que llamaran a Simón Pedro, "que se hospeda en casa de Simón el curtidor, junto al mar".



–El varón vestido con vestiduras brillantes parecía conocer exactamente el lugar en que vives –dijo Cornelio–; "así que inmediatamente mandé a llamarte, y tú has tenido la bondad de venir. Ahora estamos todos aquí, en la presencia de Dios, para escuchar todo lo que el Señor te ha encomendado que nos digas".

En ese momento, Pedro aprendió una gran lección. Hasta entonces, había pensado que el reino de Dios era solo para los judíos; pero ahora veía cuán equivocado había estado.

–"Ahora comprendo que en realidad para Dios no hay favoritismos –dijo–, sino que en toda nación él ve con agrado a los que le temen y actúan con justicia".

Entonces, comenzó a hablar acerca de Jesús y de "cómo anduvo haciendo el bien y sanando a todos los que estaban oprimidos por el diablo".

–Yo estuve con él –bien puede haber dicho el apóstol–. Lo acompañé desde los primeros días de su ministerio hasta que fue crucificado. Lo vi después de haber resucitado de los muertos. Además, muchas veces viajamos, bebimos y comimos juntos.

Aunque sus palabras eran sencillas, Cornelio y el resto de los presentes lo escuchaban con gran atención, porque Pedro hablaba de algo que había visto personalmente.

–"Él nos mandó a predicar al pueblo y a dar solemne testimonio de que ha sido nombrado por Dios como juez de vivos y muertos. De él dan testimonio todos los profetas, que todo el que cree en él recibe... el perdón de los pecados".

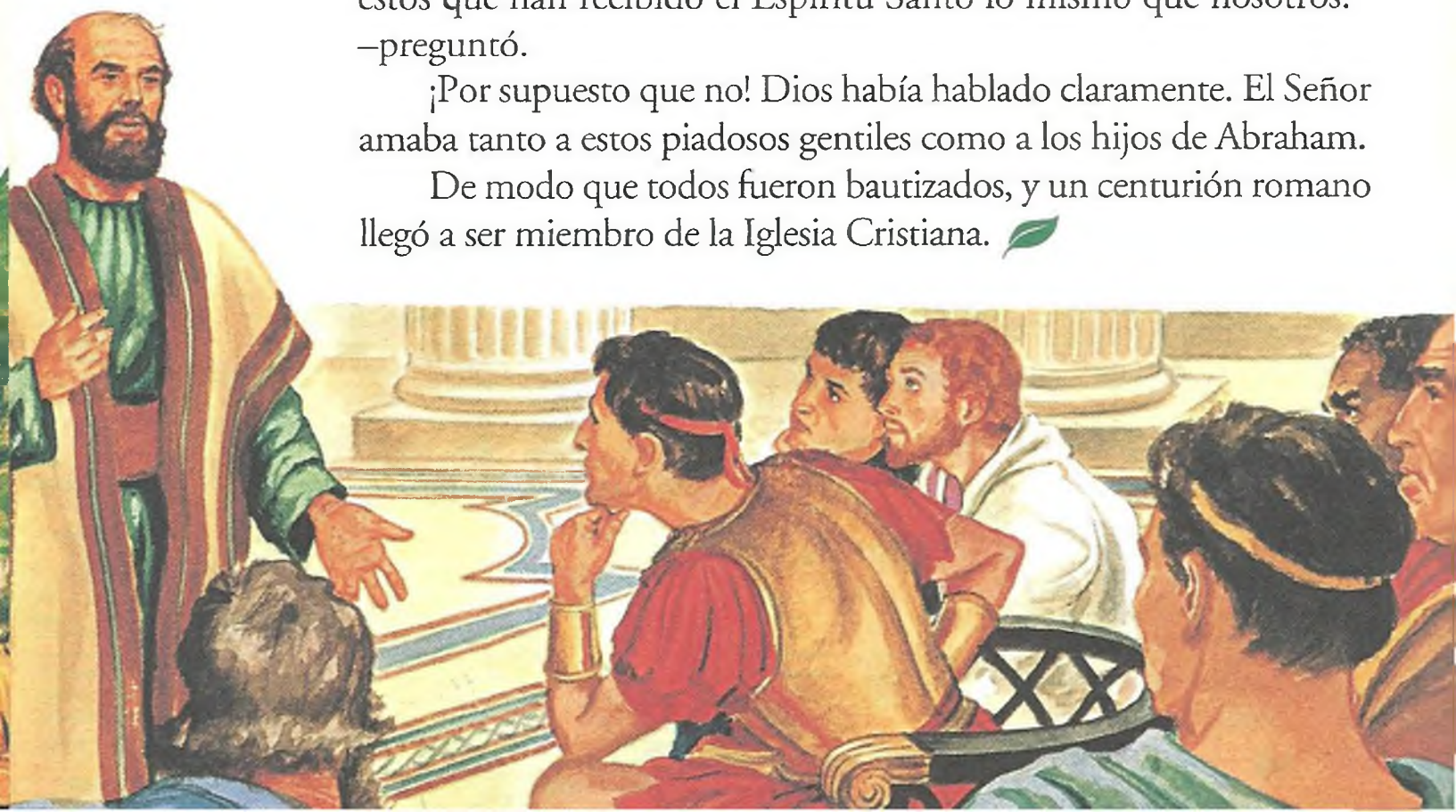
Pedro siguió hablando durante un buen tiempo y todos se sintieron conmovidos por sus palabras. Mientras escuchaban, cada uno decidió aceptar a Jesús como Salvador. Y entonces, ocurrió algo muy hermoso. En medio del discurso de Pedro, "el Espíritu Santo descendió sobre todos los que escuchaban el mensaje" y comenzaron a glorificar a Dios.

Algunos de los judíos que se hallaban presentes quedaron muy impresionados. No podían comprender cómo era posible que Dios derramara su Espíritu sobre los que no eran judíos. Pero Pedro comprendió. Aquellos animales que, en visión, había visto en el cielo, tenían la respuesta.

–"¿Acaso puede alguien negar el agua para que sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?" –preguntó.

¡Por supuesto que no! Dios había hablado claramente. El Señor amaba tanto a estos piadosos gentiles como a los hijos de Abraham.

De modo que todos fueron bautizados, y un centurión romano llegó a ser miembro de la Iglesia Cristiana.



Se abren las puertas de la prisión

(Hechos 12:1-19)

A ESTA altura, el pequeño grupo de discípulos llenos de fuego que habían salido con valentía de su lugar de reunión el día de Pentecostés, se había convertido en un gran número de creyentes. Después de la conversión de Saulo, la persecución había disminuido por un tiempo, y miles aceptaron el evangelio. La Biblia dice que "un gran número creyó y se convirtió al Señor".

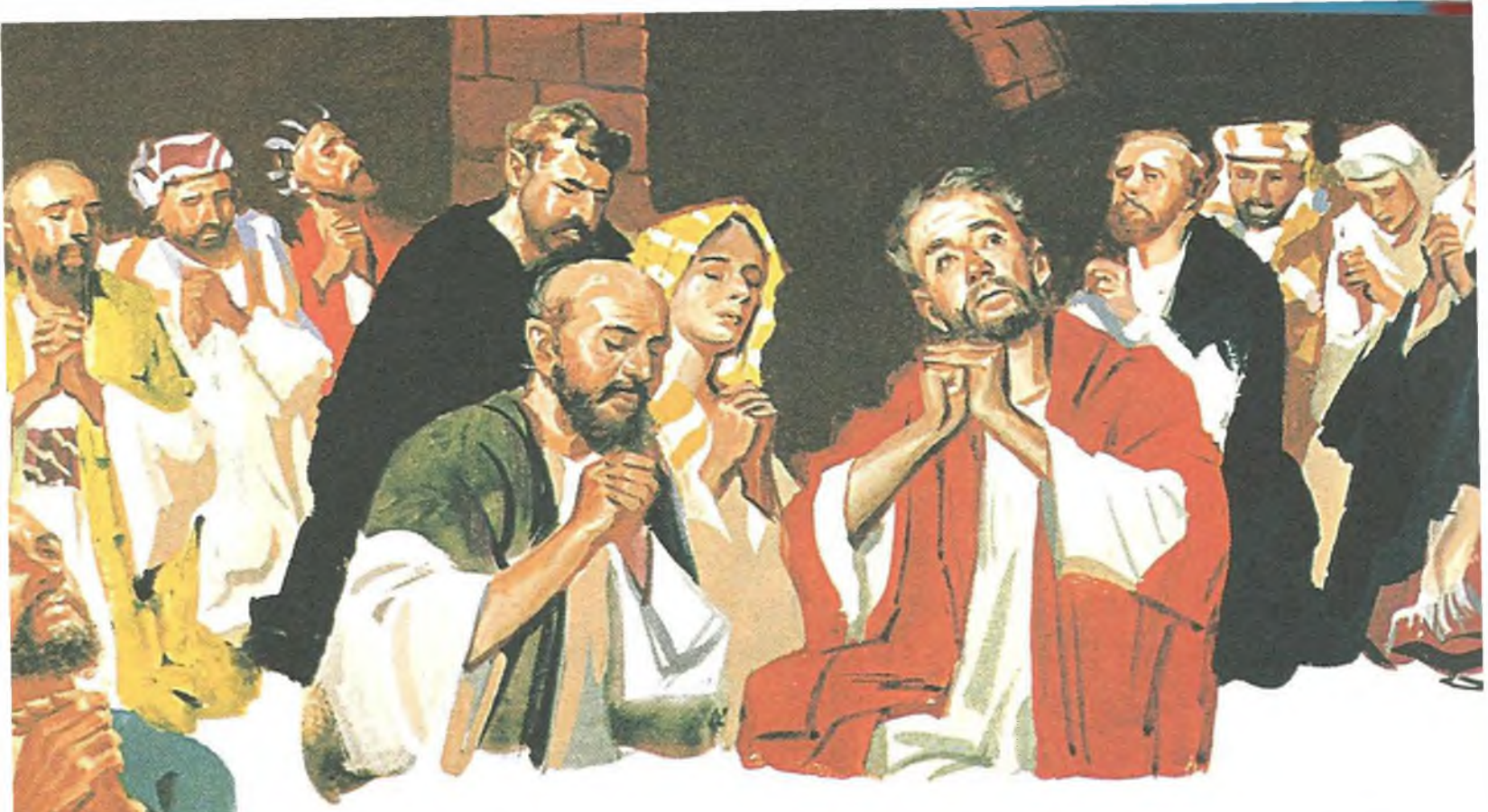
Pero los días agradables no durarían demasiado.

El rey Herodes arrestó a Santiago, hermano de Juan, y lo condenó a muerte. Cuando se dio cuenta de que esto había caído bien entre los líderes judíos, puso a Pedro en prisión con la intención de matarlo después de la Pascua.

Y dado que supo que el apóstol había logrado escapar una vez de la cárcel, dio órdenes de que "cuatro grupos de cuatro soldados cada uno" lo vigilaran de día y de noche. ¡Esta vez sí que no escaparía!

Mientras tanto, los cristianos de Jerusalén, que se habían enterado de la ejecución de Santiago, estaban muy preocupados por la suerte que correría el amado Pedro. ¿Debería morir él también?

Desde temprano en la mañana hasta tarde en la noche, sí, y aun durante toda la noche, oraban a Dios por él.



–¡Oh, Señor Jesús, salva a Pedro!" –clamaban–. ¡No permitas que lo maten!

Días tras días, noche tras noche, Pedro permaneció en la cárcel mientras la iglesia pedía su liberación. Pero nada ocurrió. Por fin, llegó la noche anterior al día en que se lo iba a ejecutar. ¿Lo libraría Dios?

Encadenado en su celda, Pedro recuerda su vida pasada. El momento en que vio a Jesús por primera vez en Galilea; las actividades que lo vio desarrollar durante más de tres años y medio; y por fin, la ocasión en que él negó a su Maestro. Todavía recuerda cómo contestó airadamente: "¡A ese hombre ni lo conozco!",* y cómo el gallo había cantado por segunda vez. ¿Lo habría perdonado Jesús? ¿Vendría a rescatarlo?

Parecía algo imposible. ¿Quién podría librarlo de esas circunstancias? Allí estaban las cadenas que tenía ajustadas a las manos y los pies; allí estaban los dos soldados que lo vigilaban dentro de la celda; luego, la puerta cerrada, más allá, los dos grupos de soldados; y finalmente, la gran puerta de hierro que cierra la única salida de la cárcel. ¿Hay alguna esperanza de escape? ¿Quién podría rescatarlo?

Mientras dormitaba, sintió que alguien lo tocó el costado. Pedro se despertó, preguntándose quién lo había tocado y por qué.

Luego, oyó a alguien que le dijo, en voz baja:

–¡Date prisa, levántate!

Misteriosamente, se le caen las cadenas de las manos, golpeando con estrépito el suelo de piedra.

–Vístete y cálzate las sandalias –le dijo el desconocido.

Pedro obedeció, y trató de vestirse tan rápidamente como pudo. Luego, volvió a hablar el desconocido.

–"Échate la capa encima y sígueme".

Silenciosamente, el extraño abrió la puerta de la celda y salió. Pedro lo siguió, preguntándose si estaba soñando. Pasaron junto al primer pelotón, luego junto al segundo, y por fin llegaron al patio central. Todo estaba en silencio, salvo el monótono roncar de los soldados que dormían profundamente.

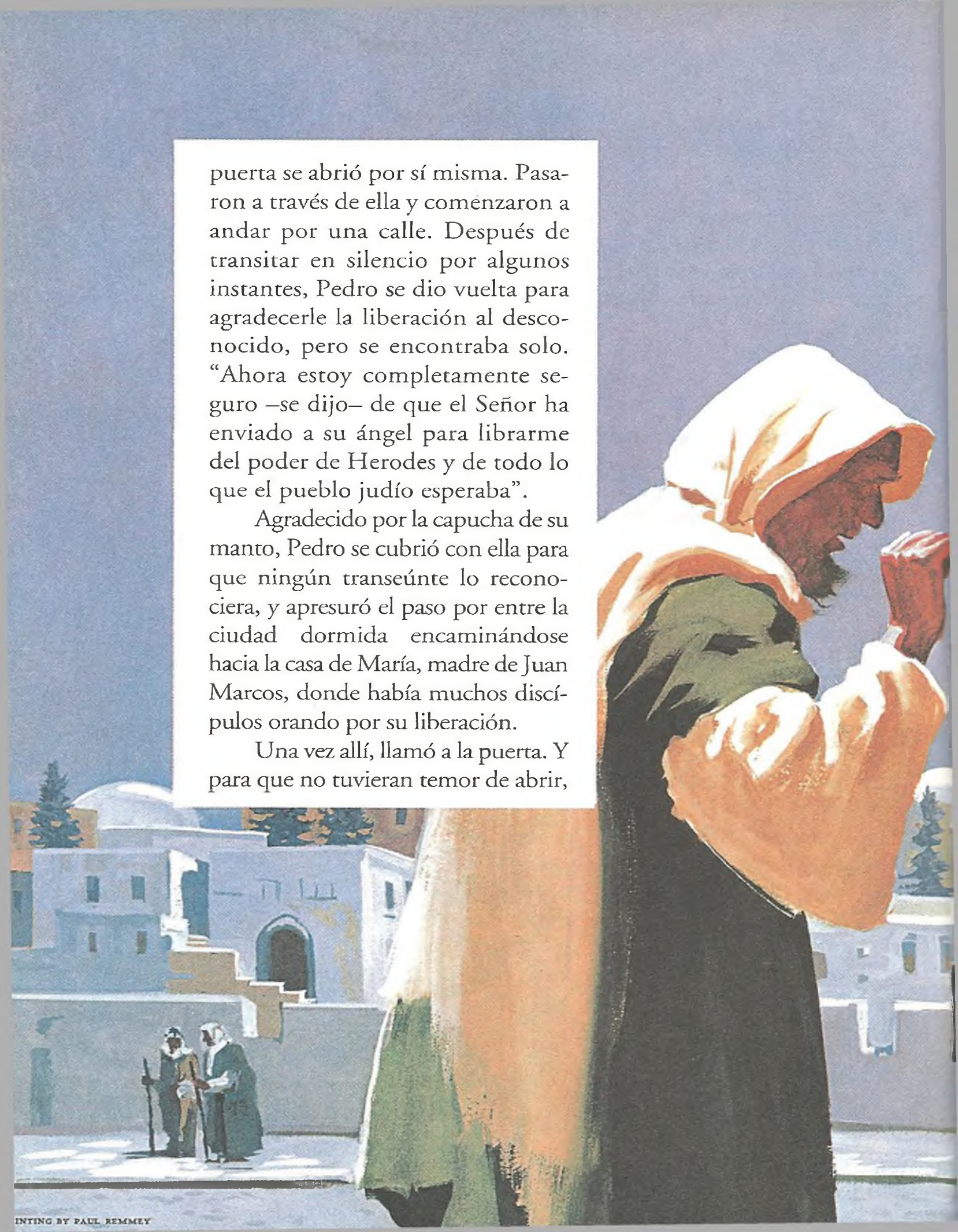
Ahora se encontraban frente al último portón de hierro. ¿Podrían pasar? ¿Tendría la llave este extraño personaje?

Pero mientras Pedro pensaba en eso, para su sorpresa, la

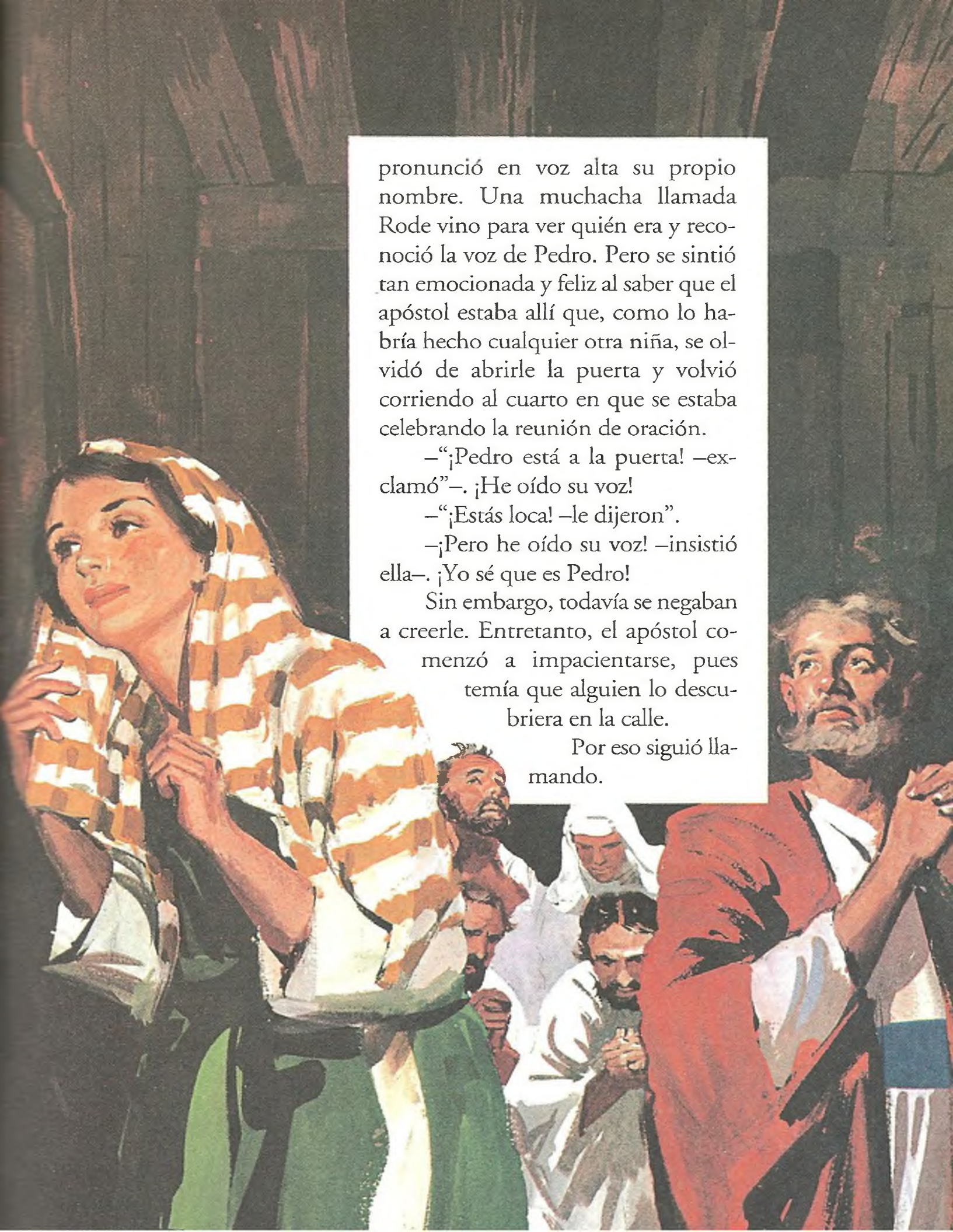
puerta se abrió por sí misma. Pasaron a través de ella y comenzaron a andar por una calle. Después de transitar en silencio por algunos instantes, Pedro se dio vuelta para agradecerle la liberación al desconocido, pero se encontraba solo. "Ahora estoy completamente seguro –se dijo– de que el Señor ha enviado a su ángel para librarme del poder de Herodes y de todo lo que el pueblo judío esperaba".

Agradecido por la capucha de su manto, Pedro se cubrió con ella para que ningún transeúnte lo reconociera, y apresuró el paso por entre la ciudad dormida encaminándose hacia la casa de María, madre de Juan Marcos, donde había muchos discípulos orando por su liberación.

Una vez allí, llamó a la puerta. Y para que no tuvieran temor de abrir,



INTING BY PAUL REMMEY



pronunció en voz alta su propio nombre. Una muchacha llamada Rode vino para ver quién era y reconoció la voz de Pedro. Pero se sintió tan emocionada y feliz al saber que el apóstol estaba allí que, como lo habría hecho cualquier otra niña, se olvidó de abrirle la puerta y volvió corriendo al cuarto en que se estaba celebrando la reunión de oración.

–"¡Pedro está a la puerta! –exclamó"–. ¡He oído su voz!

–"¡Estás loca! –le dijeron".

–¡Pero he oído su voz! –insistió ella–. ¡Yo sé que es Pedro!

Sin embargo, todavía se negaban a creerle. Entretanto, el apóstol comenzó a impacientarse, pues temía que alguien lo descubriera en la calle.

Por eso siguió llamando.

Por fin, todos fueron hacia la puerta, la abren, ¡y allí está Pedro! Apenas podían creerlo.

–¡Pedro! –exclamaron–. ¿Eres tú, realmente?

Y al darle la bienvenida, causaron tal alboroto, que el apóstol tuvo que rogarles que se calmaran, no sea que vinieran los soldados. Entonces, les contó cómo un ángel lo había rescatado milagrosamente de la cárcel.

Cuando llegó la mañana, todo Jerusalén se había enterado de la increíble noticia:

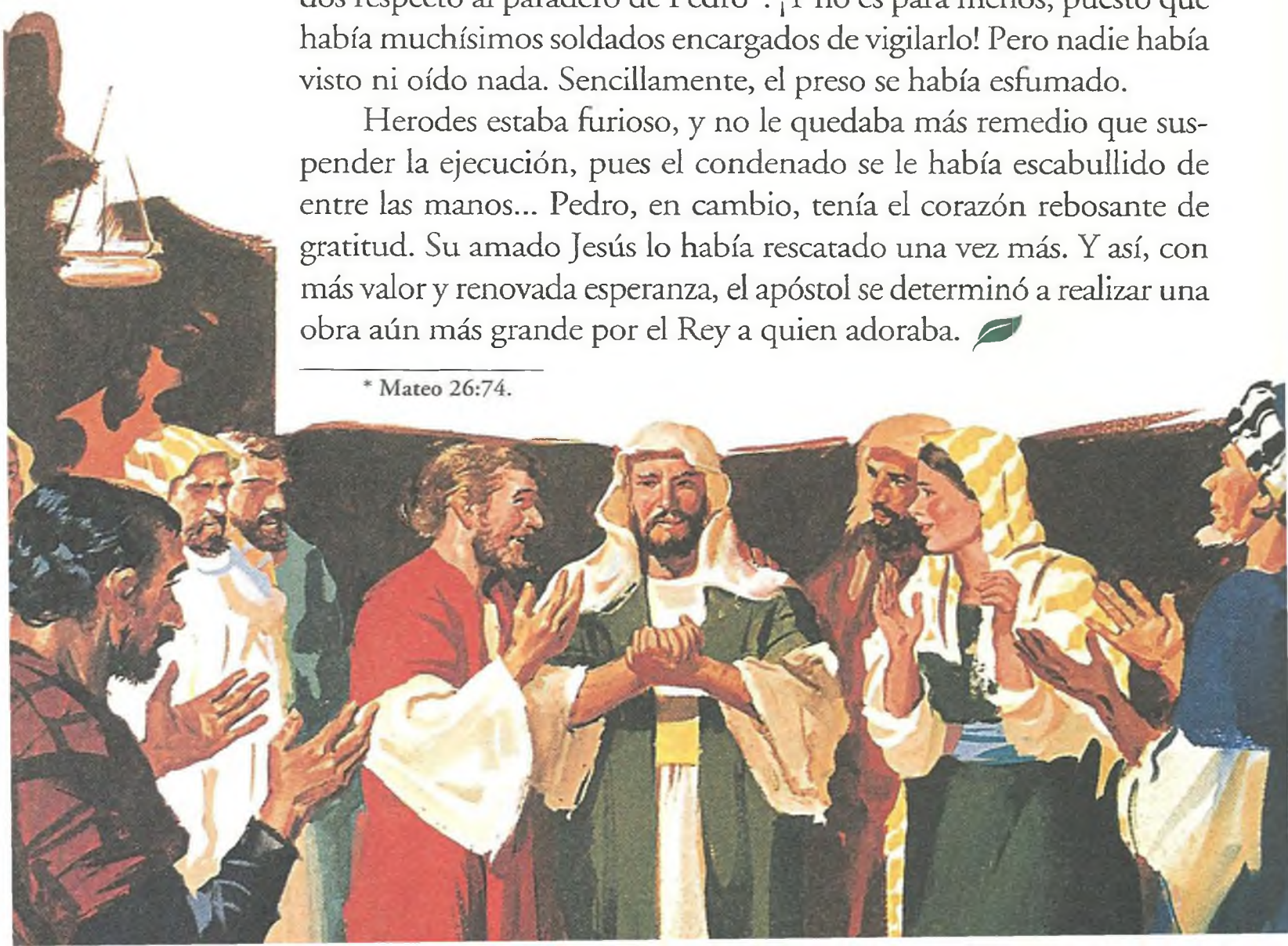
–¡Pedro ha vuelto a escaparse!

Y de un extremo al otro de la ciudad, la gente comentaba alegremente la novedad.

Pero en la cárcel, se produjo "un gran alboroto entre los soldados respecto al paradero de Pedro". ¡Y no es para menos, puesto que había muchísimos soldados encargados de vigilarlo! Pero nadie había visto ni oído nada. Sencillamente, el preso se había esfumado.

Herodes estaba furioso, y no le quedaba más remedio que suspender la ejecución, pues el condenado se le había escabullido de entre las manos... Pedro, en cambio, tenía el corazón rebosante de gratitud. Su amado Jesús lo había rescatado una vez más. Y así, con más valor y renovada esperanza, el apóstol se determinó a realizar una obra aún más grande por el Rey a quien adoraba.

* Mateo 26:74.

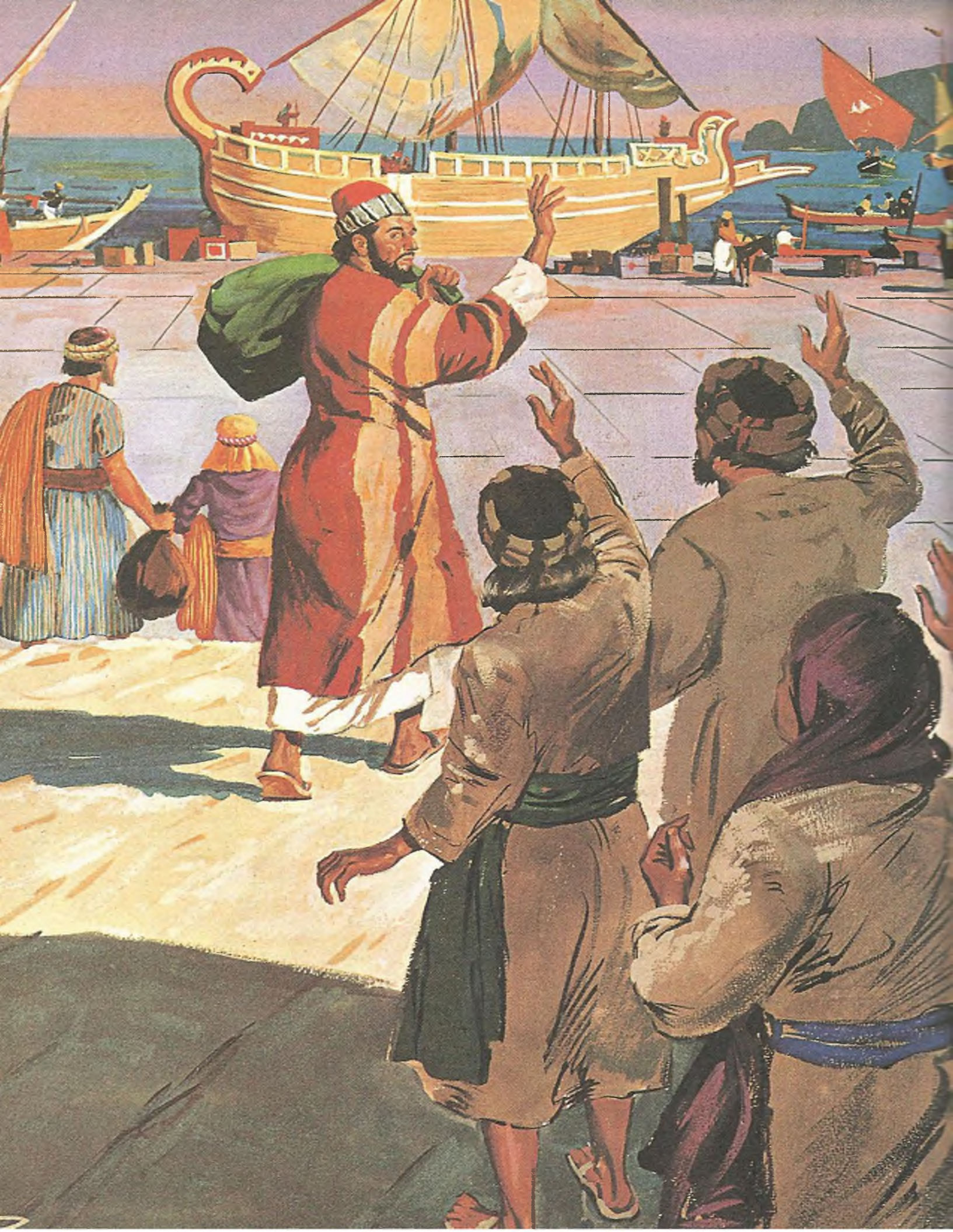


SEGUNDA PARTE

Historias de

los Primeros Misioneros Cristianos

(Hechos 13:1 a 28:31)



Saulo se convierte en Pablo

(Hechos 13:1-12)

A MEDIDA que crecían las dificultades en Jerusalén, más y más personas que creían en Jesús se mudaban a otras ciudades. Muchos fueron a Antioquia en Siria, a unos 480 kilómetros hacia el norte, donde encontraron un lugar agradable para vivir.

Ni bien llegaron, comenzaron a contarles a sus nuevos amigos acerca del amado Carpintero de Nazaret, y también estas personas aceptaron a Cristo.

Cuando los discípulos se enteraron de estas maravillosas noticias, le pidieron a Bernabé que fuera hasta Antioquía a ver lo que estaba sucediendo. Su carácter amable lo convertía en la persona adecuada para cumplir esa misión. Lo que encontró allí lo puso muy feliz, y fue tal el ánimo que le transmitió a los nuevos creyentes y a los demás en la comunidad, que "un gran número de personas aceptó al Señor".

En ese entonces, Bernabé comenzó a preocuparse por la suerte de Saulo, que desde hacía algún tiempo había salido de Palestina. Haciendo honor a su nombre de "hijo de consolación",

← ILUSTRACIÓN DE PABLO REMMEY

Desde Antioquía –donde los discípulos habían sido llamados cristianos por primera vez–, Saulo, Bernabé y Marcos salieron como misioneros para llevar el evangelio a tierras lejanas.

viajó hasta Tarso (que quedaba a unos 160 kilómetros) para buscarlo. Cuando lo encontró, le pidió que lo ayudara a fortalecer la nueva iglesia que se había organizado en Antioquía.

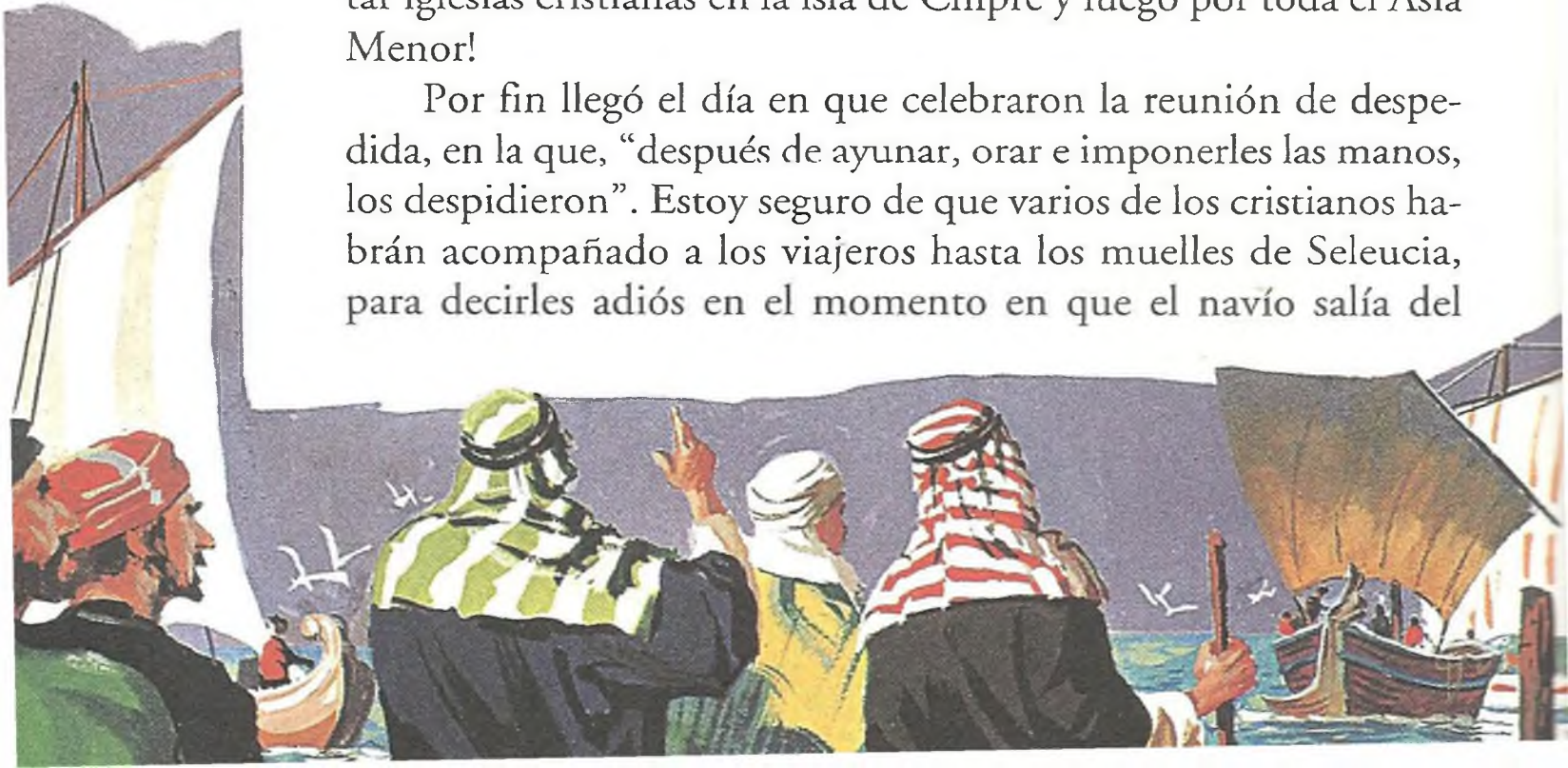
Saulo aceptó la invitación, y así comenzó aquel hermoso compañerismo entre esos dos hombres, que trajo tantos beneficios para la difusión del evangelio.

Aquellos deben haber sido días realmente notables en la historia de Antioquía. La Biblia dice que fue allí donde los seguidores de Jesús fueron llamados "cristianos" por primera vez. Cierto día, la presencia de Dios se manifestó en manera especial en la iglesia, y el Espíritu Santo ordenó: "Apártenme ahora a Bernabé y a Saulo para el trabajo al que los he llamado".

No podía haber dudas en cuanto a los que Dios quería. Estos dos hombres, que habían sido de tanta ayuda en la iglesia de Antioquía, debían salir ahora para predicar en otras regiones las buenas noticias del amor de Jesús.

Esto era algo nuevo en aquellos días, y me imagino que habrá reinado no poca agitación al trazarse los planes para esta gran aventura. Los miembros de la iglesia no hacían más que hablar de ello. ¡Sus amados pastores, juntamente con Juan Marcos –primo de Bernabé– iban a emprender un largo viaje para visitar iglesias cristianas en la isla de Chipre y luego por toda el Asia Menor!

Por fin llegó el día en que celebraron la reunión de despedida, en la que, "después de ayunar, orar e imponerles las manos, los despidieron". Estoy seguro de que varios de los cristianos habrán acompañado a los viajeros hasta los muelles de Seleucia, para decirles adiós en el momento en que el navío salía del



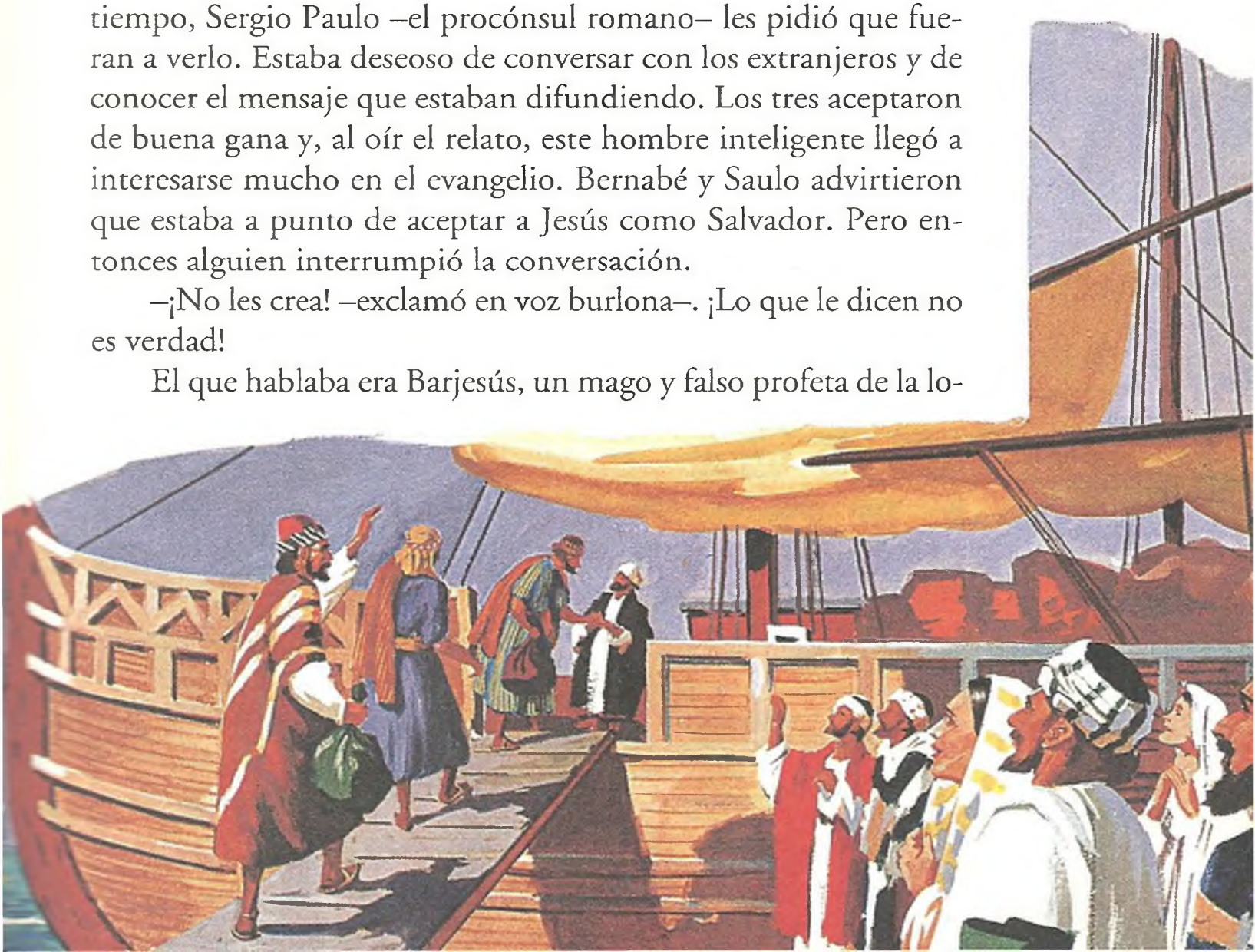
puerto. Y me pregunto si, mientras varios derramaban lágrimas o expresaban en voz alta sus buenos deseos, alguno habrá podido darse cuenta de que esas tres figuras solitarias que se iban empequeñeciendo a medida que el velero se alejaba, eran los primeros de una larga línea de misioneros que desde ese momento saldrían de sus tierras para predicar el evangelio.

Tan pronto como los viajeros llegaron a Salamina –un puerto situado en la costa oriental de Chipre– y encontraron un lugar para alojarse, visitaron todas las sinagogas, contando la historia de Jesús a los judíos. Después, viajaron a través de la isla hasta llegar a la ciudad de Pafos, en la costa occidental. Allí les ocurrió algo interesante.

Después de haber permanecido en la ciudad durante un tiempo, Sergio Paulo –el procónsul romano– les pidió que fueran a verlo. Estaba deseoso de conversar con los extranjeros y de conocer el mensaje que estaban difundiendo. Los tres aceptaron de buena gana y, al oír el relato, este hombre inteligente llegó a interesarse mucho en el evangelio. Bernabé y Saulo advirtieron que estaba a punto de aceptar a Jesús como Salvador. Pero entonces alguien interrumpió la conversación.

–¡No les crea! –exclamó en voz burlona–. ¡Lo que le dicen no es verdad!

El que hablaba era Barjesús, un mago y falso profeta de la lo-



calidad, que era suficientemente astuto como para darse cuenta de que, si el procónsul aceptaba el mensaje que traían estos predicadores, sus actividades mágicas terminarían muy pronto. Pero me imagino que en seguida se arrepintió de haber hablado. Volviéndose hacia él, Saulo le dirigió con firmeza palabras de condenación, pues se enojó al ver cómo ese individuo trataba de impedir que el oficial romano aceptara la gracia de Dios.

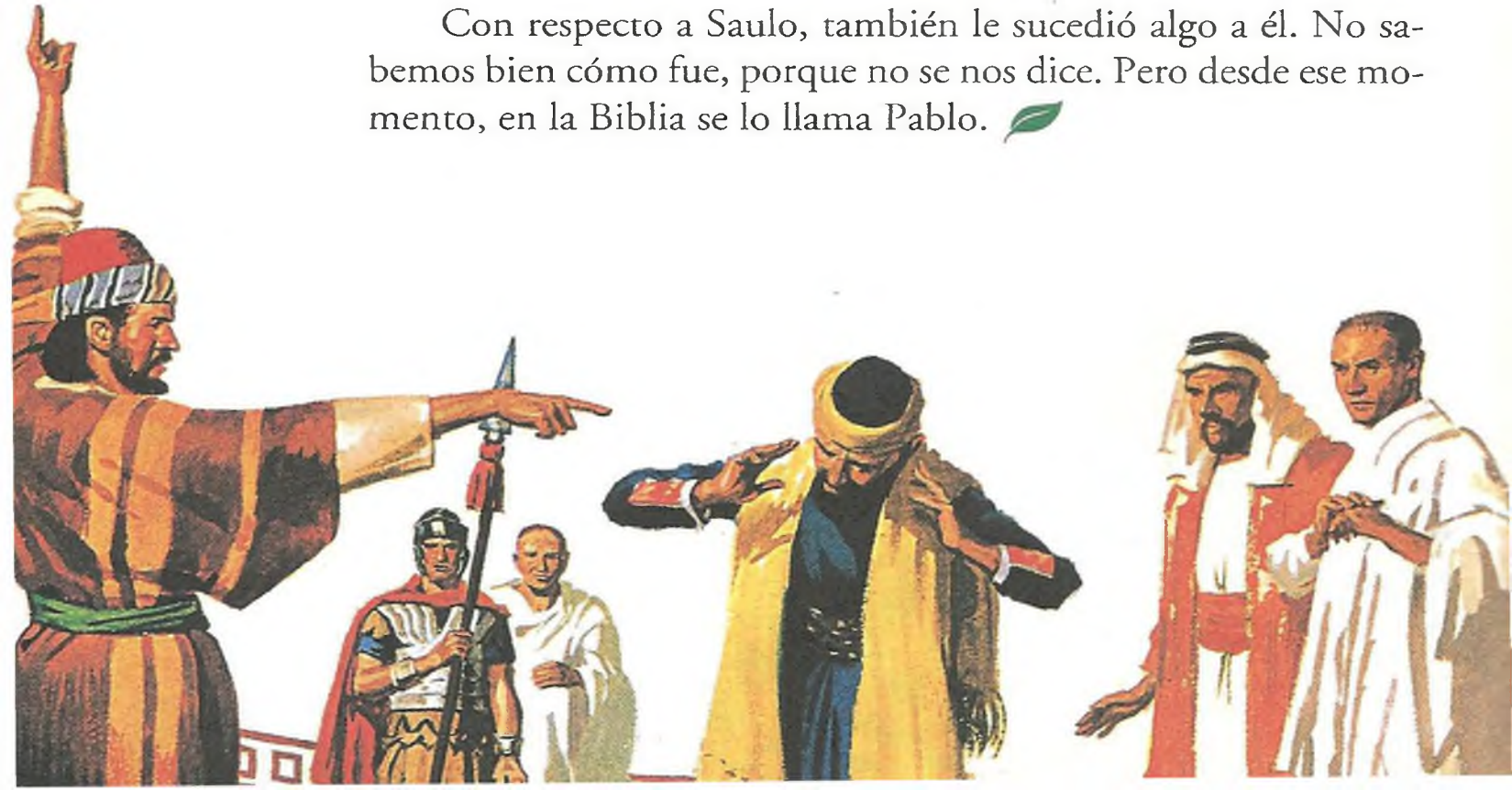
–"¡Hijo del diablo y enemigo de toda justicia –le dijo a Barjesús–, lleno de todo tipo de engaño y de fraude! ¿Nunca dejarás de torcer los caminos rectos del Señor? Ahora la mano del Señor está contra ti; vas a quedarte ciego y por algún tiempo no podrás ver la luz del sol".

Apenas había dicho Saulo estas palabras, cuando lo predicho ocurrió.

–¡No puedo ver! ¡No puedo ver! –exclamaba Barjesús llevándose las manos a los ojos.

"Al instante cayeron sobre él sombra y oscuridad, y comenzó a buscar a tientas quien lo llevara de la mano". Profundamente impresionado, el procónsul entregó su corazón a Dios, "maravillado de la enseñanza acerca del Señor".

Con respecto a Saulo, también le sucedió algo a él. No sabemos bien cómo fue, porque no se nos dice. Pero desde ese momento, en la Biblia se lo llama Pablo.



Confundidos con dioses

(Hechos 13:13 a 14:20)

LOS tres misioneros navegaron desde Pafos hacia Perga, la ciudad del Asia Menor. Allí, Juan Marcos se despidió de Pablo y Bernabé, y se volvió a su hogar. Quizá se había enfermado en el último viaje en barco, o no pudo soportar las condiciones de los viajes de ese entonces. De cualquier manera, juntó sus cosas y regresó a Jerusalén, para decepción de Pablo.

Los otros dos hombres siguieron solos y llegaron a Antioquía de Pisidia. Pablo fue invitado a hablar en la sinagoga, y predicó un gran sermón, demostrando que Jesús no solo era el hijo de David, sino también el Hijo de Dios.

–"Por medio de Jesús –declaró el apóstol–, se les anuncia a ustedes el perdón de los pecados".

Al salir de la reunión, los gentiles le pidieron que les predicara el mismo sermón. Pablo accedió, y "el siguiente sábado casi toda la ciudad se congregó para oír la palabra del Señor".

Esto incomodó a los judíos, porque se habían acostumbrado a no compartir con los gentiles ninguna de sus bendiciones. Ni siquiera un buen predicador. Por eso, se enojaron con Pablo y Bernabé, y comenzaron a criticar no solo a los apóstoles sino

Roma
Tres Tabernas
Foro de Apio
Puteoliso
ITALIA
MACEDONIA
Anfípo
Tesalónica
Berea
GRECIA
Corinto
Cencre
SICILIA
Regio
Siracusa
Malta
EL MAR G
(MEDITERRANEO
LIBIA
N
O
E
S

ACTUACION Y VIAJES
DEL APOSTOL PABLO
34-66 d.C.
Primer Viaje
Segundo Viaje
Tercer Viaje
Roma
Filipos
Addramyttium
Dorilea
ASIA MENOR
Esmirna
Antioquía
Iconio
Mileto
Perge
Listra
Tarso
Cos
Gnido
Atalía
Derbe
Rodas
Patara
Mira
Seleucia
Antioqu
Pafos
Salamina
Damasco
CHIPRE
Sidón
Tiro
Tolemaida
Cesarea
Antipatris
Jope
Jerusalén
Gaza
EGIPTO

también el mensaje que traían.

Haciéndose oír en medio de los gritos e insultos, Pablo les dijo:

–"Era necesario que les anunciáramos la palabra de Dios primero a ustedes. Como la rechazan y no se consideran dignos de la vida eterna, ahora vamos a dirigirnos a los gentiles".

Esto, como es lógico, alegró a los gentiles, y muchos de ellos aceptaron a Jesús como su Salvador. Pero los judíos promovieron una persecución tal, que finalmente Pablo y Bernabé debieron salir de la ciudad.

Desde allí, los dos misioneros se encaminaron hacia Iconio, donde repitieron el mismo procedimiento. Pronto, esta ciudad también se vio conmovida por el mensaje evangélico. Y muchos, tanto judíos como gentiles, se volvieron cristianos. Pero esto molestó a los que no habían aceptado el mensaje que traían los misioneros, y pronto los habitantes de la ciudad formaron dos bandos: los que apo-

yaban a los predicadores y los que se oponían a ellos.

Las cosas se pusieron tan feas, que se formó un complot para matar a Pablo y Bernabé. Enterándose de ello, los misioneros salieron hacia Listra, donde predicaron el evangelio en paz durante un tiempo. Entre los que se convirtieron al cristianismo en esta ciudad se encontraba un muchacho llamado Timoteo, cuya madre y cuya abuela –llamadas Eunice y Loida, respectivamente– eran fieles creyentes.

Cierto día, mientras Pablo estaba hablando, advirtió que había un paralítico entre los que lo escuchaban. El pobre hombre había estado inválido desde el nacimiento, y mientras escuchaba la historia del amor y el poder de Jesús, deseó ser sanado. Sospechando lo que el hombre pensaba y "al reparar en él y ver que tenía fe para ser sanado", Pablo le dijo en alta voz:

–"¡Ponte en pie y enderézate!"

Instantáneamente, para gran sorpresa de la multitud, el hombre, "dio un salto y empezó a caminar". De inmediato, la noticia comenzó a difundirse por la ciudad como un reguero de pólvora. Centenares de personas se lanzaron a la carrera para ver al hombre sanado y al visitante que había efectuado la curación.

–"¡Los dioses han tomado forma humana y han venido a visitarnos!" –empezaron a exclamar.

Y pronto "a Bernabé lo llamaban Zeus, y a Pablo, Hermes, porque era el que dirigía la palabra". Entonces, " el sacerdote de Zeus... llevó toros y guirnaldas a las puertas y, con toda la multitud" se preparó para ofrecer sacrificios en honor de estos dos "dioses" visitantes.

Pablo y Bernabé se quedaron atónitos. ¡Lo último que habrían pensado es que se los confundiría con dioses paganos!

Decididos a aclarar la confusión de inmediato, comenzaron a correr entre la multitud exclamando:

"¡–Señores, ¿por qué hacen esto? Nosotros también somos hombres mortales como ustedes. Las buenas nuevas que les anunciamos es que dejen estas cosas sin valor y se vuelvan al Dios viviente, que hizo el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. En épocas pasadas él permitió que todas las naciones siguieran su propio camino. Sin embargo, no ha dejado de dar testimonio de sí mismo haciendo el bien, dándoles lluvias del cielo y estaciones fructíferas, proporcionándoles comida y alegría de corazón".

A pesar de esto, la Biblia dice que "a duras penas evitaron que la multitud les ofreciera sacrificios". Pero por fin, la gente se dio cuenta de que se había equivocado. Gradualmente, las exclamaciones bajaron de tono, y los sacerdotes comenzaron a conducir los toros de regreso al templo.

La admiración pronto se convirtió en chasco. Y aquellos que habían sido más entusiastas en alabar a Pablo y Bernabé, comenzaron a criticarlos. Desafortunadamente, en ese momento llegaron

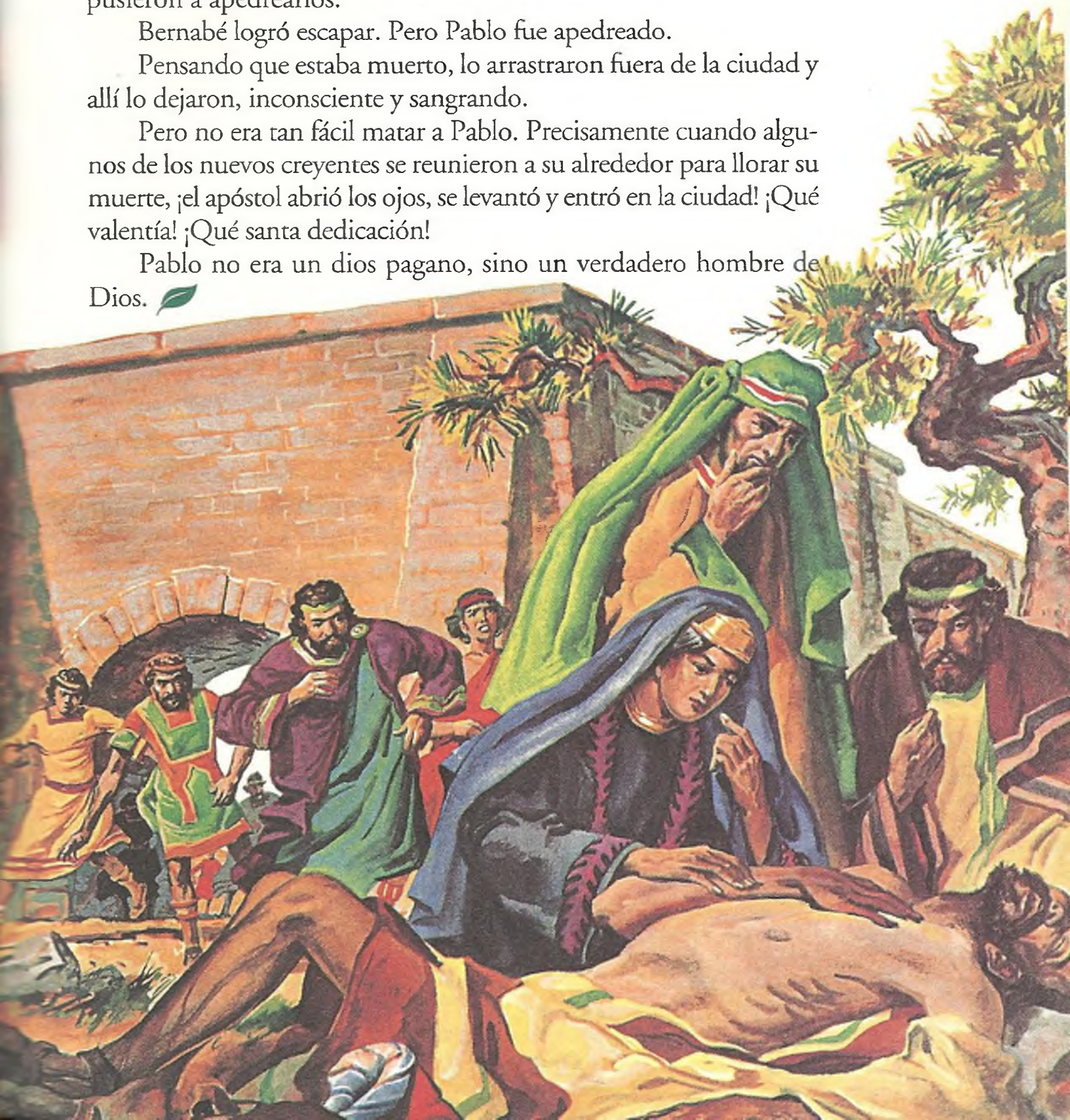
algunos viajeros de Antioquía e Iconio que, al ver a los dos misioneros, comenzaron a decir que eran impostores peligrosos. Al oír esto, no le fue difícil a la multitud convertirse en una turba airada. Y ahora, en lugar de querer adorar a Pablo y Bernabé, todos se dispusieron a apedrearlos.

Bernabé logró escapar. Pero Pablo fue apedreado.

Pensando que estaba muerto, lo arrastraron fuera de la ciudad y allí lo dejaron, inconsciente y sangrando.

Pero no era tan fácil matar a Pablo. Precisamente cuando algunos de los nuevos creyentes se reunieron a su alrededor para llorar su muerte, ¡el apóstol abrió los ojos, se levantó y entró en la ciudad! ¡Qué valentía! ¡Qué santa dedicación!

Pablo no era un dios pagano, sino un verdadero hombre de Dios.



Se resuelve un gran problema

(Hechos 14:20 a 15:31)

AL siguiente día, Pablo y Bernabé se dirigieron hacia la cercana ciudad de Derbe. Luego de predicar allí durante un tiempo, los dos regresaron a Listra, luego a Iconio, y de vuelta a Antioquía de Pisidia.

En cada una de estas ciudades, se encontraron con nuevos discípulos, y los instaron a "perseverar en la fe". Y les explicaron que era "necesario pasar por muchas dificultades para entrar en el reino de Dios". También nombraron ancianos en cada iglesia y oraron con ellos.

De esa manera, volviendo atrás por la misma ruta, llegaron a Perge y, embarcándose en el cercano puerto de Atalía, navegaron hasta Seleucia. Desde allí, fueron por tierra hasta Antioquía de Siria, donde habían iniciado la gira. Si te fijas en el mapa de las páginas 70 y 71, podrás ver la ruta que recorrieron.

¡Y qué bienvenida más ferviente se les dio! La iglesia entera se reunión para escuchar el informe de la gira. Los que algunos meses antes habían despedido a los misioneros, escuchaban ahora atentamente a Pablo y Bernabé que contaban "todo lo que Dios había hecho por medio de ellos, y de cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles".

Habían viajado unos 3.860 kilómetros, lo que es mucho para aquella época. ¡Y qué noticias más animadoras traían! Todos se emocionaron al oír las historias de la conversión de Sergio Paulo, de la ceguera de Barjesús, del sanamiento del paralítico de Listra, de la ocasión en que Pablo y Bernabé fueron confundidos con dioses, del apedreamiento de Pablo y de su asombroso restablecimiento.

Pero lo más animador de todo era enterarse de que la predicación del evangelio había logrado maravillosos resultados en todas las ciudades, y que había conmovido no solo a los judíos sino también a los gentiles. Muchos de los niños y las niñas de la congregación deben haber dicho: "Cuando crezca, también seré un misionero".

Después de algún tiempo, Pablo y Bernabé decidieron ir a Jerusalén para presentar un informe de su gira misionera ante los creyentes de esa ciudad. En el viaje, se detuvieron en varias iglesias donde narraron "cómo se habían convertido los gentiles. Estas noticias llenaron de alegría a todos los creyentes". Al llegar a Jerusalén se les dio una calurosa bienvenida. Y ante la iglesia "informaron de todo lo que Dios había hecho por medio de ellos".

Aunque parezca extraño, no todos los que escucharon el informe se alegraron. Algunos sostenían que antes que los gentiles pudieran hacerse cristianos debían volverse judíos; es decir, que tenían que observar todas las leyes ceremoniales que Moisés había dado a los israelitas en el desierto.

–¡No! –respondió Pablo, haciendo un ademán vigoroso–. No puede ser. Cristo no requiere que sus seguidores cumplan con esos requisitos.

Cada uno de esos dos puntos de vista tenía partidarios tan tenaces, que finalmente se decidió celebrar una reunión general de los apóstoles y ancianos para resolver el problema. Ese fue el primer concilio general de la Iglesia Cristiana.

Santiago presidió las deliberaciones y concedió tiempo a los miembros para que expresaran su opinión. En cierto momento, se levantó Pedro e hizo recordar cómo Dios había derramado su Santo Espíritu tanto sobre los judíos como sobre los gentiles. Esto quería decir que el Señor no hacía diferencia entre ellos.

–"Más bien, como ellos, creemos que somos salvos por la gracia de nuestro Señor Jesús" –dijo.

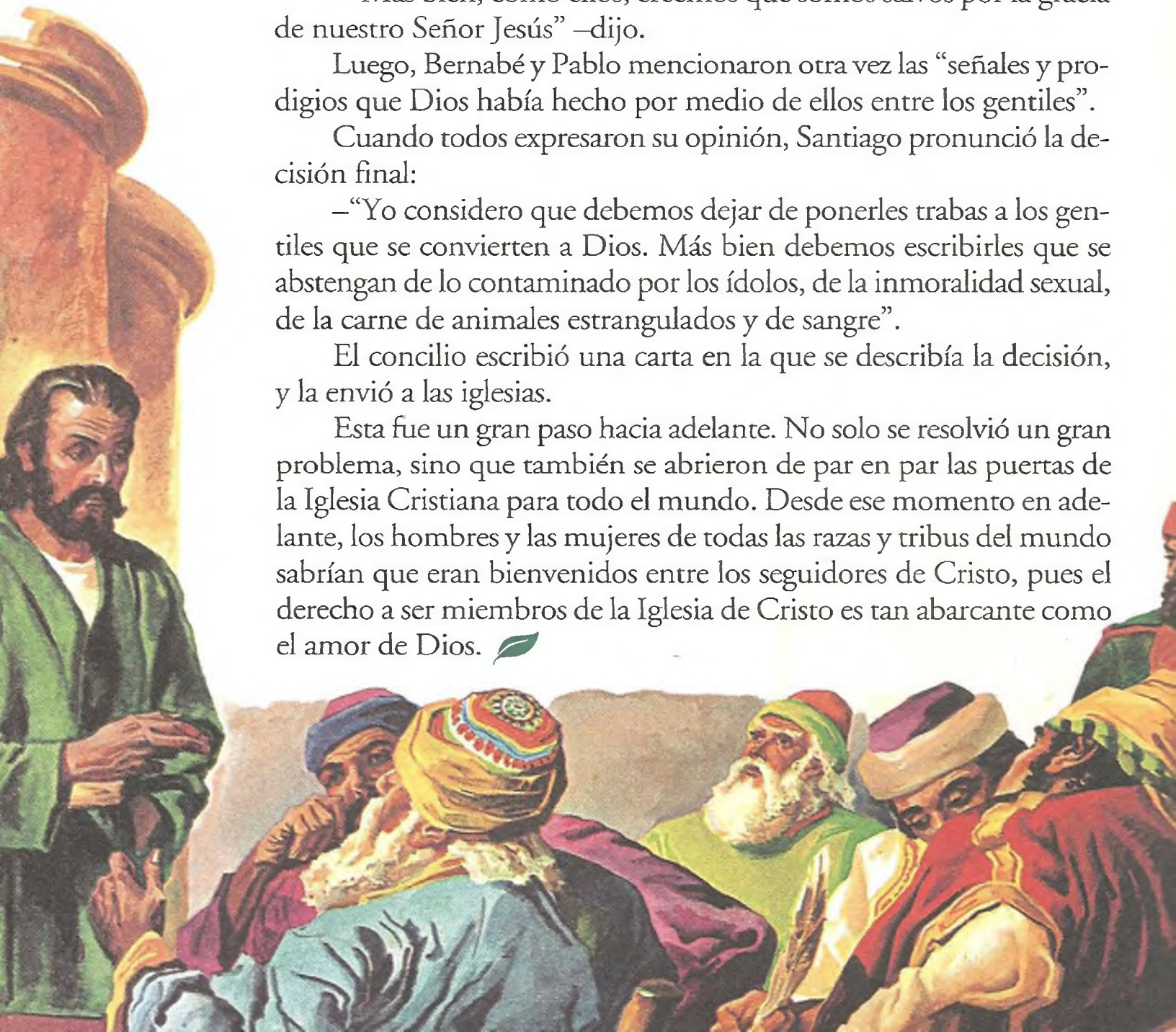
Luego, Bernabé y Pablo mencionaron otra vez las "señales y prodigios que Dios había hecho por medio de ellos entre los gentiles".

Cuando todos expresaron su opinión, Santiago pronunció la decisión final:

–"Yo considero que debemos dejar de ponerles trabas a los gentiles que se convierten a Dios. Más bien debemos escribirles que se abstengan de lo contaminado por los ídolos, de la inmoralidad sexual, de la carne de animales estrangulados y de sangre".

El concilio escribió una carta en la que se describía la decisión, y la envió a las iglesias.

Esta fue un gran paso hacia adelante. No solo se resolvió un gran problema, sino que también se abrieron de par en par las puertas de la Iglesia Cristiana para todo el mundo. Desde ese momento en adelante, los hombres y las mujeres de todas las razas y tribus del mundo sabrían que eran bienvenidos entre los seguidores de Cristo, pues el derecho a ser miembros de la Iglesia de Cristo es tan abarcante como el amor de Dios.



Cantando en la cárcel

(Hechos 15:36 a 16:25)

POCO tiempo después de que Pablo y Bernabé habían regresado a Antioquía, decidieron volver a visitar las iglesias que habían organizado en Asia Menor.

Pablo sugirió:

–"Volvamos a visitar a los creyentes en todas las ciudades en donde hemos anunciado la palabra del Señor, y veamos cómo están".

Bernabé contestó que le gustaría ir, y además propuso que llevaran otra vez como acompañante a Juan Marcos.

–¡A Juan Marcos! –objetó Pablo–. ¡No, a ese muchacho, no! Aunque sea tu primo, no me gusta la idea de llevarlo con nosotros. Todavía me acuerdo de cómo se acobardó ante las dificultades y se volvió a su casa.

–Pero, démosle otra oportunidad. –intercedió Bernabé, el "hijo de consolación".

–¡No! –insistió Pablo–, a Juan Marcos, no.

No sabemos durante cuánto tiempo discutieron los dos, aunque la Biblia dice que hubo entre ellos "un conflicto tan serio que acabaron por separarse".

Y realmente fue una lástima, porque a las iglesias les hubiera gus-

tado mucho recibir la visita de los dos apóstoles. Pero Bernabé no estaba dispuesto a dejar a un lado a su joven primo, de modo que con él se embarcó para Chipre. Y Pablo, por su parte, eligió a Silas como compañero, y con él "viajó por Siria y Cilicia, consolidando a las iglesias".

Con el correr de los años, se vio que Bernabé tenía razón al darle otra oportunidad a Juan Marcos, pues demostró ser un misionero valioso y digno de confianza. En una de sus epístolas, el mismo Pablo lo llama colaborador "en pro del reino de Dios", y añade que ha sido "de mucho consuelo" para él (Colosenses 4:10, 11). Y poco antes de su muerte, el mismo apóstol escribió: "Marcos... me es de ayuda en mi ministerio" (2 Timoteo 4:11).

De modo que realmente vale la pena dar una nueva oportunidad a los muchachos y a las niñas.

Yendo de una iglesia a otra, Pablo y Silas llegaron a Listra, donde el primero había sido apedreado y dejado por muerto en el viaje anterior. Esta vez, entre los cristianos que les dieron la bienvenida, se hallaban el joven Timote, su madre –Eunice– y su abuela –Loida–, que habían aceptado a Jesús durante la visita anterior de Pablo. ¡Imagínate cuán contentos habrán estado de verlo otra vez! Sí, ¡y cuán feliz se habrá sentido Pablo de haber ido a Listra, a pesar de todo lo que había sufrido allí! Si no hubiera sido así, los miembros de esta hermosa familia tal vez nunca se hubieran convertido en cristianos.

Ansioso de diseminar el evangelio en regiones nuevas, Pablo trató de visitar otras zonas del Asia Menor; pero por una razón u otra, no pudo hacerlo. Siempre había alguna dificultad que se lo impedía.

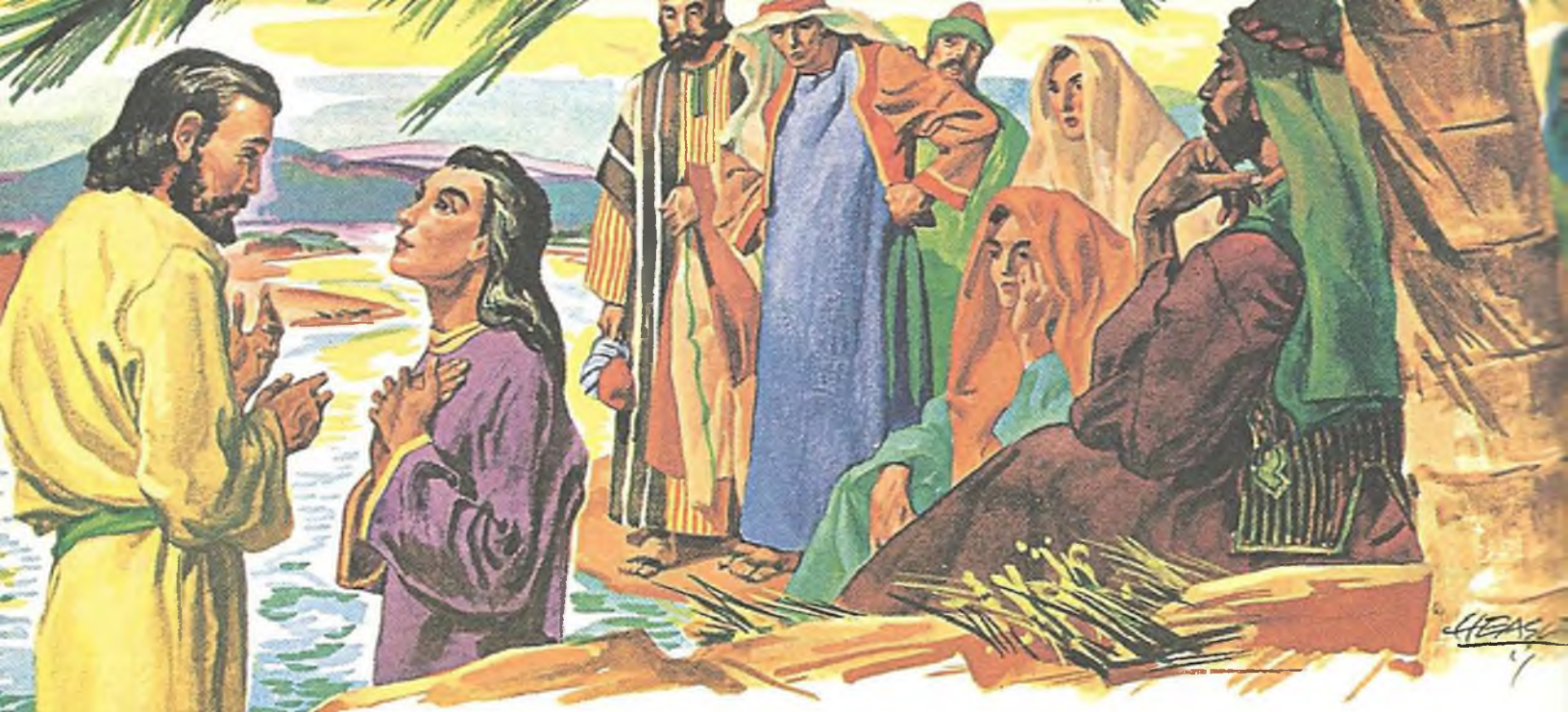
Pablo se preguntaba por qué, y una noche lo supo.

Se encontraba en Troas, un puerto situado junto al mar Egeo, del cual salían constantemente navíos para los distintos puertos de Europa. Mientras dormía esa noche, vio en visión a un hombre vestido como los macedonios, que le dijo:

–"Pasa a Macedonia y ayúdanos".

A la mañana siguiente, Pablo le contó a Silas lo que había visto y oído, y ambos consideraron que se trataba de una invitación de Dios para ir a evangelizar a Europa. Ese mismo día, fueron hasta los muelles y compraron pasajes para ir por mar a Neápolis. Al llegar a este puerto, desembarcaron y fueron por tierra hasta Filipos, que en esa época era "la ciudad principal de ese distrito de Macedonia".

Allí se quedaron, a la espera de una oportunidad para atraer a alguien a Jesús. Pronto, se enteraron de que algunas mujeres judías piadosas se reunían los sábados para celebrar el



culto junto a un río cercano. Los discípulos decidieron ir a adorar con ellas y, como resultado, Lidia –que "vendía telas de púrpura"– aceptó a Jesús como Salvador y fue bautizada. Luego invitó insistentemente a Pablo y a Silas a que se hospedaran en su casa, y ellos accedieron.

Esto llevó a la conversión de otra mujer y causó también serias dificultades.

Cierto día, mientras Pablo y Silas se dirigían al lugar de culto, una muchacha esclava les salió al encuentro y comenzó a gritar:

–"Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, y les anuncian a ustedes el camino de salvación".

Los apóstoles se quedaron muy sorprendidos. ¿Cómo era posible que esta pobre muchacha ignorante supiera tanto? Pero como ella repetía lo mismo cada vez que los veía, Pablo y Silas llegaron a la conclusión de que se trataba de una muchacha poseída por un mal espíritu. Ella era, en efecto, una adivina y había hecho ganar mucho dinero a sus dueños, mediante su supuesta capacidad de leer los pensamientos y predecir el futuro.

Por fin, un día Pablo se detuvo, y dirigiéndose al mal espíritu exclamó:

–"¡En el nombre de Jesucristo, te ordeno que salgas de ella!"

El espíritu obedeció al instante y la muchacha, liberada de esa opresión, se sintió muy agradecida.

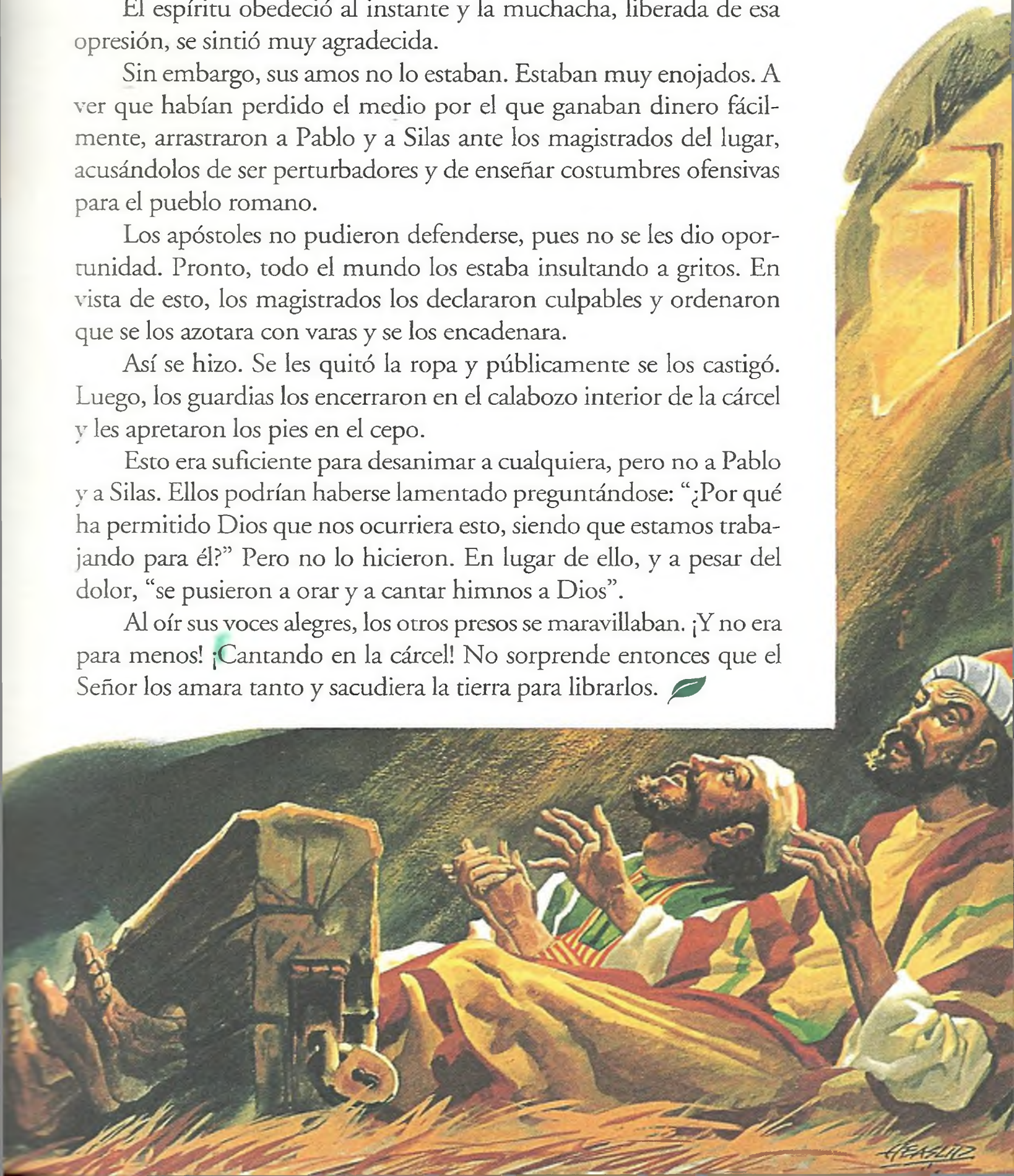
Sin embargo, sus amos no lo estaban. Estaban muy enojados. A ver que habían perdido el medio por el que ganaban dinero fácilmente, arrastraron a Pablo y a Silas ante los magistrados del lugar, acusándolos de ser perturbadores y de enseñar costumbres ofensivas para el pueblo romano.

Los apóstoles no pudieron defenderse, pues no se les dio oportunidad. Pronto, todo el mundo los estaba insultando a gritos. En vista de esto, los magistrados los declararon culpables y ordenaron que se los azotara con varas y se los encadenara.

Así se hizo. Se les quitó la ropa y públicamente se los castigó. Luego, los guardias los encerraron en el calabozo interior de la cárcel y les apretaron los pies en el cepo.

Esto era suficiente para desanimar a cualquiera, pero no a Pablo y a Silas. Ellos podrían haberse lamentado preguntándose: "¿Por qué ha permitido Dios que nos ocurriera esto, siendo que estamos trabajando para él?" Pero no lo hicieron. En lugar de ello, y a pesar del dolor, "se pusieron a orar y a cantar himnos a Dios".

Al oír sus voces alegres, los otros presos se maravillaban. ¡Y no era para menos! ¡Cantando en la cárcel! No sorprende entonces que el Señor los amara tanto y sacudiera la tierra para librarlos.



El lavador de heridas

(Hechos 16:26-40)

REPENTINAMENTE, cerca de la medianoche, mientras Pablo y Silas todavía cantaban, "se produjo un terremoto tan fuerte que la cárcel se estremeció hasta sus cimientos. Al instante se abrieron todas las puertas y a los presos se les soltaron las cadenas".

El carcelero se despertó sobresaltado y corrió para ver lo que había pasado. En la oscuridad, no pudo ver mucho; solo escombros por todos lados y las puertas de las celdas abiertas de par en par.

Temeroso de que los prisioneros hayan escapado, y sabiendo que lo culparían por su escape, desenvainó su espada para suicidarse. Pero Pablo exclamó:

–"¡No te hagas ningún daño! ¡Todos estamos aquí!"

–¡Una luz! –gritó el carcelero–. ¡Traigan una luz!

Un criado vino trayendo una antorcha, y con ella el carcelero llegó hasta el calabozo interior. Allí se arrojó a los pies de Pablo y Silas.

Él los había oído orar y cantar, y estaba convencido de que

← ILUSTRACIÓN DE CHESLIE D'ANDREA

Mientras Pablo y Silas se hallaban encarcelados en Filipos por predicar y sanar, Dios provocó un poderoso terremoto que trajo como resultado la conversión del carcelero y de toda su familia.

se los había castigado y encarcelado injustamente. Sabía también que ellos poseían algo que él no tenía: una tranquilidad de conciencia que él deseaba poseer.

Por eso, mientras los sacaba del calabozo, les preguntó:

–"Señores, ¿qué tengo que hacer para ser salvo?"

Era muy raro que un carcelero hiciera una pregunta así a sus presos, pero Pablo tenía lista la respuesta. Vio allí una magnífica ocasión de narrar la historia del evangelio.

–"Cree en el Señor Jesús; así tú y tu familia serán salvos" –le dijo.

El hombre sabía muy poco o nada acerca de Jesús. De modo que condujo a Pablo y a Silas a su casa para que le explicaran el sentido de esas extrañas palabras.

Los dos predicadores se encontraban en un estado lamentable. Tenían las vestimentas rotas, las espaldas cubiertas de sangre y las manos sucias. En vista de esto, el carcelero se esforzó por hacerlos sentir cómodos. Entretanto, Pablo y Silas seguían hablándole.

En primer lugar, el carcelero les lavó las heridas. ¡Qué cosa

más hermosa! El hombre quería reparar el daño que se les había infligido a estos hombres inocentes, y esa le pareció la mejor manera de hacerlo.

Hay allí una magnífica lección para nosotros. Si hemos herido a alguien con nuestras palabras o con nuestras acciones, no basta con decirle: "Lo siento mucho". Debemos "lavar las heridas" y hacer lo que esté de nuestra parte para reparar el daño.

A los muchachos y a las niñas no les cuesta mucho herir a otros; pero ¡cuán difícil les resulta lavar las heridas que han causado! Muchas veces, forman pandillas en la escuela y se dedican a burlarse de un niño o de una niña, riéndose de la manera en que viste, de lo que come, de sus padres, y a veces hasta del color de su piel, sin pensar en las heridas que causan ni en la necesidad de sanarlas. A veces, se dicen cosas crueles en el hogar, y un hermanito o una hermanita sufren los "azotes" que les infligimos.

El mundo necesita hoy más lavadores de heridas.

Al amanecer del día siguiente, el carcelero de Filipos ya había sido bautizado juntamente con su esposa e hijos. ¡Qué noche extraordinaria fue aquella! Comenzó con una sesión de azotes, siguió con un terremoto y terminó con un bautismo.

Al poco rato, llegaron los soldados trayendo un mensaje de los magistrados. Se les decía a Pablo y Silas que ahora estaban libres para salir de la cárcel.

–"¿Cómo? A nosotros, que somos ciudadanos romanos, que nos han azotado públicamente y sin proceso alguno, y nos han echado en la cárcel, ¿ahora quieren expulsarnos a escondidas? ¡Nada de eso! Que vengan ellos personalmente a escoltarnos hasta la salida".

Ahora les tocaba el turno de preocuparse a los magistrados. Azotar a un ciudadano romano sin haberlo sometido antes a un juicio era una falta muy seria en aquellos días. Al enterarse de lo que Pablo había dicho, los magistrados se apresuraron a venir a la cárcel para pedirles disculpas. Solícitamente, les rogaron que salieran de la ciudad tan pronto como les fuera posible.

Pablo y Silas aceptaron las excusas, pero no tenían apuro para salir de Filipos. Saliendo de la cárcel, se dirigieron a la casa de Lidia para hablar con los demás creyentes. Luego, cuando les pareció conveniente, se dirigieron hacia Tesalónica, donde los esperaban más acontecimientos emocionantes.

Trastornando el mundo

(Hechos 17:1-10)

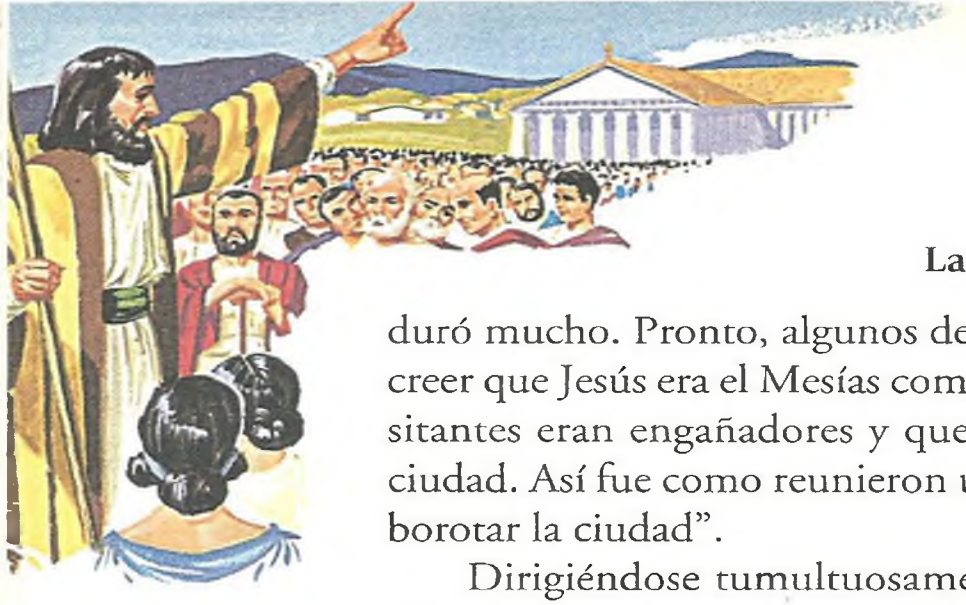
DE Filipos, Pablo y Silas fueron hasta Tesalónica, o Salónica, como es llamada hoy. Eso significaba tener que recorrer unos 160 kilómetros, y probablemente les tomó varios días, si se tienen en cuenta varias paradas en el camino.

Cuando finalmente los dos misioneros llegaron a Tesalónica, ya se habían recobrado de la golpiza que les habían dado en la cárcel, y se encontraban listos para predicar nuevamente.

Encontraron un lugar donde parar en el hogar de un hombre llamado Jasón. Luego, como era su costumbre, "Pablo entró en la sinagoga y tres sábados seguidos discutió con ellos. Basándose en las Escrituras, les explicaba y demostraba que era necesario que el Mesías padeciera y resucitara. Les decía: 'Este Jesús que les anuncio es el Mesías'".

Al principio, todo pareció ir bien. Algunos judíos creyeron y aceptaron a Jesús como Salvador. Así lo hicieron muchos griegos, "como también... un buen número de mujeres prominentes".

Pablo y Silas deben haberse sentido muy felices al observar estos magníficos resultados de su predicación. Pero su alegría no



duró mucho. Pronto, algunos de los judíos que habían rehusado creer que Jesús era el Mesías comenzaron a decir que estos dos visitantes eran engañadores y que era necesario expulsarlos de la ciudad. Así fue como reunieron una multitud y "empezaron a alborotar la ciudad".

Dirigiéndose tumultuosamente hacia la casa de Jasón, exigieron que se les entregara a Pablo y Silas. Pero los apóstoles no estaban allí. Tal vez habían salido en forma oculta por la puerta de atrás cuando vieron que una multitud encolerizada se acercaba por la calle. Muy enojados al no poder encontrar a los hombres que buscaban, los dirigentes de la turba tomaron a Jasón y lo arrastraron hasta la presencia de los magistrados de la ciudad.

–"¡Estos que han trastornado el mundo entero han venido también acá, y Jasón los ha recibido en su casa! Todos ellos actúan en contra de los decretos del emperador, afirmando que hay otro rey, uno que se llama Jesús".

Hubo bastante discusión en presencia de los magistrados, pero una vez que Jasón depositó cierta cantidad de dinero como fianza, se le permitió ir libre. Al volver a su casa, les hizo saber a Pablo y a Silas que era mejor que salieran de la ciudad por algún tiempo. Y esa misma noche partieron hacia Berea, ciudad situada a unos 80 kilómetros al suroeste de allí.

Me imagino que, mientras avanzaban en la oscuridad, deben haberse sonreído al pensar en lo que habían dicho sus enemigos ese día. Hasta me parece oír decir a Pablo: "¡De modo que ellos creen que estamos trastornando el mundo! ¡Ojalá pudiéramos hacerlo!"

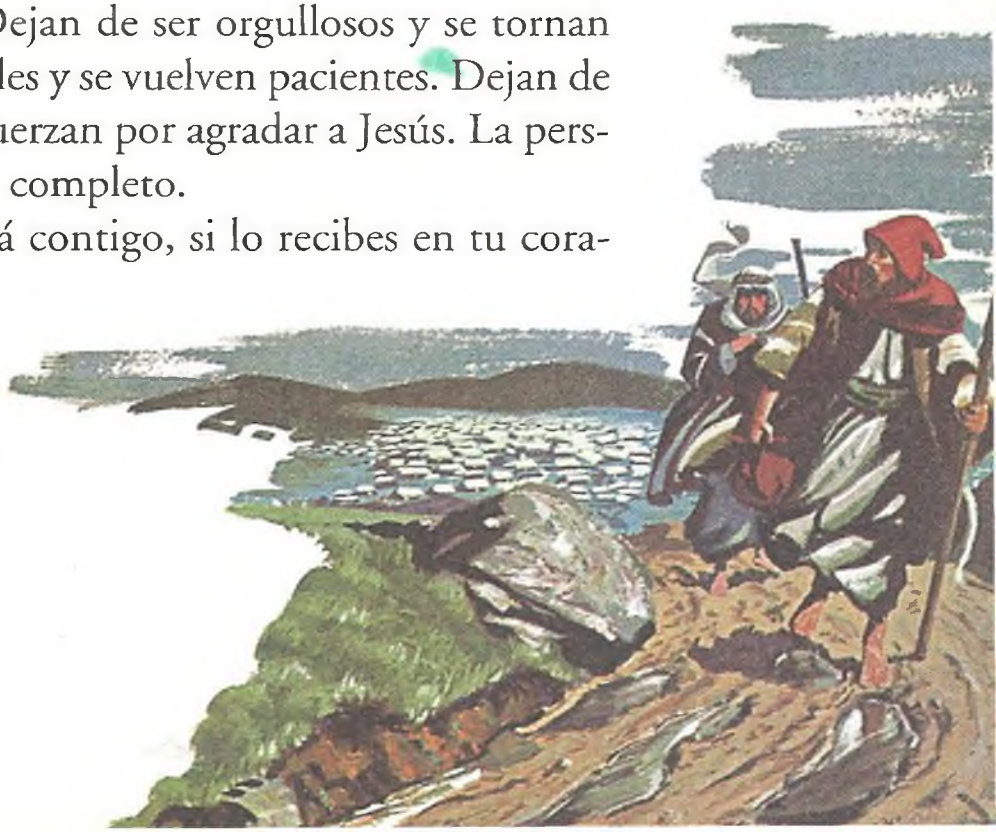
Sin embargo, en ese momento, no parecían estar lográndolo. Otra vez se hallaban huyendo para salvar la vida. De vez en cuando, miraban hacia atrás para ver si se los perseguía, y con frecuencia se preguntaban si llegarían a salvo a Berea.

Sí, era cierto que un buen número de personas había aceptado el mensaje en Tesalónica, pero ¡cuán pocos eran esos nuevos creyentes en comparación con las multitudes que habían rechazado el evangelio! Ambos deseaban haber podido permanecer más tiempo en la ciudad para hacer una obra mejor. Lo malo era que habían debido salir muy pronto. Y en cuanto a lo de "trastornar el mundo"; eso era exactamente lo que Jesús les había mandado a hacer.

Día tras día, en una ciudad tras otra, iban sembrando, en la mente de las personas que los escuchaban, ideas que cambiarían completamente sus vidas. Ellos serían "trastornados" y nuca serían los mismos. Ni lo sería el mundo en que vivían.

Y eso es, precisamente, lo que hace el evangelio de Jesús. Cambia, tanto por dentro como por fuera, la vida de los que lo aceptan. Cambia sus gustos, los móviles de sus acciones y los objetivos de la vida. Dejan de amar el mundo y odiar a Dios, y comienzan a amar a Dios y odiar el mundo. Dejan de ser egoístas y comienzan a ser generosos. Dejan de ser orgullosos y se tornan humildes. Dejan de ser irritables y se vuelven pacientes. Dejan de agradarse a sí mismos y se esfuerzan por agradar a Jesús. La perspectiva de su vida cambia por completo.

Y eso es lo que Jesús hará contigo, si lo recibes en tu corazón.



Buscadores de la verdad

(Hechos 17:11 a 18:22)

AL arribar a Berea, Pablo y Silas comenzaron una vez más a predicar de Jesús, y muy pronto les pasó algo muy animador. Mientras hablaban en la sinagoga, percibieron cuánto anhelo tenían las personas de conocer la verdad. Trajeron los antiguos rollos y los examinaron cuidadosamente. La Biblia dice que los bereanos eran "de sentimientos más nobles que los de Tesalónica, de modo que recibieron el mensaje con toda avidez y todos los días examinaban las Escrituras para ver si era verdad lo que se les anunciaba".

Es probable que las personas organizaran reuniones en sus hogares, al igual que en la sinagoga, para estudiar fervientemente la Biblia. Como resultado, muchos de los judíos creyeron en Jesús, "y también un buen número de griegos, incluso mujeres distinguidas y no pocos hombres".

Cuando los judíos que habían provocado el alboroto en Tesalónica se enteraron de lo que estaba ocurriendo en Berea, se apresuraron a ir a esta ciudad para estorbar la buena obra que los misioneros cristianos habían iniciado. Para evitar dificultades, Pablo decidió marcharse hacia Atenas, dejando a Silas y a Timoteo la tarea de confir-

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Los bereanos eran "de sentimientos más nobles que los de Tesalónica" porque reconocían la autoridad de las Escrituras y las estudiaban cada día para encontrar en ellas la respuesta a sus inquietudes.

mar en la fe a los nuevos discípulos.

Se embarcó entonces hacia la famosa capital de Grecia; pero al llegar a ella, se chasqueó. La ciudad estaba llena de ídolos, y nadie parecía aceptar lo que predicaba.

–¿Qué es lo que este charlatán está tratando de decir? –preguntaban burlonamente.

Cuando Pablo trató de compartir las Escrituras con ellos, se le reían.

En el Areópago, donde las personas de Atenas se reunían a comentar las noticias, trató de interesarlos en las mejores noticias de todos los tiempos: que el Dios invisible se había hecho visible en Jesús, y que, si bien había sido crucificado por hombres malvados, había resucitado de los muertos. Este Jesús, dijo, estaba vivo y, algún día,

"juzgará al mundo con justicia".

El resultado fue desalentador. Cuando los presentes "oyeron de la resurrección, unos se burlaron; pero otros le dijeron:

–"Queremos que usted nos hable en otra ocasión sobre este tema" –y solo unos pocos creyeron.

De modo que Pablo siguió viaje hacia Corinto, preguntándose sin duda si en esta gran ciudad le ocurriría lo mismo que en Atenas. Al llegar a Corinto, se relacionó con un judío llamado Aquila y con su esposa, Priscila. Estos eran fabricantes de tiendas de campaña, y como Pablo también conocía ese oficio, pronto se hicieron buenos amigos.

Como de costumbre, Pablo comenzó su obra visitando las sinagogas; pero no era fácil conversar con los judíos, pues pronto se ponían a discutir acaloradamente. Tan violenta fue la oposición, que Pablo les dijo a los dirigentes:

–"¡Caiga la sangre de ustedes sobre su propia cabeza! Estoy libre de responsabilidad. De ahora en adelante me dirigiré a los gentiles".

Con seguridad, más de una vez Pablo se habrá preguntado si realmente valía la pena predicar el evangelio a gente que no lo apreciaba. Pero una noche, el Señor lo confortó, diciéndole:

–"No tengas miedo; sigue hablando y no te calles, pues estoy contigo. Aunque te ataquen, no voy a dejar que nadie te haga daño, porque tengo mucha gente en esta ciudad".

Reanimado con estas palabras, el apóstol se quedó en Corinto

durante un año y medio, y el Señor cumplió su promesa. Muchos aceptaron el mensaje que predicaba Pablo, y pronto se organizó una iglesia cristiana. Cuando finalmente "los judíos a una atacaron a Pablo y lo condujeron al tribunal", las autoridades lo protegieron.

Sin embargo, cuando se lo acusó ante Galión, el procónsul romano, de persuadir "a la gente a adorar a Dios de una manera que va en contra de nuestra ley", el apóstol debe haberse preguntado si se lo condenaría. Pero el Señor le había prometido que no le ocurriría ningún mal en Corinto, y la promesa se cumplió.

Dirigiéndose hacia los que acusaban a Pablo, Galión dijo:

–"Si ustedes los judíos estuvieran entablando una demanda sobre algún delito o algún crimen grave, sería razonable que los escuchara. Pero como se trata de cuestiones de palabras, de nombres y de su propia ley, arréglense entre ustedes. No quiero ser juez de tales cosas.

"Así que mandó que los expulsaran del tribunal".

Pablo fue liberado y, después de despedirse de los nuevos cristianos de Corinto, se embarcó hacia Siria, llevando consigo a sus dos buenos amigos Aquila y Priscila.

Después de detenerse brevemente en la iglesia de Éfeso, donde quedaron estos dos compañeros de viaje, se embarcó nuevamente hacia Cesarea. Desde este puerto caminó hasta Jerusalén y, después de saludar a los conversos de esta ciudad, volvió a Antioquía. ¡Cuántas cosas habrá tenido para contar!

Siete hermanos necios

(Hechos 18:23 a 19:16)

LUEGO de pasar algún tiempo en Antioquía, Pablo nuevamente sintió deseos de partir. Esta vez, quería visitar las iglesias que había organizado en sus dos viajes misioneros previos. Así que Pablo "se fue a visitar una por una las congregaciones de Galacia y Frigia, animando a todos los discípulos".

¡Los nuevos creyentes se deben haber sentidos muy contentos de verlo nuevamente! En ese entonces no había radio, ni televisión, ni Internet para poder comunicarse. Además, en contadas ocasiones podían recibir una carta de él. Y muy de vez en cuando los visitaba algún predicador. Ahora, Pablo estaba nuevamente con ellos, ¡en persona! Estoy seguro de que le dieron la bienvenida con lágrimas de gozo.

Finalmente, Pablo llegó otra vez a Éfeso. Aquí comenzaron a ocurrir cosas extraordinarias. En primer lugar, predicó en la sinagoga "y habló allí con toda valentía durante tres meses. Discutía acerca del reino de Dios, tratando de convencerlos". Luego, cuando algunos de sus oyentes comenzaron a oponérsele, alquiló el salón que poseía un hombre llamado Tirano, y allí predicó todos los días durante dos años. Miles venían a oírlo, "de modo que todos los judíos y los grie-

gos que vivían en la provincia de Asia llegaron a escuchar la palabra del Señor".

Y no era solo la elocuencia de Pablo lo que impresionaba a las personas. Lo que también las admiraba era la manera en que sanaba a los enfermos. La Biblia dice que "Dios hacía milagros extraordinarios por medio de Pablo, a tal grado que a los enfermos les llevaban pañuelos y delantales que habían tocado el cuerpo de Pablo, y quedaban sanos de sus enfermedades, y los espíritus malignos salían de ellos".

Cierto día, entre los que escuchaban a Pablo, se encontraban siete hijos de un sacerdote judío llamado Esceva. Pronto advirtieron que, cada vez que Pablo hablaba a un hombre o a una mujer enfermos, decía: "En el nombre de Jesús de Nazaret, recupera la salud", o algo parecido, y la persona enferma sanaba de inmediato. Pensando que en esas palabras de Pablo había algún poder mágico, los muchachos decidieron probar si obtenían algún resultado usándolas.

Viendo que entre la gente se hallaba un hombre poseído de un espíritu maligno, uno de ellos dijo:

–"¡En el nombre de Jesús, a quien Pablo predica, les ordeno que salgan!"

Sin embargo, nada ocurrió. O, por lo menos, no sucedió lo que los muchachos esperaban. Al contrario, el espíritu maligno respondió:

–"Conozco a Jesús, y sé quién es Pablo, pero ustedes ¿quiénes son?"

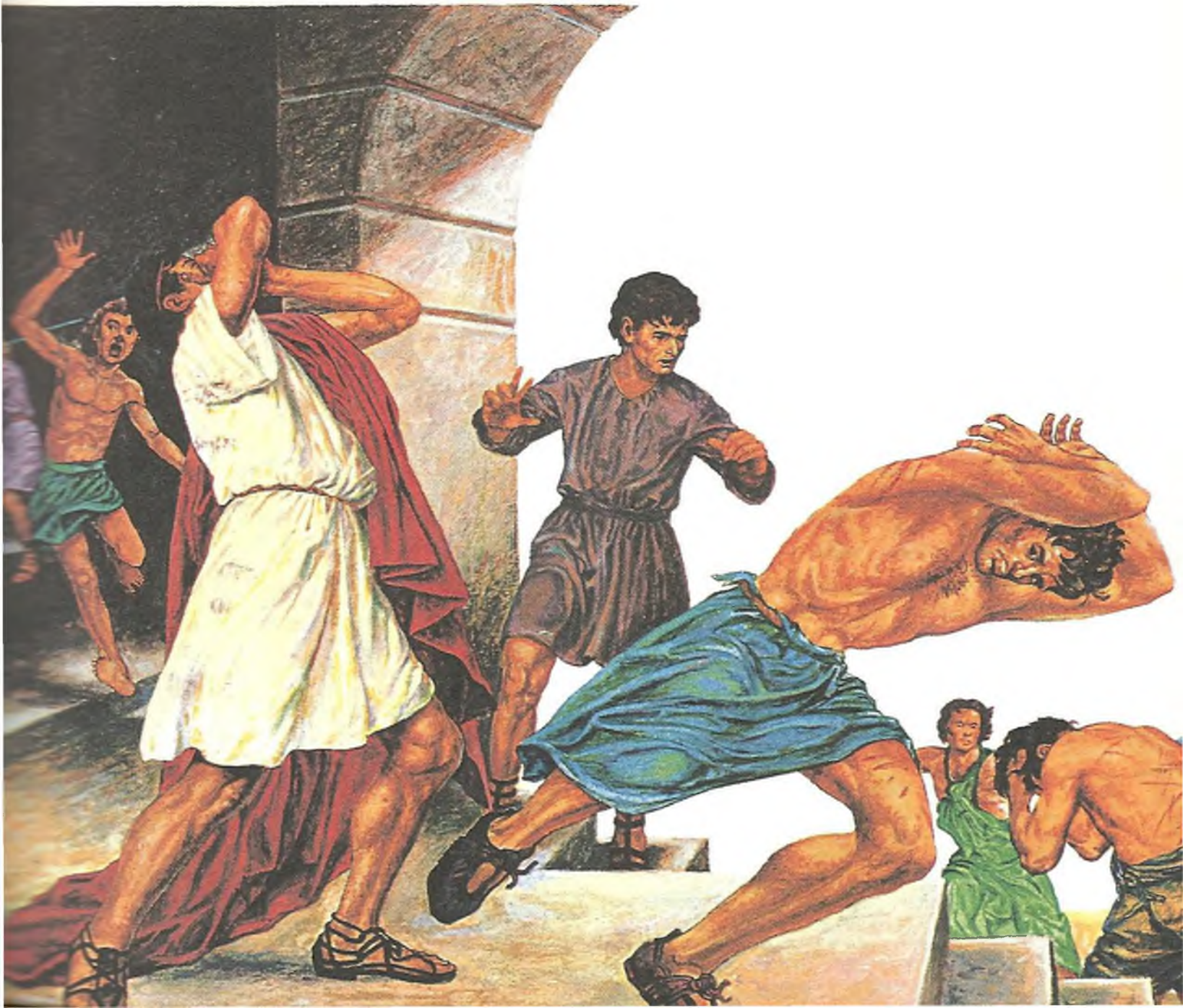
En seguida, el hombre en quien estaba el espíritu maligno saltó sobre ellos y comenzó a golpearlos. "Los maltrató con tanta violencia que huyeron de la casa desnudos y heridos".

Estoy seguro de que ese día, los muchachos aprendieron una lec-

ción que nunca olvidarían. Ya no emplearían en broma el precioso nombre de Jesús ni tratarían de usarlo como si fuera una palabra mágica.

Es cierto que hay poder en su nombre; pero ese poder solo se revela cuando alguien que ama de todo corazón al Señor emplea su santo nombre con reverencia y sinceridad.

El demonio temía a Jesús y a Pablo; pero los siete hijos de Esceva no le causaban el más mínimo temor. Eran tan solo siete muchachos necios que jugaban con la religión. Y esto me hace pensar. ¿Me teme el diablo a mí? ¿Te teme a ti?



La fogata en Éfeso

(Hechos 19:17 a 20:1)

EN cualquier lado en que alguien se levante como valiente testigo de Jesús, puedes tener la seguridad de que Satanás organizará el contraataque.

Esto es lo que sucedió en Efeso. El testimonio de Pablo allí fue grandemente bendecido. Cientos aceptaron a Jesús. Cuando lo hicieron, arrojaron sus ídolos y abandonaron todos sus antiguos placeres mundanales que les hacían perder tanto tiempo y dinero.

La Biblia dice que "un buen número de los que practicaban la hechicería juntaron sus libros en un montón y los quemaron delante de todos. Cuando calcularon el precio de aquellos libros, resultó un total de cincuenta mil monedas de plata. Así la palabra del Señor crecía y se difundía con poder arrollador".

¡Y qué gran fogata debe haber hecho con ellos! Pero ver la quemazón de los libros que él había inspirado era más de lo que podía soportar el diablo. De modo que impulsó a un hombre llamado Demetrio a que estorbara la obra de Pablo.

Demetrio era platero, y se dedicaba a fabricar pequeñas réplicas del templo de Artemisa (Diana) –la renombrada diosa de Éfeso–, cosa que le proporcionaba mucho dinero. No le tomó

mucho tiempo llegar a la conclusión de que, si las enseñanzas de Pablo seguían teniendo tanto éxito como hasta ese momento, muy pronto nadie le compraría más sus representaciones.

En vista de esto, llamó a los demás plateros y les dijo:

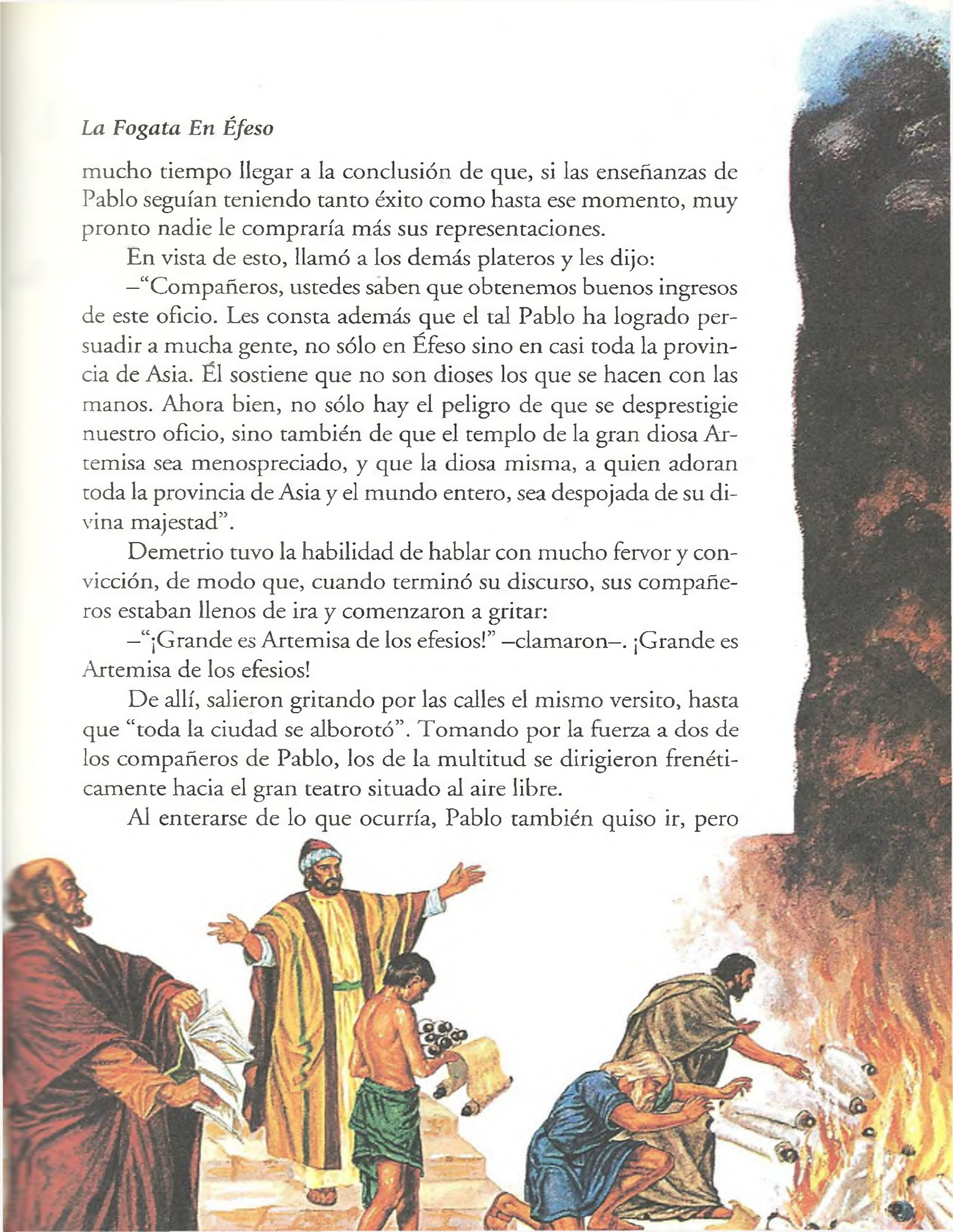
–"Compañeros, ustedes saben que obtenemos buenos ingresos de este oficio. Les consta además que el tal Pablo ha logrado persuadir a mucha gente, no sólo en Éfeso sino en casi toda la provincia de Asia. Él sostiene que no son dioses los que se hacen con las manos. Ahora bien, no sólo hay el peligro de que se desprestigie nuestro oficio, sino también de que el templo de la gran diosa Artemisa sea menospreciado, y que la diosa misma, a quien adoran toda la provincia de Asia y el mundo entero, sea despojada de su divina majestad".

Demetrio tuvo la habilidad de hablar con mucho fervor y convicción, de modo que, cuando terminó su discurso, sus compañeros estaban llenos de ira y comenzaron a gritar:

–"¡Grande es Artemisa de los efesios!" –clamaron–. ¡Grande es Artemisa de los efesios!

De allí, salieron gritando por las calles el mismo versito, hasta que "toda la ciudad se alborotó". Tomando por la fuerza a dos de los compañeros de Pablo, los de la multitud se dirigieron frenéticamente hacia el gran teatro situado al aire libre.

Al enterarse de lo que ocurría, Pablo también quiso ir, pero



sus amigos se lo impidieron, por temor de que los despedazaran. Mientras tanto, más y más gente seguía llegando al teatro hasta que se llenó por completo. Sin embargo, no todos los que habían venido conocían el motivo de la reunión. Por eso, "cada uno gritaba una cosa distinta". Por fin, todos se pusieron de acuerdo y estuvieron dos horas gritando al unísono:

—"¡Grande es Artemisa de los efesios!"

Cuando se cansaron de gritar, el secretario del consejo municipal consiguió que todos se apaciguaran y le prestaran atención. Con toda habilidad, al principio habló bien de la diosa y luego añadió una nota de advertencia:

—"Tal y como están las cosas, con los sucesos de hoy corremos el riesgo de que nos acusen de causar disturbios. ¿Qué razón podríamos dar de este alboroto, si no hay ninguna?"

Al oír esto, la multitud comenzó a salir lentamente del teatro. Cuando todos regresaron a sus casas y cesó el alboroto, Pablo llamó a los miembros de la iglesia y les comunicó que creía que había llegado el momento de partir. Aunque tristes por la noticia, los creyentes vieron que tenía razón. De modo que, después de despedirse de ellos, el apóstol se embarcó hacia Macedonia y Grecia.

El joven que se durmió en la iglesia

(Hechos 20:6-12)

EL hecho sucedió en un lugar llamado Troas, sobre la costa de Asia Menor. Pablo acaba de volver de Grecia, donde había ido para alentar a los nuevos creyentes.

Después de pasar una semana con los cristianos de Troas, se encontró nuevamente con ellos el primer día de la semana en una habitación del tercer piso de un edificio del lugar.

Sin duda que el gran misionero ya había predicado en la mañana y quizá durante toda la tarde del sábado. Entonces, "el primer día de la semana", que en aquellos días comenzaba a la puesta del sol del sábado, organizó otra reunión. Deseaba celebrar un servicio de comunión antes de salir de la ciudad a la mañana siguiente.

Nadie sabe exactamente a qué hora comenzó la reunión, pero *sí* sabemos que, antes de terminar, hubo una inesperada interrupción.

Pablo tenía tanto que decir a los cristianos de la ciudad y tantas hermosas historias que contar, que "prolongó su discurso hasta la medianoche".

Tampoco se nos dice cuántos dormitaron durante el largo ser-

vicio celebrado esa noche; pero siempre se recordará el nombre del muchacho que se quedó profundamente dormido.

Eutico, "estaba sentado en una ventana" y "comenzó a dormirse mientras Pablo alargaba su discurso". Evidentemente, la ventana estaba abierta, porque el pobre muchacho perdió el equilibrio y fue a dar en tierra, tres pisos más abajo, con un golpe sordo.

Puedes imaginarte la conmoción que esto causó. En un instante, todos se olvidaron de Pablo. Las mujeres comenzaron a gritar, y los hombres bajaron corriendo para ver lo que había ocurrido.

¡Ahora sí que todo el mundo estaba despierto! Y unos pasaban la noticia a otros, agitadamente: "¡Eutico se ha caído de la ventana, y está muerto!"

La luz de una lámpara que alguien sostenía en alto permitió ubicar el cuerpo del muchacho, y pronto la muchedumbre se reunió a su alrededor. Pero lo cierto es que nadie podía ver mucho.

Por fin llegó Pablo, abriéndose paso entre la multitud de curiosos. Cuando llegó donde estaba Eutico, se arrodilló a su lado y lo rodeó con sus brazos. En esto actuó en forma muy parecida a la del profeta Eliseo que, muchos años antes, también había abrazado al hijo muerto de la mujer de Sunem.

Después de unos instantes, Pablo se puso en pie otra vez y dijo a los que lo rodeaban:

–"¡No se alarmen! ¡Está vivo!"

La gente se maravilló. No podía creer que eso fuera cierto. Pero

pronto se vio que lo que había dicho el apóstol era verdad. Algunos miembros de la iglesia "se lo llevaron vivo a su casa, para gran consuelo de todos".

Tal vez pienses que este accidente hizo que se terminara la reunión. Sin embargo, no es así. Después de esa pequeña interrupción, Pablo volvió a pararse detrás del púlpito y continuó su prédica desde donde la había suspendido. La Biblia dice que luego que subió, "partió el pan y comió. Siguió hablando hasta el amanecer, y entonces se fue".

¿Y qué le ocurrió a Eutico después de esto? No lo sabemos. Pero me imagino que, cuando se hizo grande, cada vez que oía hablar a sus amigos acerca de la noche extraordinaria en que el apóstol Pablo predicó en su iglesia, siempre habrá sentido pena. Aquella había sido la noche más importante de la historia de Troas, y él se la había perdido. ¡Había estado durmiendo durante toda la reunión! No, no vale la pena dormirse en la iglesia.

Un sermón desde las gradas

(Hechos 20:13 a 22:29)

¡CUÁNTAS energías y resistencia tenía el apóstol Pablo! Luego de predicar toda la noche, se puso en marcha al amanecer hacia Asón, recorriendo a pie los 32 kilómetros del camino. Sus amigos, que habían viajado en barco rodeando la península, planeaban recogerlo allí. ¡Qué caminata para un domingo de mañana!

Al llegar a Asón, el barco lo estaba esperando. Era un pequeño velero, que iba parando en los distintos puertos de la costa del Asia Menor. Cuando Pablo llegó a Mileto, envió un mensajero a Efeso, pidiéndole a los ancianos que fueran a verlos.

Con la certeza de que no volvería a pasar por allí, Pablo les dio muchos consejos, encomendándolos "a Dios y al mensaje de su gracia".

"Después de decir esto, Pablo se puso de rodillas con todos ellos y oró". El relato dice que "todos lloraban inconsolablemente mientras lo abrazaban y lo besaban. Lo que más los entristecía era su declaración de que ellos no volverían a verlo".

Mientras el velero se alejaba del puerto, Pablo permaneció en

la cubierta agitando la mano, despidiéndose así para siempre de sus amigos que quedaban en la costa. Estoy seguro de que había lágrimas en sus mejillas, mientras gritaban:

–¡Adiós! ¡Adiós! ¡Dios te bendiga!

Algunos días después, el grupo llegó a la ciudad de Tiro, donde permanecieron una semana con los miembros de la iglesia. Cuando llegó el momento de partir, todos, incluyendo las esposas y los hijos, fueron hasta la costa para despedirse de él. Allí, puestos de rodillas en la playa, oraron juntos y se dijeron adiós. Aquella debe haber sido una escena muy emocionante, especialmente cuando Pablo estrechó las manos de los niños y las niñas. Puedo ver esos ojos llenos de lágrimas, tristes porque no volverían a verlo.

De Tiro navegaron hacia el sur hasta Tolomaida, y desde este puerto Pablo y sus acompañantes se dirigieron a Cesarea. Aquí se quedaron varios días y luego prosiguieron viaje hacia Jerusalén. En

esta ciudad, los dirigentes de la iglesia le dieron una cálida bienvenida y Pablo "les relató detalladamente lo que Dios había hecho entre los gentiles por medio de su ministerio". Los relatos eran tan animadores que los ancianos, "al oírlo, alabaron a Dios".

Luego Pablo fue al templo, feliz de volver a ver este antiguo y conocido edificio. Además, le agradaba caminar entre las multitudes que se habían reunido en el atrio para celebrar la fiesta de Pentecostés. Pero ¡cuánto deseaba que esos millares de personas aceptaran a Jesús como Salvador! Le causaba tristeza pensar que 25 años después de haber descendido el Espíritu Santo sobre los discípulos en esa misma ciudad, había tantas personas que todavía no habían aceptado el evangelio.

Repentinamente, algunos de los judíos que se habían opuesto a su predicación en las ciudades de Asia Menor, lo reconocieron. De inmediato comenzaron las dificultades.

–"¡Israelitas! ¡Ayúdennos! Éste es el individuo que anda por todas partes enseñando a toda la gente contra nuestro pueblo, nuestra ley y este lugar. Además, hasta ha metido a unos griegos en el templo, y ha profanado este lugar santo".

La acusación era falsa, pero bastó para iniciar un tumulto. Algunos de los más enardecidos tomaron a Pablo, lo arrastraron fuera del templo y cerraron las puertas. Entretanto, la gente seguía amontonándose, gritando y tratando de golpear al apóstol.

Sin duda, Pablo habría sido muerto allí mismo si no fuera que una compañía de soldados romanos se presentó corriendo en el lugar y pudo aplacar momentáneamente la ira de la multitud.

–¿Qué es lo que pasa? –preguntó el comandante–. ¿Por qué están castigando a este hombre?

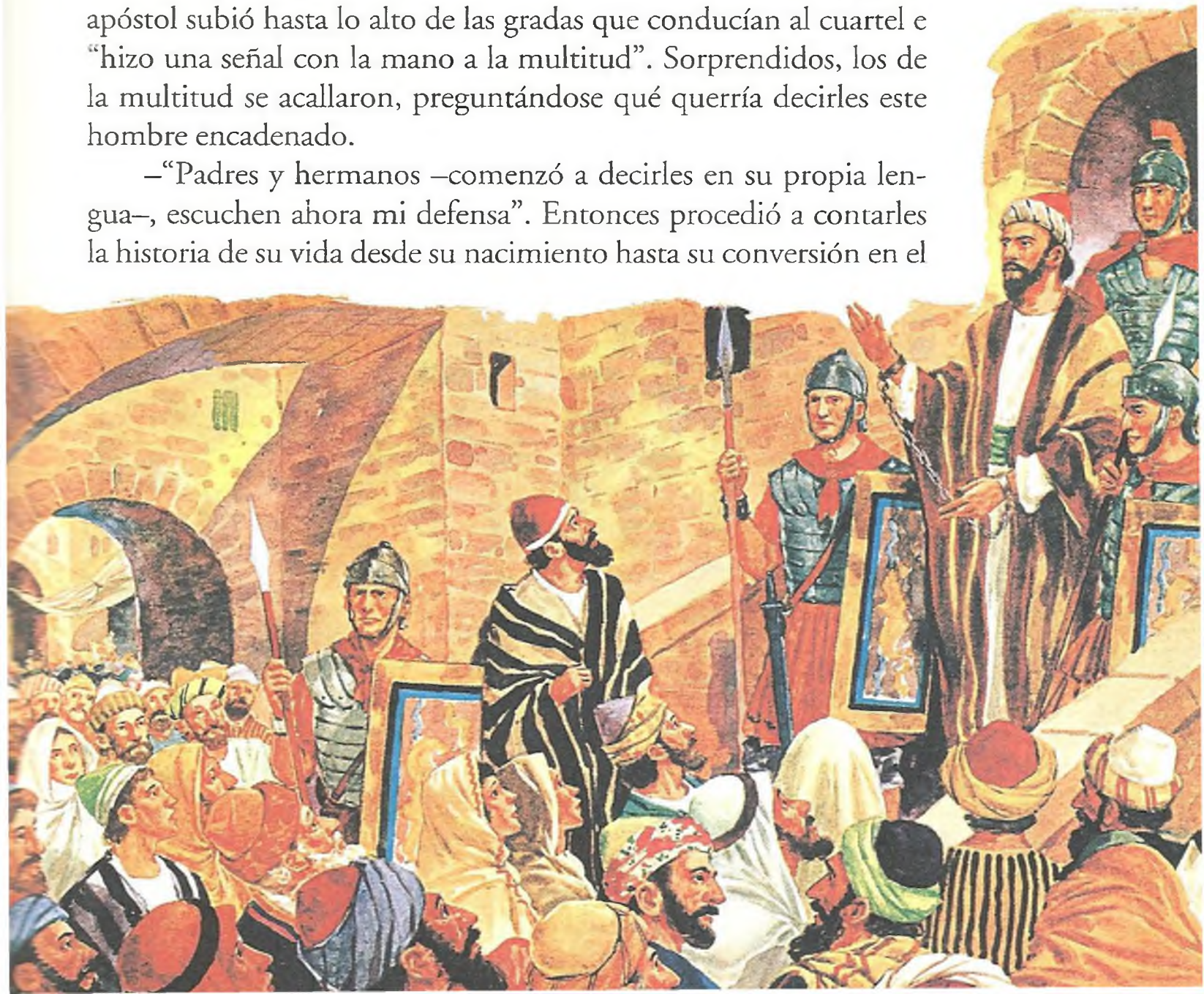
"Cada uno gritaba una cosa distinta", y el comandante, pensando que Pablo debía ser algún temible criminal, ordenó que se lo encadenara y se lo llevara al cuartel. Mientras lo llevaban, el apóstol trató de explicar su situación al jefe romano.

–¿No eres tú, acaso, el jefe de una banda de asesinos? –le preguntó el comandante.

–¡No, por supuesto! –le aseguró Pablo–. "Yo soy judío, natural de Tarso, una ciudad muy importante de Cilicia –le respondió Pablo–. Por favor, permítame hablarle al pueblo".

Impresionado por la cultura que revelaba Pablo en su manera de hablar y comportarse, el comandante accedió. De modo que el apóstol subió hasta lo alto de las gradas que conducían al cuartel e "hizo una señal con la mano a la multitud". Sorprendidos, los de la multitud se acallaron, preguntándose qué querría decirles este hombre encadenado.

–"Padres y hermanos –comenzó a decirles en su propia lengua–, escuchen ahora mi defensa". Entonces procedió a contarles la historia de su vida desde su nacimiento hasta su conversión en el



camino a Damasco. La multitud lo escuchaba y todo fue bien hasta el momento en que dijo que el Señor le había pedido que fuera a predicar a los gentiles. Esto fue demasiado para sus oyentes.

–"¡Bórralo de la tierra! ¡Ese tipo no merece vivir!" –gritaron, encolerizados, mientras sacudían sus mantos y arrojaban polvo al aire.

El alboroto fue tan grande, que ya no pudo oírse más la voz de Pablo. En vista de esto, el comandante, temeroso de que el tumulto se descontrolara, indicó a sus soldados que lo hicieran entrar en el cuartel. Una vez adentro, ordenó que azotaran y atormentaran a Pablo.

–"¿Permite la ley que ustedes azoten a un ciudadano romano antes de ser juzgado?" –preguntó Pablo al centurión que iba a comenzar a golpearlo.

Al oír esto, el hombre se dirigió al comandante y le dijo:

–"¿Qué va a hacer usted? Resulta que ese hombre es ciudadano romano".

Asustado, el comandante se dirigió a donde estaba Pablo.

–"Dime, ¿eres ciudadano romano?"

–"Sí, lo soy" –replicó el apóstol.

–"A mí me costó una fortuna adquirir mi ciudadanía –le dijo el comandante".

–"Pues yo la tengo de nacimiento –replicó Pablo".

Unas pocas horas más tarde, le quitaron las cadenas.

El niño con un secreto

(Hechos 22:30 a 23:31)

AL siguiente día, el comandante ordenó a los miembros del Sanedrín que se reunieran, pues deseaba saber de qué lo acusaban a Pablo. Ellos aceptaron, y Pablo fue llevado a la reunión, que terminó siendo muy agitada.

Ni bien Pablo comenzó a hablar, "se produjo un gran alboroto". Algunos estaban de acuerdo con lo que había dicho y otros se oponían violentamente a ello. La sala resonaba con gritos airados. Por fin, "el comandante tuvo miedo de que hicieran pedazos a Pablo. Así que ordenó a los soldados que bajaran para sacarlo de allí por la fuerza y llevárselo al cuartel".

De esa manera, los romanos le salvaron otra vez la vida al apóstol. Pero Pablo se sentía desanimado. Había tenido una magnífica oportunidad de presentar su mensaje ante los dirigentes judíos pero, según le parecía, la había desperdiciado. Jesús sabía, sin embargo, que Pablo había hecho lo mejor que podía; por eso, a la noche siguiente "el Señor se apareció a Pablo, y le dijo: ¡Ánimo! Así como has dado testimonio de mí en Jerusalén, es necesario que lo des también en Roma".

Esto lo animó mucho, porque hacía tiempo que deseaba ir a

Roma. El apóstol estaba pensando en esto, cuando un niño llamó a la puerta del cuartel y pidió permiso para ver a Pablo.

–Es mi tío –explicó–, y tengo algo muy importante que decirle.

En efecto, el muchacho era hijo de la hermana de Pablo. Al llegar al sitio en que se encontraba encarcelado su tío, el niño le contó agitadamente que se había enterado de que los judíos habían tramado una conspiración para matarlo. Eran más de 40 los hombres que habían jurado no comer ni beber hasta matar a Pablo. Le habían pedido a los sumo sacerdotes que le rogaran al comandante que trajera otra vez a Pablo ante el Sanedrín. Con esta excusa, lo matarían antes de llegar a la reunión.

"¡Conque esos son sus planes!", me parece oírle exclamar a Pablo. Entonces, le pidió a su sobrino que comunicara esa novedad al comandante.

–Claro que sí –dijo el muchacho, ansioso por salvar la vida de su tío.

Después de escucharlo con atención, el comandante le encargó que guardara bien el secreto y ordenó a dos centuriones que prepararan "doscientos soldados de infantería, setenta de caballería y doscientos lanceros" para llevar a Pablo a Cesarea y dejarlo en manos del procurador Félix.

Eran muchos soldados para proteger a un solo predicador cristiano; pero el comandante estaba decidido a no permitir que nadie lastimara a Pablo mientras estuviera bajo su custodia.

Esa noche, los soldados salieron del cuartel y se pusieron en marcha. Mientras los cascos de las cabalgaduras repiqueteaban al salir por las puertas de Jerusalén, nadie se imaginó siquiera que el personaje embozado que iba entre ellos era el apóstol Pablo. Bueno..., nadie si exceptuamos al sobrino de Pablo. Me parece que él lo debe haber reconocido. Y estoy seguro de que debe haberse reído al pensar en aquellos 40 hombres que habían jurado matar a Pablo. Si cumplían su promesa, tendrían hambre por mucho, mucho tiempo.

Se perdió el cielo por poco

(Hechos 23:33 a 26:32)

JESÚS les dijo a sus discípulos que los llevarían "ante gobernadores y reyes"* por su causa, y esto ciertamente se cumplió en la vida del apóstol Pablo. Poco después de llegar a Cesarea, compareció ante el gobernador Félix. Este gobernante conocía mucho acerca de la fe cristiana, y él y su esposa, Drusila, conversaron mucho con el apóstol. Una vez, mientras Pablo hablaba "sobre la justicia, el dominio propio y el juicio venidero", Félix se alarmó y le dijo a Pablo:

–"¡Basta por ahora! Puedes retirarte. Cuando sea oportuno te mandaré llamar otra vez".

En esa ocasión, Félix estuvo muy cerca de aceptar a Jesús como Salvador; pero fue postergando su decisión hasta que tuviera tiempo, cosa que nunca ocurrió. ¡Tan cerca de la salvación y, sin embargo, tan lejos de ella!

Dos años después, Félix fue enviado a desempeñar un nuevo cargo, y "dejó preso a Pablo". Festo, el nuevo procurador, hizo que se trajera ante su presencia al apóstol para saber por qué se lo había mantenido durante tanto tiempo en la cárcel. Festo trató bien a Pablo y, en cierta ocasión, le preguntó si le gustaría ir a Jerusalén para ser juzgado. Pablo le contestó entonces:

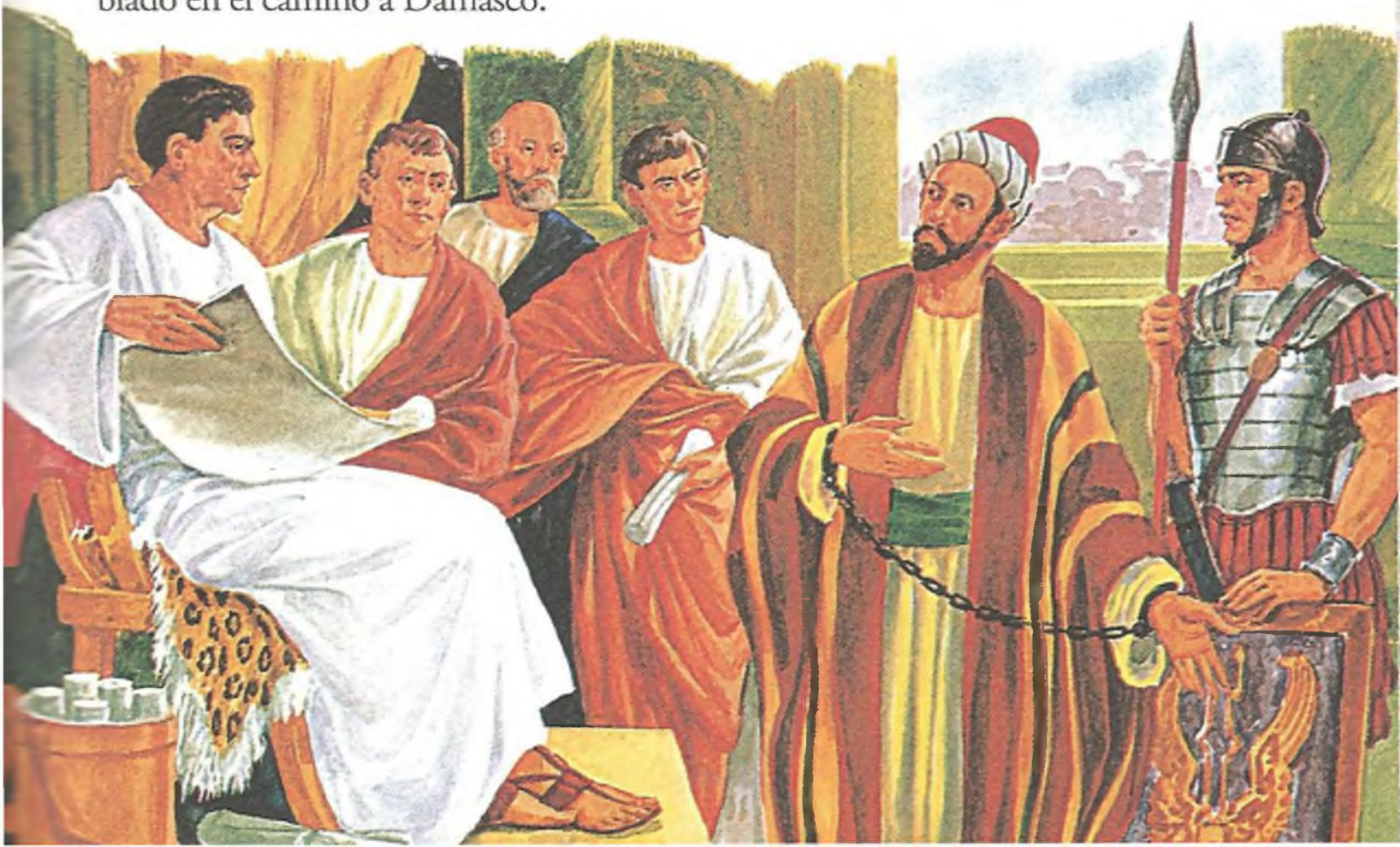
–"Ya estoy ante el tribunal del emperador, que es donde se me debe juzgar. No les he hecho ningún agravio a los judíos, como usted sabe muy bien. Si soy culpable de haber hecho algo que merezca la muerte, no me niego a morir. Pero si no son ciertas las acusaciones que estos judíos formulan contra mí, nadie tiene el derecho de entregarme a ellos para complacerlos. ¡Apelo al emperador!"

Festo se dirigió entonces hacia sus consejeros y les pidió su parecer. Luego le dijo a Pablo:

–"Has apelado al emperador. ¡Al emperador irás!"

Sin embargo, antes de que Pablo saliera para Roma, llegaron a Cesarea el rey Agripa y su esposa, Berenice. Festo les habló del renombrado personaje que tenía bajo su custodia, y el rey manifestó deseo de conversar con él.

Cuando Pablo fue llevado ante la presencia de Agripa, Festo pronunció algunas palabras de introducción, y luego el rey le dijo al apóstol que hiciera su defensa. Como te imaginarás, Pablo se sintió feliz de poder hablar ante tan distinguidos oyentes. Una vez más contó la historia de su vida y en especial la ocasión en que Jesús le había hablado en el camino a Damasco.



Después narró cómo, en obediencia a esta visión celestial, había viajado por todas partes rogando tanto a los judíos como a los gentiles "que se arrepintieran y se convirtieran a Dios, y que demostraran su arrepentimiento con sus buenas obras".

Al explicar cómo Cristo había cumplido las profecías del Antiguo Testamento relativas al Mesías, el entusiasmo de Pablo fue subiendo de tono hasta el punto en que Festo lo interrumpió repentinamente, diciéndole:

–"¡Estás loco, Pablo! –le gritó–. El mucho estudio te ha hecho perder la cabeza".

–"No estoy loco, excelentísimo Festo –contestó Pablo–. Lo que digo es cierto y sensato. El rey está familiarizado con estas cosas, y por eso hablo ante él con tanto atrevimiento. Estoy convencido de que nada de esto ignora, porque no sucedió en un rincón. Rey Agripa, ¿cree usted en los profetas? ¡A mí me consta que sí!"

–"Un poco más y me convences a hacerme cristiano –le dijo Agripa.

–"Sea por poco o por mucho –le replicó Pablo–, le pido a Dios que no sólo usted, sino también todos los que me están escuchando hoy, lleguen a ser como yo, aunque sin estas cadenas" –fue la respuesta del apóstol.

Y así terminó la reunión. Pero una vez aparte, el rey Agripa le dijo a Festo:

–"Se podría poner en libertad a este hombre si no hubiera apelado al emperador".

Esa fue la gran oportunidad en la vida del rey. Pero como Félix, postergó la ocasión de decidirse por Cristo, y esa ocasión nunca llegó. Así perdió la bendición de entrar algún día en el cielo. ¡Cuidado para que no ocurra lo mismo con nosotros!

* Mateo 10:18.

ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

Encadenado a un guarda, Pablo relató la historia de su conversión con tanta valentía y entusiasmo, que el rey Agripa exclamó, conmovido: "¡Un poco más y me convences a hacerme cristiano!"

Un ángel en la tempestad

(Hechos 27:1 a 28:31)

DADO que no había ningún barco que navegara directamente de Cesarea a Roma, Pablo y algunos otros prisioneros fueron puestos a bordo de un velero que haría escala en los puertos situados a lo largo de la costa de Asia Menor. Cuando este velero había avanzado hasta Mira, todos los presos hicieron trasbordo a un barco que iba hasta Italia.

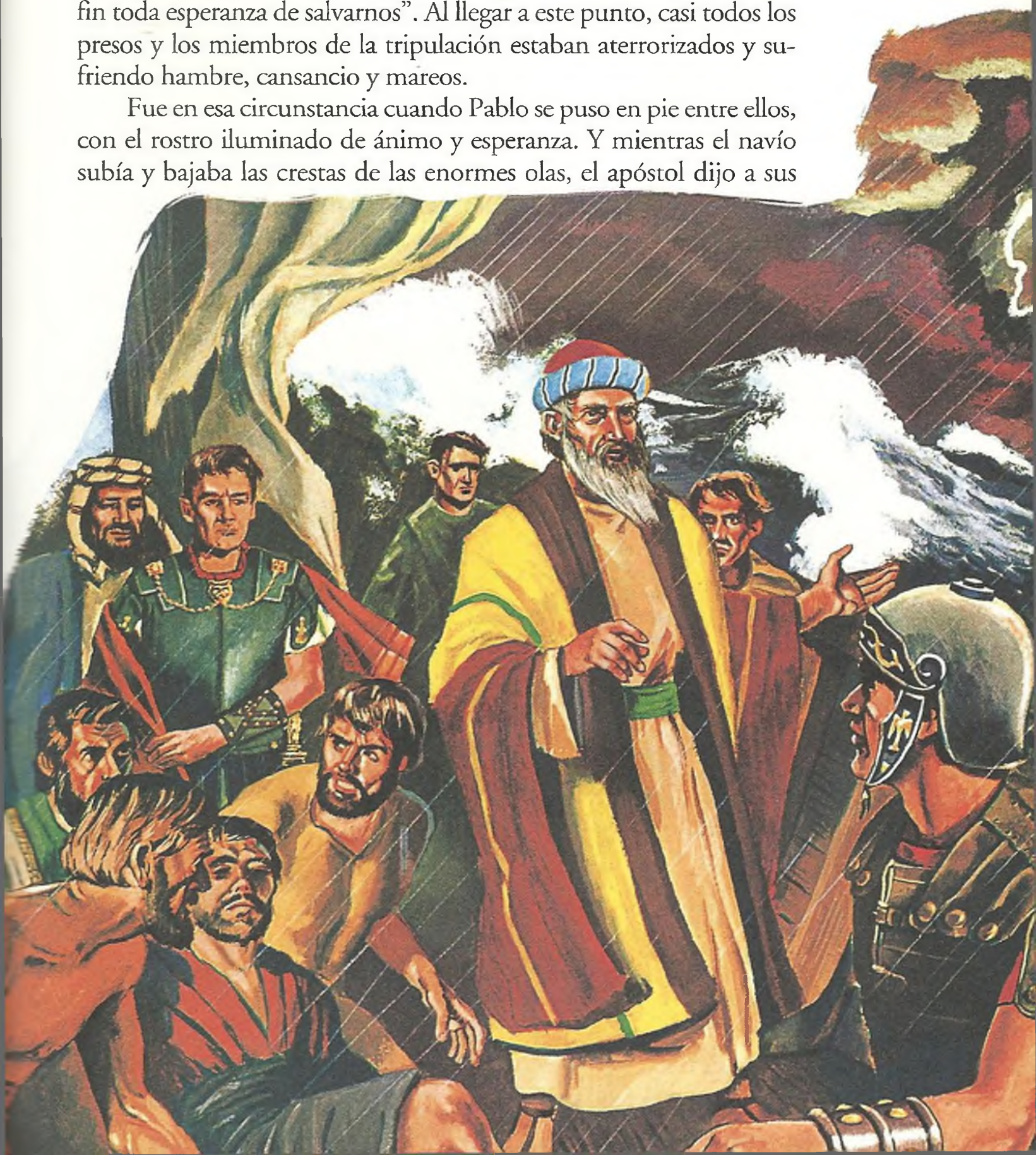
¡Y qué viaje sería! Los problemas comenzaron ni bien dejaron el puerto. Los vientos eran contrarios, y la embarcación avanzaba con lentitud, perdiendo un tiempo valioso. Cuando llegaron a Creta, el invierno se acercaba, así que Pablo le aconsejó al centurión que anclara allí y esperara que el clima mejorara. "Pero el centurión, en vez de hacerle caso, siguió el consejo del timonel y del dueño del barco". Era natural, y se decidió seguir viaje.

Pronto, debieron lamentarlo, porque se levantó un viento muy fuerte y el piloto tuvo que dejar que el navío fuera llevado por la tempestad. Con el paso de los días, la situación iba empeorando cada vez más. Por fin, para aligerar el barco, el piloto ordenó echar por la borda la carga que llevaban. Al día siguiente, arrojaron también los aparejos del barco.

Un Ángel En La Tempestad

"Como pasaron muchos días sin que aparecieran ni el sol ni las estrellas –dice Lucas–, y la tempestad seguía arreciando, perdimos al fin toda esperanza de salvarnos". Al llegar a este punto, casi todos los presos y los miembros de la tripulación estaban aterrorizados y sufriendo hambre, cansancio y mareos.

Fue en esa circunstancia cuando Pablo se puso en pie entre ellos, con el rostro iluminado de ánimo y esperanza. Y mientras el navío subía y bajaba las crestas de las enormes olas, el apóstol dijo a sus



compañeros de viaje:

–"Señores, debían haber seguido mi consejo y no haber zarpado de Creta; así se habrían ahorrado este perjuicio y esta pérdida. Pero ahora los exhorto a cobrar ánimo, porque ninguno de ustedes perderá la vida; sólo se perderá el barco. Anoche se me apareció un ángel del Dios a quien pertenezco y a quien sirvo, y me dijo: 'No tengas miedo, Pablo. Tienes que comparecer ante el emperador; y Dios te ha concedido la vida de todos los que navegan contigo' ".

Así había respondido Dios las oraciones que Pablo había elevado en favor de los presos, la tripulación, el piloto y el centurión. Y lo que era más hermoso aún, es que el Señor le había enviado un mensaje personal para animarlo, y que el ángel que traía este mensaje

había sabido abrirse paso entre la feroz tempestad hasta dar con el pequeño velero que era llevado de aquí para allá por la tormenta. No sorprende entonces que Pablo haya dicho confiadamente a esos pobres soldados y marineros:

–¡Así que no tengan miedo, porque tengo fe en Dios de que todo sucederá tal como me lo ha dicho!

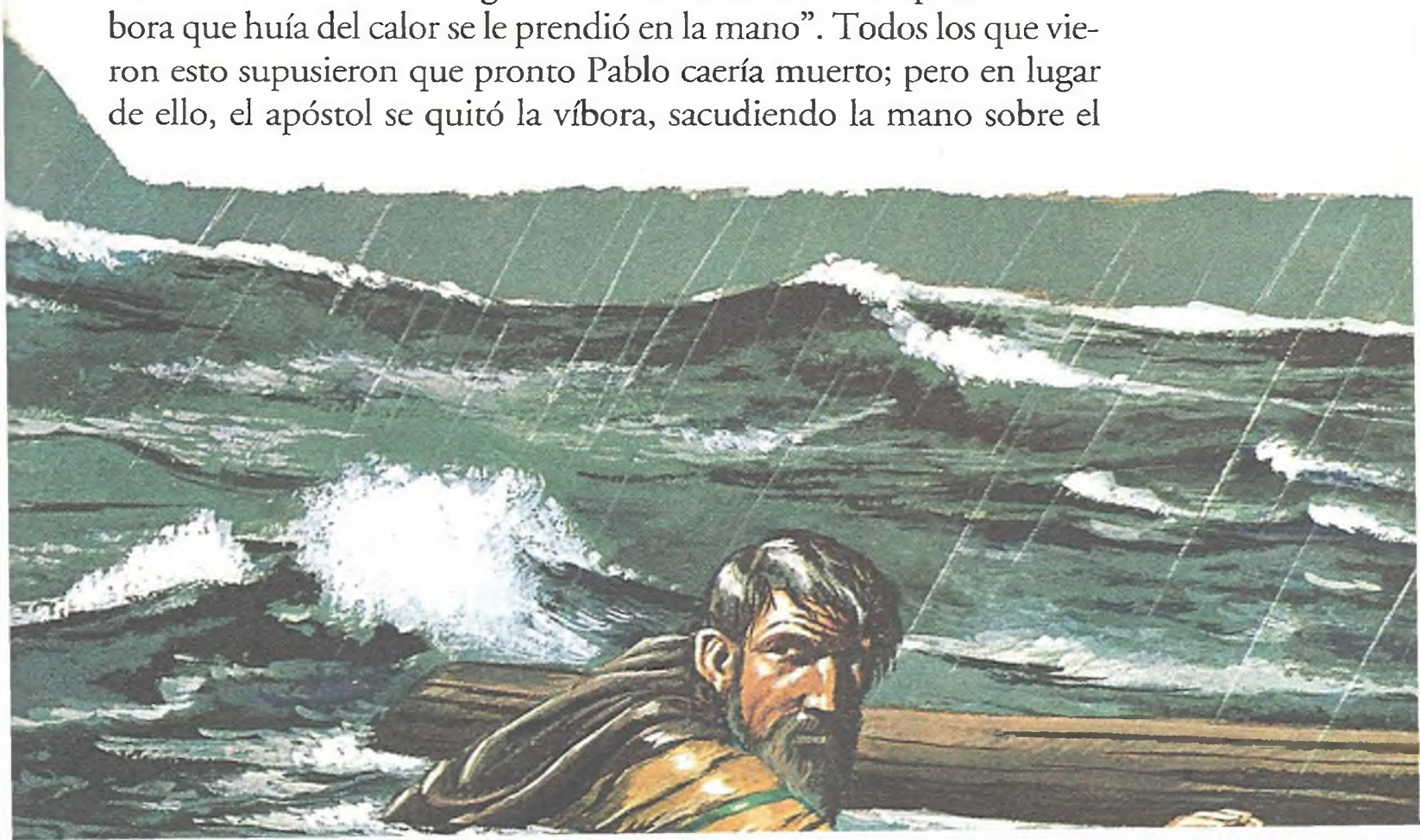
Y, efectivamente, así ocurrió.

Unos pocos días después, la embarcación encalló en la isla de Malta y fue destrozada por las olas.

En vista de esto, los soldados quisieron matar a los presos para que ninguno de ellos escapara, "pero el centurión quería salvarle la vida a Pablo, y les impidió llevar a cabo el plan. Dio orden de que los que pudieran nadar saltaran primero por la borda para llegar a tierra, y de que los demás salieran valiéndose de tablas o de restos del barco. De esta manera todos llegamos sanos y salvos a tierra".

En la embarcación viajaban 276 personas, y todas se salvaron, tal como Pablo había predicho.

Inmediatamente después de llegar a la isla, y mientras el apóstol se hallaba cerca de una fogata tratando de secarse las ropas, "una víbora que huía del calor se le prendió en la mano". Todos los que vieron esto supusieron que pronto Pablo caería muerto; pero en lugar de ello, el apóstol se quitó la víbora, sacudiendo la mano sobre el



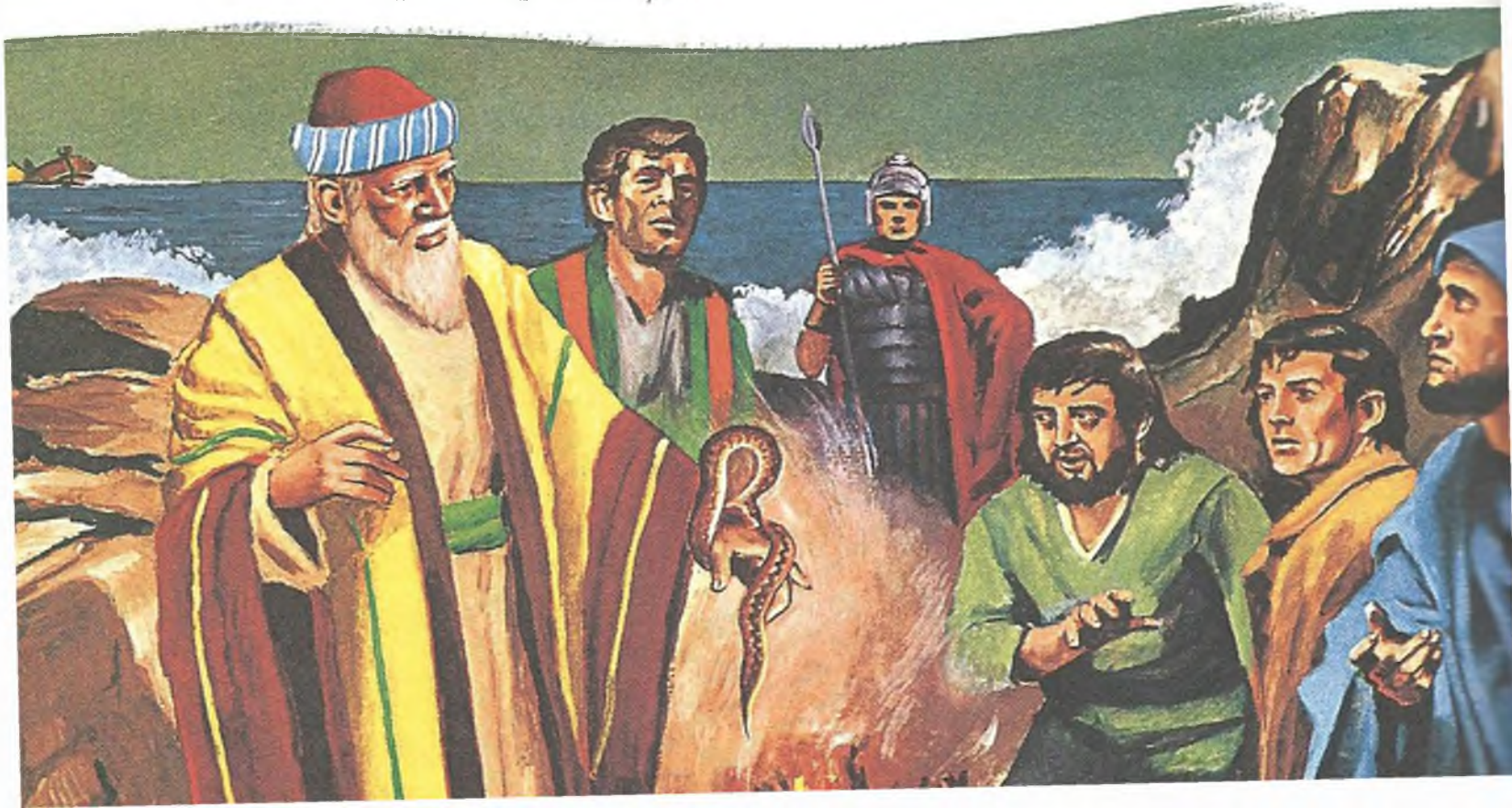
fuego y no sufrió daño alguno.

Los habitantes de la isla quedaron tan admirados de que no había ocurrido nada malo, que empezaron a decir que era un dios. Pablo les explicó que solo era un siervo del Dios del cielo. Y en seguida pasó a demostrárselo mediante sus palabras y sus acciones bondadosas.

Después de sanar al padre de la principal autoridad de la isla, "los demás enfermos de la isla también acudían y eran sanados". El cielo se había acercado a Malta por la presencia de Pablo, y cuando llegó el tiempo en que Pablo debía irse, todos estaban tristes de verlo partir.

Luego de tres meses reanudaron viaje y, después de desembarcar al sur de Roma, el apóstol y sus acompañantes recorrieron caminando la última parte del viaje. En el trayecto, algunos cristianos salieron a recibirlo, y él "dio gracias a Dios y cobró ánimo". Cuando se estableció en Roma, y aunque estaba encadenado a un soldado, Pablo invitó a los principales judíos de la ciudad a que vinieran a visitarlo. Así lo hicieron, y cuando estuvieron reunidos, el apóstol les predicó acerca de Jesús.

¡Qué hombre! La Biblia dice que durante dos años enseñó el evangelio "sin impedimento y sin temor alguno". Así esperó que llegara el día en que debía comparecer ante César, y el destino de mártir que le esperaba.



TERCERA PARTE

Historias de

las Primeras Cartas Cristianas

(Romanos 1:1 a Judas 25)

Las cartas de amor de Pablo

MIENTRAS Pablo todavía estaba prisionero en Roma, predicó a sus visitantes, pero también encontró tiempo para escribir cartas a las iglesias que había organizado en Macedonia y en Asia Menor.

Nadie sabe cuántas cartas escribió Pablo en sus viajes misioneros y mientras estaba prisión. Pero debe haber escrito más de las que tenemos hoy en la Biblia.

En efecto, Pablo fue uno de los más famosos autores de cartas de todos los tiempos. Algunas de ellas son todavía leídas hoy por millones de personas en todo el mundo.

Él es el autor de la mitad de los libros del Nuevo Testamento. Estos "libros" son en realidad cartas o "epístolas", como también se las llama. Algunas fueron dirigidas a las iglesias cristianas de Corinto, Filipos o Colosas. Otras tenían como destinatarios a amigos personales, como Timoteo y Tito.

Todas las cartas que escribió Pablo fueron cartas de amor. Es imposible leerlas sin percibir el amor que él sentía hacia los cristianos a quienes las dirigía. Para él, estos creyentes eran como hijos e

← ILUSTRACIÓN DE J. SCHLAIKJER, N.A.

Después de sus increíbles viajes misioneros, Pablo fue encarcelado en Roma. Pero aun desde allí, y antes de ser martirizado, escribió varias cartas dirigidas a las iglesias que había organizado.

hijas propios. Había sufrido mucho para encaminarlos hacia la verdad, y por eso les tenía mucho aprecio. "Ustedes son nuestro orgullo y alegría",[1] les escribió cierta vez, y puedes estar seguro de que eso era lo que sentía.

Dado que amaba tanto a estos nuevos conversos, consideró necesario enviarles muchos consejos acerca de diversos asuntos. Estaba ansioso porque no carecieran de ningún don espiritual mientras esperaban el regreso de Jesús.

Deseaba, además, confirmarlos en sus creencias para que ningún falso maestro pudiera apartarlos de la iglesia. Por eso se esforzó en explicarles el evangelio con tanta sencillez como podía. Vez tras vez exaltó ante ellos las elevadas normas de conducta que el Señor esperaba que alcanzaran como cristianos. Con mucha frecuencia les aseguró que Dios, mediante su Santo Espíritu, les daría poder para vivir vidas puras, dignas de su elevada vocación.

Sin pretender ocultarles nada, les advirtió que, si decidían ser seguidores de Jesús, se verían envueltos en dificultades. Habría enemigos que tratarían de dañarlos; pero no debían preocuparse. A los romanos les había escrito estas valientes y animadoras palabras: "Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, la persecución, el hambre, la indigencia, el peligro, o la violencia?... Sin embargo, en todo esto somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación, podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor".[2]

Al leer las cartas de amor de Pablo, te encontrarás con algunos pasajes difíciles de comprender al principio. No te sorprendas. Al

apóstol Pedro le pasaba lo mismo, y por eso escribió que en las epístolas de Pablo "hay en ellas algunos puntos difíciles de entender".[3]

Trata de tener siempre presente cuándo y para quiénes fueron escritas estas epístolas. En verdad, son las más antiguas cartas cristianas que se conservan, pues fueron escritas entre los años 51 y 66 d.C.; es decir, no mucho tiempo después de la crucifixión de Cristo y solo unos pocos años después de que un buen número de cristianos había abandonado el paganismo o el judaísmo. ¡Había tantas verdades que estos creyentes debían aprender! Y para esa tarea se requería a alguien como Pablo que, con una mente aguda y un corazón amante, pudiera explicarles lo que necesitaban saber.

Al estudiar las cartas de Pablo a los Romanos, los Corintios, los Tesalonicenses, y demás epístolas, aprenderás mucho acerca de cómo era la Iglesia Cristiana hace casi 2.000 años, y llegarás a conocer el tierno corazón del hombre que tanto hizo para organizar esas iglesias.

[1] 1 Tesalonicenses 2:20.
[2] Romanos 8:35-39.
[3] 2 Pedro 3:16.

El amor en su mejor expresión

(1 Corintios 13:1 a 14:1)

¿ALGUNA vez te has preguntado cuál es el significado de la palabra "amor"? Cuando dices: "Amo a mi perro"; o "Amo a mi canario"; o "Amo a mi madre", ¿qué tienes en mente? ¿Quieres decir que solo tienes un agradable sentimiento de amistad hacia tu perro, tu canario y tu madre? ¿O el amor es algo más que eso?

Es muy importante saber qué es el amor, porque es la palabra más importante de la Biblia. "Dios es amor",[1] se nos dice en la Biblia; y Jesús descendió del cielo para demostrarnos precisamente eso. En cierta ocasión, un experto en la ley le preguntó:

–"Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la ley?

–"Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente –le respondió Jesús–. Éste es el primero y el más importante de los mandamientos. El segundo se parece a éste: 'Ama a tu prójimo como a ti mismo'".[2]

Y a sus discípulos les dijo:

–"Y éste es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros, como yo los he amado".[3]

El Amor En Su Mejor Expresión

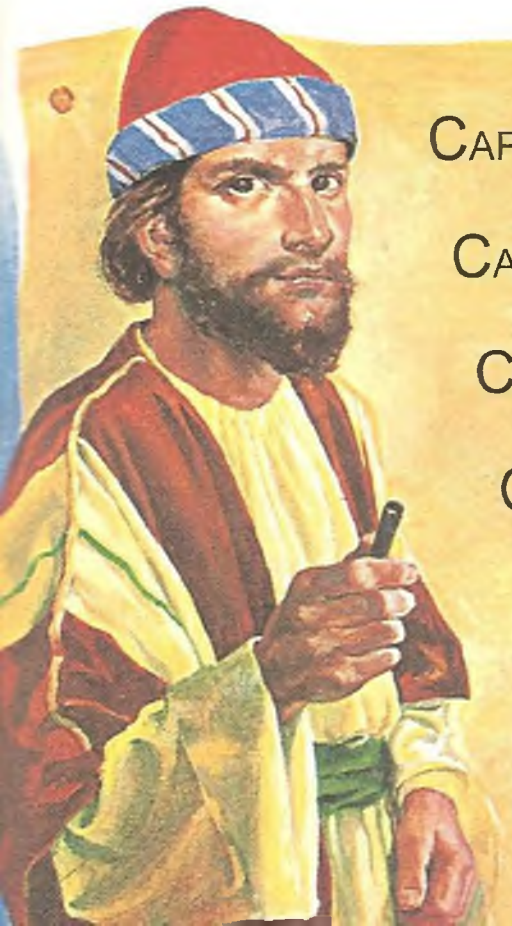
Es bien claro, entonces, que si deseamos llegar a ser verdaderos seguidores de Jesús, debemos aprender a amar y a seguir amando siempre. Pero ¿cómo hacerlo?

Pablo trató de contestar esta pregunta en su primera epístola a la iglesia de Corinto. Había habido ciertas dificultades entre los miembros. Algunos habían demostrado celos; otros habían sido orgullosos y jactanciosos. El apóstol les escribió que tales sentimientos eran malos porque se oponían a la caridad, o sea al verdadero amor.

"Si hablo en lenguas humanas y angelicales –les escribió–, pero no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o un platillo que hace ruido.

"Si tengo el don de profecía y entiendo todos los misterios y poseo todo conocimiento, y si tengo una fe que logra trasladar montañas, pero me falta el amor, no soy nada.

"Si reparto entre los pobres todo lo que poseo, y si entrego mi cuerpo para que lo consuman las llamas, pero no tengo amor, nada gano con eso".



CAPAZ DE HABLAR MUCHAS LENGUAS – AMOR = 0

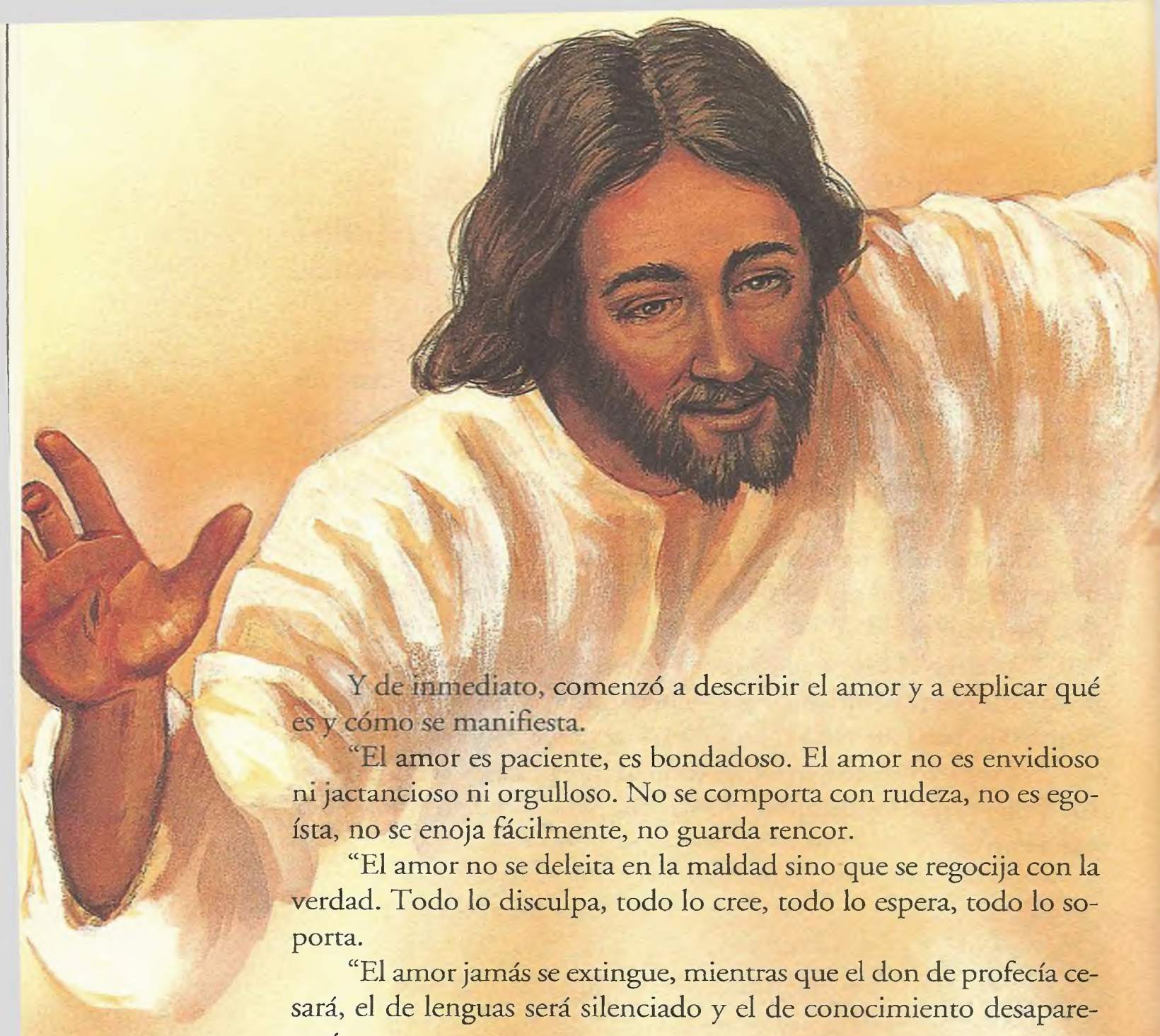
CAPAZ DE HABLAR COMO ÁNGELES – AMOR = 0

CAPAZ DE PROFETIZAR – AMOR = 0

CAPAZ DE COMPRENDER LOS MISTERIOS – AMOR = 0

CAPAZ DE CONOCER TODA CIENCIA – AMOR = 0

FE CAPAZ DE TRASLADAR MONTAÑAS – AMOR = 0



Y de inmediato, comenzó a describir el amor y a explicar qué es y cómo se manifiesta.

"El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor.

"El amor no se deleita en la maldad sino que se regocija con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

"El amor jamás se extingue, mientras que el don de profecía cesará, el de lenguas será silenciado y el de conocimiento desaparecerá...

"Ahora, pues, permanecen estas tres virtudes: la fe, la esperanza

y el amor. Pero la más excelente de ellas es el amor". Y en seguida añadió: "Empéñense en seguir el amor".

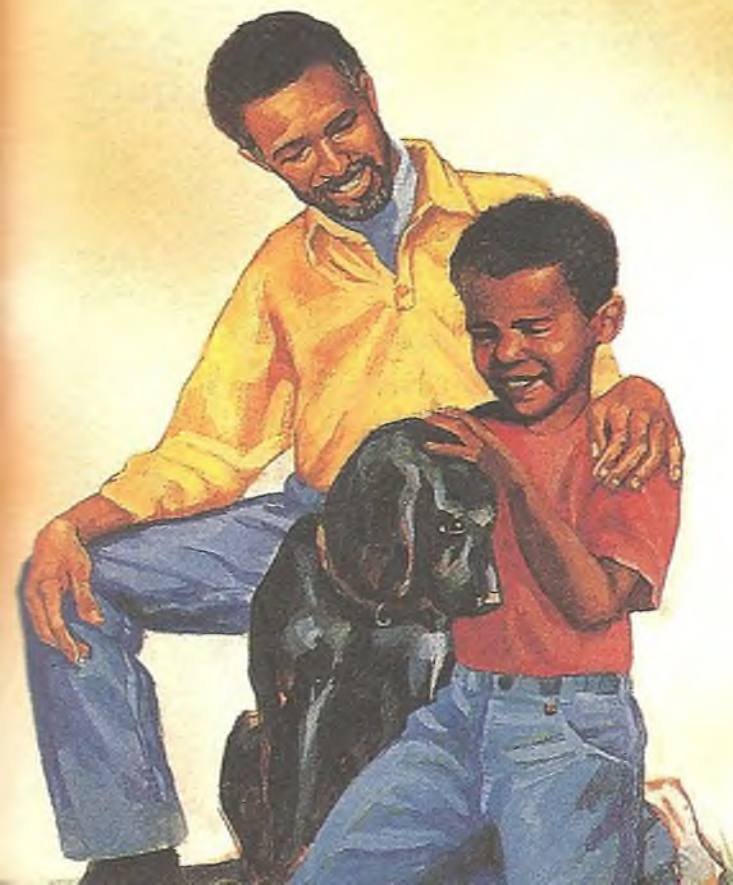
Lo mejor que podemos hacer es perseguir esta clase de amor. Debemos tratar de revelar el amor de Dios en nuestra vida siempre y en todo lugar ; en casa, en la escuela, en el trabajo, en los juegos.

No el mero sentimentalismo, sino el amor, el amor verdadero. Un amor que es paciente y bondadoso. Un amor que no nos permite ser envidiosos, arrogantes, orgullosos ni rudos. Un amor que impide que queramos salirnos siempre con la nuestra, y que no nos deja ser irritables ni descorteses. Un amor que se alegra ante las cosas buenas, pero nunca ante la injusticia. Un amor que soporta las dificultades sin quejas; que cree siempre lo mejor de los demás; y que en todo tiempo está lleno de esperanza.

Este es el verdadero amor, dijo Pablo. El amor que los cristianos deben albergar en su corazón y revelar en sus acciones diarias.

---

[1] 1 Juan 4:8.
[2] Mateo 22:36-39.
[3] Juan 15:12.



Una familia amante

(Gálatas 2:16 a 6:2)

PABLO siempre cargaba en su corazón una bella imagen de lo que debería ser la iglesia. La vio como una familia amante en Cristo.

Si había algo que el apóstol no podía aceptar, era la idea de que habría divisiones en la iglesia, tales como las que se pueden generar entre los cristianos judíos y los cristianos gentiles. Dijo que esta idea estaba completamente errada. Los que aceptaban el evangelio, no podían ser separados. Todos formaban una unidad.

Cuando se enteró de que en las iglesias de Galacia habían surgido discusiones acerca de si era necesario guardar todas las leyes de Moisés para ser salvos, Pablo les escribió una de sus cartas más enérgicas. "Nadie es justificado por las obras que demanda la ley –les dijo–. Todos ustedes son hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús, porque todos los que han sido bautizados en Cristo se han revestido de Cristo. Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús. Y si ustedes pertenecen a Cristo, son la descendencia de Abraham y herederos según la promesa".

Había algo mucho más importante, les dijo, que tratar de guardar la letra de la ley, y eso era el amor. "En efecto, toda la ley se resume en un solo mandamiento: 'Ama a tu prójimo como a ti mismo'". Y así se refirió otra vez a su tema principal: el amor. Era el amor lo que tenía más importancia para Dios. Y solo el amor podía traer paz y armonía a la iglesia.

Si abrían sus corazones a la influencia del Espíritu Santo, no tendrían que preocuparse más acerca de quebrantar las leyes divinas. El amor verdadero, que es un don de Dios, los impulsaría a hacer el bien. Ese amor impediría que discutieran y pelearan entre sí. Porque "el fruto del Espíritu es –les dijo– amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio. No hay ley que condene estas cosas".

"Si el Espíritu nos da vida –añadió–, andemos guiados por el Espíritu. No dejemos que la vanidad nos lleve a irritarnos y a envidiarnos unos a otros... Ayúdense unos a otros a llevar sus car-

gas, y así cumplirán la ley de Cristo".

Este era un buen consejo, no solo para los gálatas, sino también para nosotros. Este es el secreto de la unidad y de llevarse bien con los demás, y funcionará también en la iglesia, en la escuela y en el hogar. Es como el A B C. No necesitamos tratar de guardar una gran cantidad de leyes y reglamentos, sino que sencillamente se logra diciéndole a Dios con sinceridad: "Señor, ten la bondad de llenar mi corazón con tu Santo Espíritu". Porque Dios es amor, y su Espíritu es un espíritu de amor. Cuando Jesús viene a morar en nuestro corazón mediante el Espíritu, todo lo que se opone al amor huye de él.

Ese es el único modo mediante el que los padres y las madres, los niños y las niñas de todas las naciones, lenguas y pueblos del mundo pueden llegar a formar una familia amante y unida en Cristo. Ese es el único camino hacia la amistad, la paz y la felicidad válido para hoy, para mañana y para siempre. ¿Por qué no lo seguimos hoy?

La armadura de Dios

(Efesios)

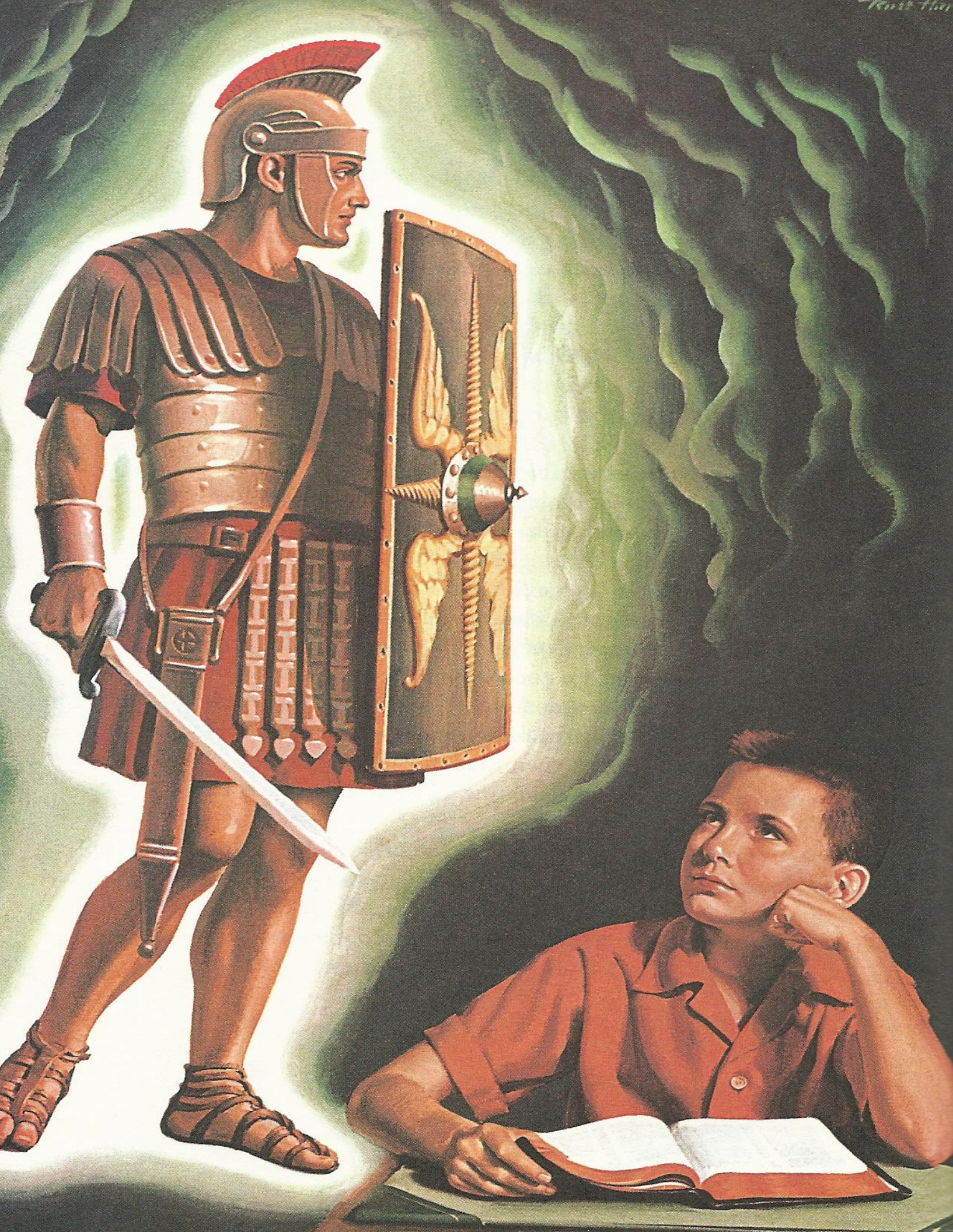
CUANDO Pablo les escribió desde Roma una epístola a sus amigos de Éfeso, les recordó que ellos también formaban parte de una familia amante en Cristo.

A los que habían llegado a la iglesia después de dejar la idolatría, les dijo: "Recuerden ustedes los gentiles... estaban separados de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, a ustedes que antes estaban lejos, Dios los ha acercado mediante la sangre de Cristo. Porque Cristo es nuestra paz: de los dos pueblos ha hecho uno solo, derribando mediante su sacrificio el muro de enemistad que nos separaba".

Eso es lo que hace el evangelio: une a los extraños y derriba las paredes de separación.

"Por lo tanto, ustedes ya no son extraños ni extranjeros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios".

Y luego el apóstol elevó una hermosa oración en favor de esta familia unida de cristianos, para que todos pudieran seguir aprendiendo más acerca del amor de Dios: "Por esta razón me



arrodillo delante del Padre, de quien recibe nombre toda familia en el cielo y en la tierra. Le pido que, por medio del Espíritu y con el poder que procede de sus gloriosas riquezas, los fortalezca a ustedes en lo íntimo de su ser, para que por fe Cristo habite en sus corazones. Y pido que, arraigados y cimentados en amor, puedan comprender, junto con todos los santos, cuán ancho y largo, alto y profundo es el amor de Cristo; en fin, que conozcan ese amor que sobrepasa nuestro conocimiento, para que sean llenos de la plenitud de Dios".

Luego, rogó a los cristianos que anduvieran "de una manera digna del llamamiento" con que habían sido llamados, "siempre humildes y amables, pacientes, tolerantes unos con otros en amor". Que se esfuercen "por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz".

"Lleven una vida de amor –insistía luego–, así como Cristo nos amó y se entregó por nosotros como ofrenda y sacrificio fragante para Dios".

"Pónganse toda la armadura de Dios –les escribió algo más adelante– para que puedan hacer frente a las artimañas del diablo".

Por supuesto, con esto no quería decir que Dios usaba una armadura parecida a la de los soldados romanos que veían todos los días. No. Su armadura no estaba hecha de algún material, sino que consistía en la verdad, la justicia y el amor. Y esa es la armadura que debe usar todo cristiano si es que desea salir victorioso en las batallas de la vida.

"Manténganse firmes –dijo Pablo–, ceñidos con el cinturón de la verdad, protegidos por la coraza de justicia, y calzados con

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

El cristiano debe protegerse del enemigo con el yelmo de la salvación, la coraza de la justicia, el cinturón de la verdad, los zapatos de la paz, el escudo de la fe y la espada del Espíritu.

la disposición de proclamar el evangelio de la paz. Además de todo esto, tomen el escudo de la fe, con el cual pueden apagar todas las flechas encendidas del maligno. Tomen el casco de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios".

Es muy probable que, mientras Pablo escribía estas palabras, observara al fornido soldado romano que se hallaba en pie junto a él. Y mientras recorría con la vista su yelmo de bronce, su coraza de hierro, sus sandalias de cuero, su filosa espada y su brillante escudo, el apóstol debe haber pensado en los cristianos de Éfeso y de las otras iglesias del Asia. Con seguridad tiene que haber recordado los momentos difíciles que pasó durante el tumulto, cuando toda la ciudad se agolpó en el teatro y estuvo gritando durante dos horas: "¡Grande es Artemisa de los efesios!"

¡Y qué bien les vendría a los cristianos poder usar armaduras como las de este soldado romano en circunstancias difíciles!, debe haber pensado. Sin embargo, más necesaria todavía era la armadura espiritual para poder resistir todas las tentaciones del maligno y mantener el corazón puro, íntegro, leal, y lleno de esperanza y confianza en Dios.

Para vivir una vida digna, una vida de amor, la vida del verdadero seguidor de Jesús, necesitas ceñirte con la verdad y ponerte la coraza de la justicia, los zapatos de la paz y el yelmo de la salvación. Entonces, con el escudo de la fe en una mano y la espada del Espíritu en la otra, podrás hacer frente sin temor a los peores enemigos. Vestido con la armadura de Dios, puedes estar seguro de vencer.

Con los ojos puestos en el objetivo

(Filipenses)

MIENTRAS Pablo permanecía en prisión en Roma, y recordaba todas las aventuras que había vivido predicando el evangelio, se acordó con especial cariño de los cristianos de Filipos.

Fue allí que estuvo por primera vez en una cárcel. Recordaba al carcelero que había lavado sus heridas y aceptado a Jesús esa misma noche. Recordó también a Lidia, que le había abierto su hogar y a las demás mujeres, que a menudo se habían reunido con él para orar a la orilla del río. ¡Qué personas más maravillosas! ¡Cuánto las amaba!

"Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de ustedes –les decía en su carta–. En todas mis oraciones por todos ustedes, siempre oro con alegría, porque han participado en el evangelio desde el primer día hasta ahora".

"Los llevo en el corazón –escribía más adelante–... Dios es testigo de cuánto los quiero a todos con el entrañable amor de Cristo Jesús. Esto es lo que pido en oración: que el amor de ustedes abunde cada vez más en conocimiento y en buen juicio, para que discier-

nan lo que es mejor, y sean puros e irreprochables para el día de Cristo".

Y así como había escrito a los gálatas y a los efesios, también les dice a los filipenses que desea fervientemente que permanezcan unidos en la fe y se mantengan "firmes en un mismo propósito, luchando unánimes por la fe del evangelio".

Los insta a que tengan "un mismo parecer, un mismo amor, unidos en alma y pensamiento –y añade–: No hagan nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad consideren a los demás como superiores a ustedes mismos".

"Háganlo todo sin quejas ni contiendas, para que sean intachables y puros, hijos de Dios sin culpa en medio de una generación torcida y depravada. En ella ustedes brillan como estrellas en el firmamento".

Así les pintó un hermoso cuadro de la iglesia ideal, en la que cada miembro –cada hombre y mujer, cada muchacho y niña– hacía brillar su luz en medio de una noche oscura.

Luego, Pablo habló acerca de sí mismo y de sus esperanzas para el futuro. Él había ocupado, alguna vez, un elevado puesto entre los judíos y había tenido también dinero y posesiones. "Sin embargo –les refirió–, todo aquello que para mí era ganancia, ahora lo considero pérdida por causa de Cristo. Es más, todo lo considero pérdida por razón del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo he perdido todo, y lo tengo por estiércol, a fin de ganar a Cristo y encontrarme unido a él. No quiero mi propia justicia..., sino la que se obtiene mediante la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios, basada en la fe. Lo he perdido todo a fin de conocer a Cristo, experimentar el poder que se manifestó en su resu-

← ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

Pablo estuvo dispuesto a sacrificar el honor mundanal y las riquezas para llegar a ser el apóstol a los gentiles y un testimonio viviente del poder, el amor y la gracia salvadora de Dios.

rrección, participar en sus sufrimientos... Así espero alcanzar la resurrección de entre los muertos.

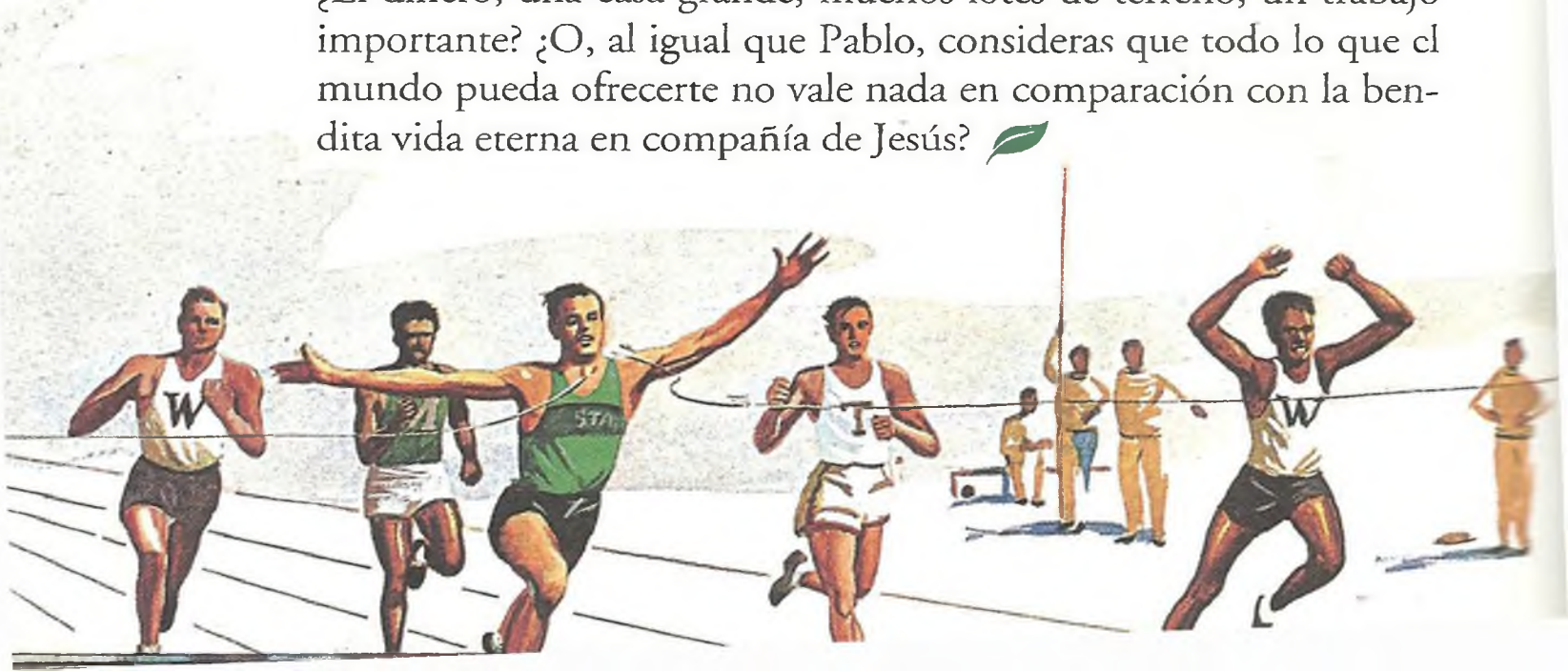
"No es que... ya sea perfecto –añadió–. Sin embargo, sigo adelante... una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y esforzándome por alcanzar lo que está delante, sigo avanzando hacia la meta para ganar el premio que Dios ofrece mediante su llamamiento celestial en Cristo Jesús".

Pablo tenía sus ojos puestos en la recompensa que Dios ha prometido a todos los que aceptan a Jesús como Salvador. Ansiaba la llegada del día del regreso de Cristo, con la resurrección y el gozo de vivir para siempre con su amado Señor. Para él este premio era tan valioso que estaba dispuesto a dar todo por recibirlo; y deseaba que los creyentes de Filipos también trataran de obtenerlo.

"Por lo tanto, queridos hermanos míos, a quienes amo y extraño mucho, ustedes que son mi alegría y mi corona, manténganse así firmes en el Señor... Alégrense siempre en el Señor. Insisto: ¡Alégrense!... Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús".

La epístola que Pablo dirigió a los filipenses fue, tal vez, su más tierna y hermosa carta de amor. Los amaba tanto, que les reveló la secreta motivación de su vida: la gloriosa recompensa hacia la que corría.

Al pensar en esto, me pregunto qué premio te hace correr a ti. ¿El dinero, una casa grande, muchos lotes de terreno, un trabajo importante? ¿O, al igual que Pablo, consideras que todo lo que el mundo pueda ofrecerte no vale nada en comparación con la bendita vida eterna en compañía de Jesús?



El tejido del amor

(Colosenses)

CUANDO Pablo comenzó a escribirles a los nuevos cristianos de Colosas, pronto volvió a abordar el tema del amor. Para él, no había cosa más importante que el amor que los seguidores de Jesús debían mostrarse entre sí.

Primero, les dijo cuán feliz se sentía al oír hablar de su fe y de su amor; pero en seguida agregó que deseaba que fueran más amantes todavía. Les contó que oraba todos los días para que pudieran andar "de manera digna del Señor, agradándole en todo. Esto implica dar fruto en toda buena obra, crecer en el conocimiento de Dios".

Y uno de sus principales deseos, añadió, era que sus corazones estuvieran "unidos por amor". La palabra que usó el apóstol originalmente significa una unión bien íntima y estrecha, como dos cordeles anudados, como dos trozos de hierro soldados o como las hebras de un tejido.

Eso es lo que hace el amor. Une, suelda, entreteje a los padres y a las madres, a los padres y a los hijos, a los hermanos y a las hermanas, a los amigos y a los compañeros entre sí.

El amor verdadero hace los mejores nudos y prepara los mejores tejidos. Las personas a quienes ha unido un amor tal permanecen siempre ligadas por ese vínculo estrecho.

Algunos párrafos más adelante en su epístola a los Colosenses, Pablo volvió a mencionar su tema favorito. Allí instó a los cristianos a que "abandonen" cosas tan desagradables como "enojo, ira, malicia, calumnia y lenguaje obsceno" y que, en cambio, se revistieran "de afecto entrañable y de bondad, humildad, amabilidad y paciencia, de modo que se toleren unos a otros y se perdonen". Y luego añadió: "Por encima de todo, vístanse de amor, que es el vínculo perfecto. Que gobierne en sus corazones la paz de Cristo... Y todo lo que hagan, de palabra o de obra, háganlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios el Padre por medio de él".

Como ves, allí el apóstol mencionó otra vez el poder unificador del amor de Cristo.

Y si las relaciones entre los miembros de tu familia parecen no andar muy bien, si se oyen peleas y palabras desagradables en tu casa, puedes estar seguro de que ha llegado el tiempo de que alguien comience a entretejer los hilos de la familia. Para ello no se necesitan agujas ni un ovillo de lana, sino el amor tierno, generoso y perdonador de Jesús.

Y confío en que serás tú el que haga ese trabajo.

Consuelo para los tristes

(1 Tesalonicenses 3:12 a 4:17)

PABLO tenía la misma preocupación por los creyentes de Tesalónica que la que había tenido por todos los demás a los que había sacado del paganismo y del judaísmo para hacerlos miembros de la iglesia cristiana. Quería que ellos se manifestaran cada vez más amor entre sí, hasta que sus corazones estuvieran llenos y rebosantes del amor de Dios.

"Que el Dios y Padre nuestro –les escribió–... los haga crecer para que se amen más y más unos a otros, y a todos... Que los fortalezca interiormente para que, cuando nuestro Señor Jesús venga con todos sus santos, la santidad de ustedes sea intachable delante de nuestro Dios y Padre".

"Dios mismo les ha enseñado a amarse unos a otros –añadió–. En efecto, ustedes aman a todos los hermanos que viven en Macedonia. No obstante, hermanos, les animamos a amarse aún más".

Pablo deseaba que no se sintieran satisfechos hasta que su amor fuera un reflejo perfecto del amor de Dios en Cristo Jesús.

Pero, además de esto, el apóstol tenía un mensaje especial para estos queridos cristianos. Algunos de ellos se habían entris-

tecido mucho a causa de la muerte de algún ser querido. Se sentían muy solitarios y se preguntaban por qué le Señor había permitido que sus amados murieran. En esa epístola, Pablo trató de confortarlos con bondad y ternura.

"Hermanos, no queremos que ignoren lo que va a pasar con los que ya han muerto –les escribió–, para que no se entristezcan como esos otros que no tienen esperanza".

Sus seres amados, les dijo, se hallaban durmiendo, a la espera de la venida de Jesús, quien los despertaría.

"¿Acaso no creemos que Jesús murió y resucitó? Así también Dios resucitará con Jesús a los que han muerto en unión con él". El Señor los sacaría de los sepulcros así como Jesús había salido de la tumba.

"Conforme a lo dicho por el Señor –continuó Pablo–, afirmamos que nosotros, los que estemos vivos y hayamos quedado hasta la venida del Señor, de ninguna manera nos adelantaremos a los que hayan muerto".

ILUSTRACIÓN DE FRED COLLINS

En otras palabras, cuando venga Cristo nadie se anticipará a los demás, sino que todos los redimidos irán a gozar juntos del hogar prometido.

"El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre. Por lo tanto, anímense unos a otros con estas palabras".

Ya no había por qué lamentarse ni entristecerse. Pues Jesús iba a regresar, y él devolvería la vida a los muertos en la gloriosa mañana de la resurrección. Entonces, todos los justos serían "arrebatados junto con ellos en las nubes" para encontrarse con el Señor en los aires.

Sí: los vivos "junto" con los resucitados. Ese es el plan de Dios: reunir otra vez a los amados y amigos para permitirles estar juntos por todos los siglos de la eternidad. No más separaciones; no más tristeza; no más lágrimas.

¡Qué hermosas palabras! "Junto con ellos... estaremos con el Señor para siempre".

Si conoces a algún vecino o compañero de estudios que esté triste y apesadumbrado, ¿por qué no le hablas de esta bendita y hermosa esperanza?

¡Pelea la buena batalla!

(1 Timoteo y 2 Timoteo)

COMO recordarás, cuando Pablo visitó Listra en su primer viaje misionero, la gente lo apedreó y lo abandonó en el basurero de la ciudad, creyéndolo muerto. Fue allí que ganó para Cristo a un joven llamado Timoteo, al igual que a su madre y su abuela.

Más tarde, Pablo le pidió a Timoteo que sea su secretario y lo ayudara en la obra de predicar el evangelio. Timoteo aceptó, y desde allí en adelante se forjó una maravillosa amistad entre los dos hombres. Viajaron y escribieron juntos.

Pablo amaba profundamente a Timoteo y lo consideraba su propio hijo. Cuando se separaron y el joven comenzó a evangelizar por su cuenta, el apóstol le envió toda clase de buenos consejos para ayudarlo a desempeñar bien su trabajo y a mantenerlo dentro de camino recto.

Hoy conservamos todavía dos de las cartas que Pablo escribió a Timoteo. Deberías leerlas. No son muy extensas. Su gran antigüedad –más de 1.900 años– las convierte en documentos preciosos; pero su mayor valor radica en los magníficos consejos que

contienen, dados por un anciano a un joven en el primer siglo de la Era Cristiana.

"Ejercítate en la piedad –le escribió Pablo en la primera epístola, pues aunque el ejercicio físico trae algún provecho, la piedad es útil para todo, ya que incluye una promesa no sólo para la vida presente sino también para la venidera".

"Que nadie te menosprecie por ser joven –escribió más adelante–. Al contrario, que los creyentes vean en ti un ejemplo a seguir en la manera de hablar, en la conducta, y en amor, fe y pureza".

En esta carta, el apóstol les advierte a los jóvenes de todos los tiempos del peligro de pensar que el dinero es lo más importante en la vida: "Los que quieren enriquecerse caen en la tentación y se vuelven esclavos de sus muchos deseos. Estos afanes insensatos y dañinos hunden a la gente en la ruina y en la destrucción. Porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males...

"Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de todo eso, y esmérate en seguir la justicia, la piedad, la fe, el amor, la constancia y la humildad".

"Pelea la buena batalla de la fe; haz tuya la vida eterna".

Pablo escribió su segunda epístola a Timoteo poco antes de que se lo ejecutara en Roma. Pero aunque estaba a punto de ser decapitado, el apóstol pensaba más en Timoteo que en su propia suerte.

"Huye de las malas pasiones de la juventud, y esmérate en seguir la justicia, la fe, el amor y la paz, junto con los que invocan al Señor con un corazón limpio. No tengas nada que ver con discusiones necias y sin sentido, pues ya sabes que terminan en pleitos. Y un siervo del Señor no debe andar peleando; más bien, debe ser

amable con todos, capaz de enseñar y no propenso a irritarse. Así, humildemente, debe corregir a los adversarios".

Después de recordarle a Timoteo cómo su madre le había enseñado "las Sagradas Escrituras" desde la infancia, le dijo que todo el que leyera sinceramente y estudiara con dedicación esos escritos inspirados llegaría a ser un "siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra".

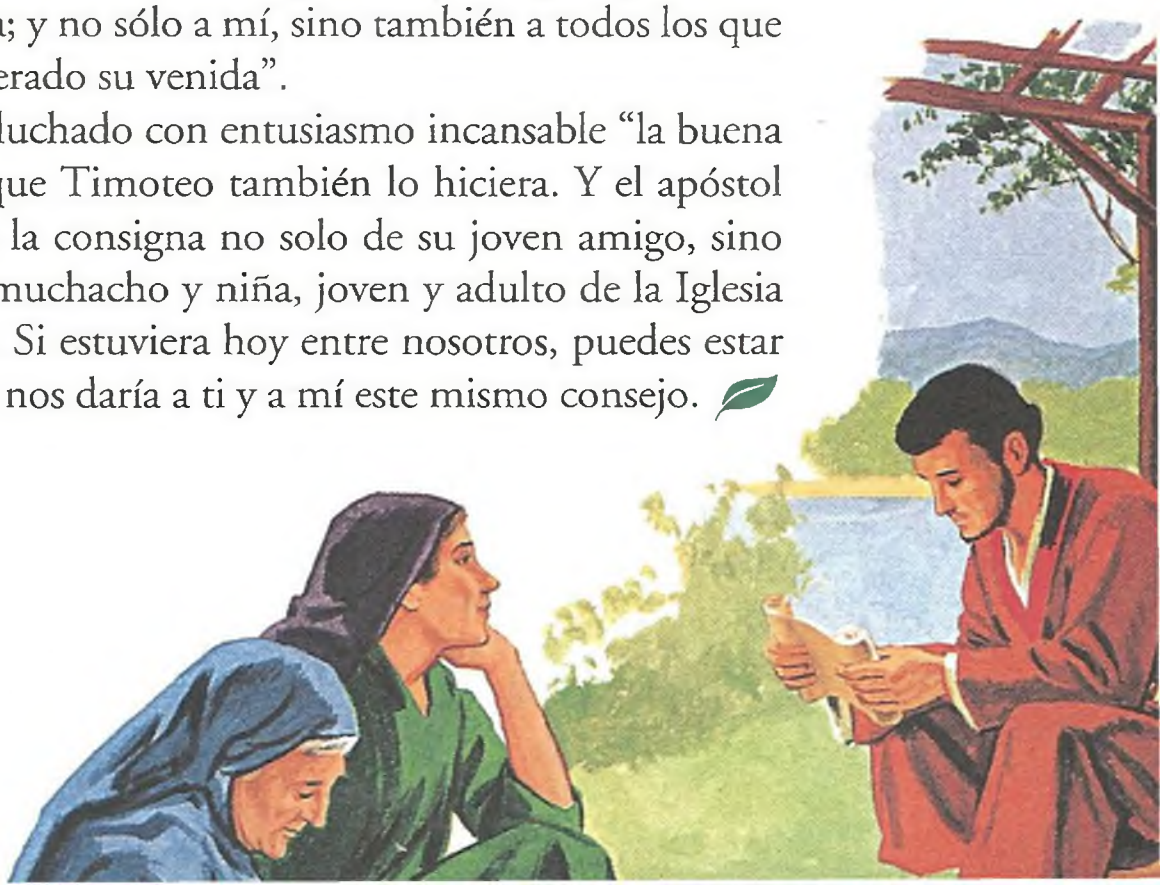
Luego, le dio a su joven amigo este solemne consejo:

"En presencia de Dios y de Cristo Jesús, que ha de venir en su reino y que juzgará a los vivos y a los muertos, te doy este solemne encargo: Predica la Palabra; persiste en hacerlo, sea o no sea oportuno; corrige, reprende y anima con mucha paciencia, sin dejar de enseñar... sé prudente en todas las circunstancias, soporta los sufrimientos, dedícate a la evangelización; cumple con los deberes de tu ministerio".

Y luego agregó esta emotiva despedida:

"Yo, por mi parte, ya estoy a punto de ser ofrecido como un sacrificio, y el tiempo de mi partida ha llegado. He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, me he mantenido en la fe. Por lo demás me espera la corona de justicia que el Señor, el juez justo, me otorgará en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que con amor hayan esperado su venida".

Sí, Pablo había luchado con entusiasmo incansable "la buena batalla", y deseaba que Timoteo también lo hiciera. Y el apóstol quería que esa fuera la consigna no solo de su joven amigo, sino también la de cada muchacho y niña, joven y adulto de la Iglesia Cristiana del futuro. Si estuviera hoy entre nosotros, puedes estar seguro de que Pablo nos daría a ti y a mí este mismo consejo.



El esclavo que huyó

(Tito y Filemón)

EN tu Biblia, justo después de las dos cartas de Pablo a Timoteo, encontrarás dos cartas todavía más breves. Una está dirigida a Tito, y la otra a Filemón.

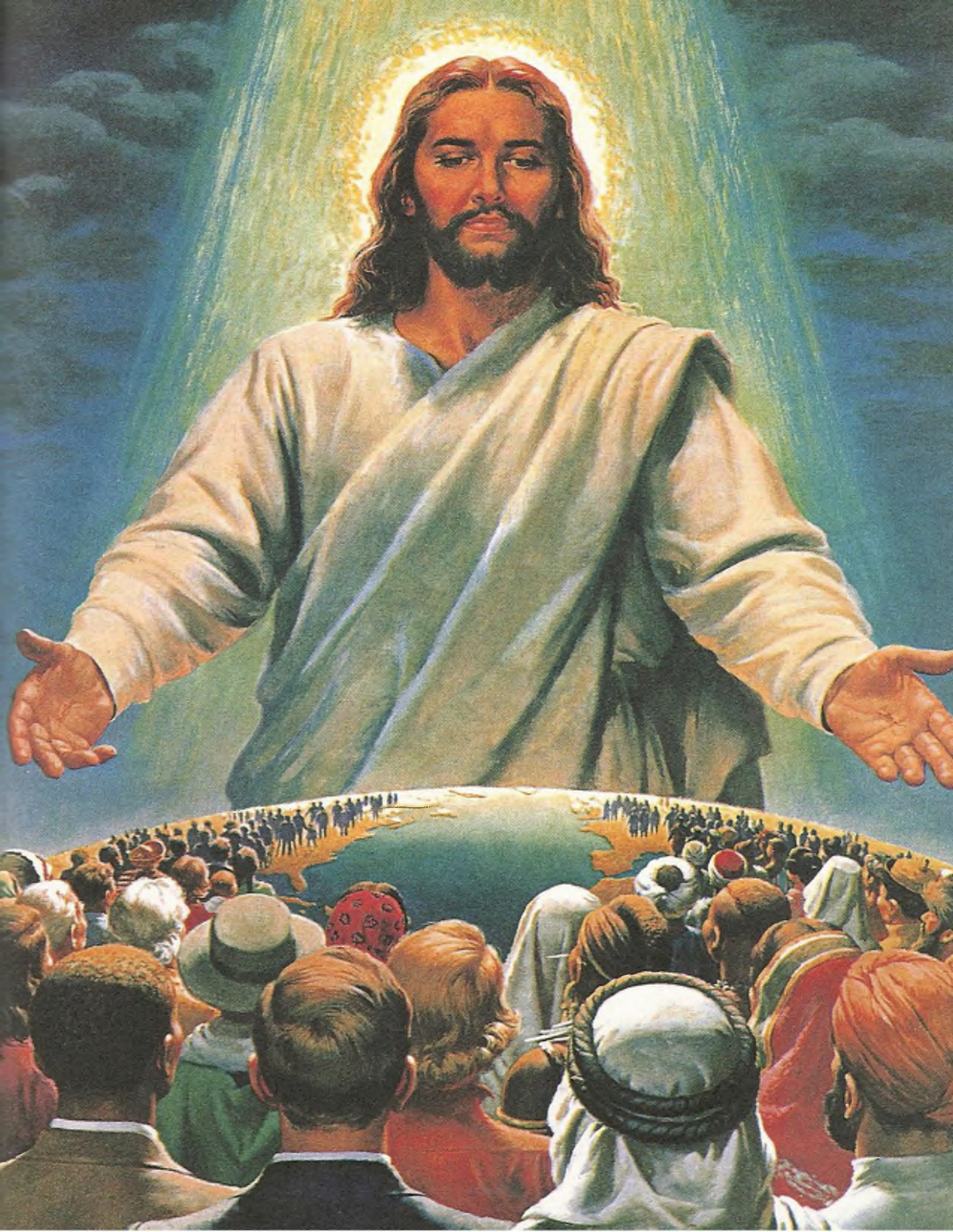
La primera de ellas está llena de buenos consejos a otro joven que le estaba siendo útil en la tarea de predicación del evangelio. "Con tus buenas obras –le escribió Pablo–, dales tú mismo ejemplo en todo. Cuando enseñes, hazlo con integridad y seriedad, y con un mensaje sano e intachable".

Entonces, resumió todo el propósito de la fe cristiana en estas magníficas palabras: "En verdad, Dios ha manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación y nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en este mundo con justicia, piedad y dominio propio, mientras aguardamos la bendita esperanza, es decir, la gloriosa venida de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. Él se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo elegido, dedicado a hacer el bien".

Esto quiere decir que tanto entonces como hoy, la esperanza de la iglesia es el regreso glorioso de Jesús; y que la esperanza de Dios

ILUSTRACIÓN DE CARLOS ZINGARO →

Jesús dijo: "Cuando sea levantado de la tierra atraeré a todos a mí mismo". Y desde su crucifixión millones de personas de toda raza y posición social han respondido a su amante invitación.



era y es sacar del mundo y reunir "para sí un pueblo elegido", limpio "de toda maldad", puro, santo, hermoso, y cuyos miembros se esforzaran por hacer "el bien".

Si bien es breve, la carta que Pablo le envió a Filemón es una de las más interesantes de toda la Biblia. Tiene que ver con un esclavo que huyó.

Filemón era el nombre del amo y Onésimo el del esclavo. Ambos habían llegado a ser cristianos, pero vivían en la época en que el cristianismo todavía no había eliminado la antigua y odiosa costumbre de la esclavitud. Aún era perfectamente lícito que un romano comprara tantos esclavos como pudiera. Estos pobres siervos no gozaban de ningún derecho y a menudo se los trataba peor que a los animales. Si se escapaban y se los capturaba, sus dueños tenían derecho a torturarlos y aun a matarlos.

Pablo se enfrentó con un dilema cuando Onésimo se entregó a Cristo, puesto que allí se enteró de que se trataba de un esclavo fugitivo. Desde el punto de vista espiritual, Onésimo era libre; pero legalmente hablando, todavía era un esclavo de Filemón, que también era un converso de Pablo.

¿Qué debía hacer? ¿Le diría Pablo a Onésimo que siguiera tratando de ocultarse de su amo, o lo enviaría de regreso a él?

Pablo decidió que lo correcto era enviarlo de regreso, y Onésimo estuvo de acuerdo en hacerlo. Y precisamente de esto trata esta breve "carta de amor" de Pablo. Como verás, toda ella es un modelo de tacto y delicadeza. Observa el acierto con que Pablo in-

troduce el tema:

"Siempre doy gracias a mi Dios al recordarte en mis oraciones, porque tengo noticias de tu amor y tu fidelidad hacia el Señor Jesús y hacia todos los creyentes... Hermano, tu amor me ha alegrado y animado mucho porque has reconfortado el corazón de los santos".

Y era precisamente amor lo que se necesitaba para resolver este caso; mucho amor. De modo que ahora, con mucha delicadeza, el apóstol presenta el asunto.

"Te suplico por mi hijo Onésimo, quien llegó a ser hijo mío mientras yo estaba preso... Te lo envío de vuelta, y con él va mi propio corazón. Yo hubiera querido retenerlo para que me sirviera en tu lugar... Sin embargo, no he querido hacer nada sin tu consentimiento...

"Tal vez por eso Onésimo se alejó de ti por algún tiempo, para que ahora lo recibas para siempre, ya no como a esclavo, sino como algo mejor: como a un hermano querido... De modo que, si me tienes por compañero, recíbelo como a mí mismo. Si te ha perjudicado o te debe algo, cárgalo a mi cuenta".

La Biblia no nos dice cómo reaccionó Filemón cuando recibió esta hermosa carta. Pero a través de los siglos nos ha llegado la tradición de que Onésimo fue aceptado bondadosamente por su amo y que más tarde llegó a ser un dirigente en la iglesia. De esta manera, el amor de Dios en Cristo ganó una de sus primeras victorias sobre la inhumana práctica de la esclavitud.

¡Sigamos adelante!

(Hebreos)

LA carta a los Hebreos fue escrita para ciertos judíos que habían aceptado a Cristo como su Salvador. Pablo trató de fortalecer la fe de estas queridas personas y de ayudarles a conservar el ánimo.

"Es necesario que prestemos más atención a lo que hemos oído –le dice–, no sea que perdamos el rumbo". "Cuídense, hermanos, de que ninguno de ustedes tenga un corazón pecaminoso e incrédulo que los haga apartarse del Dios vivo".

Estos cristianos necesitaban pensar más en Cristo y en sus sufrimientos y en cómo, después, Dios lo había coronado "de gloria y de honra".

"Ya que en Jesús, el Hijo de Dios –les escribió–, tenemos un gran sumo sacerdote que ha atravesado los cielos, aferrémonos a la fe que profesamos. Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado".

"Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia

← ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

Durante su ministerio terrenal, Cristo oró con frecuencia a su Padre, mencionando a sus discípulos. ¡Y cuán hermoso es saber que mientras oramos hoy, Jesús intercede en nuestro favor!

para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos".

Preocupado todavía por la actitud de ellos, el apóstol insiste: "Así que no pierdan la confianza, porque ésta será grandemente recompensada. Ustedes necesitan perseverar... Pues dentro de muy poco tiempo, 'el que ha de venir vendrá, y no tardará'".

Y luego, para animarlos a mantenerse firmes en la verdad que habían aprendido, les mencionó a los grandes héroes del pasado, que habían permanecido fieles a Dios sin hacer caso de las circunstancias.

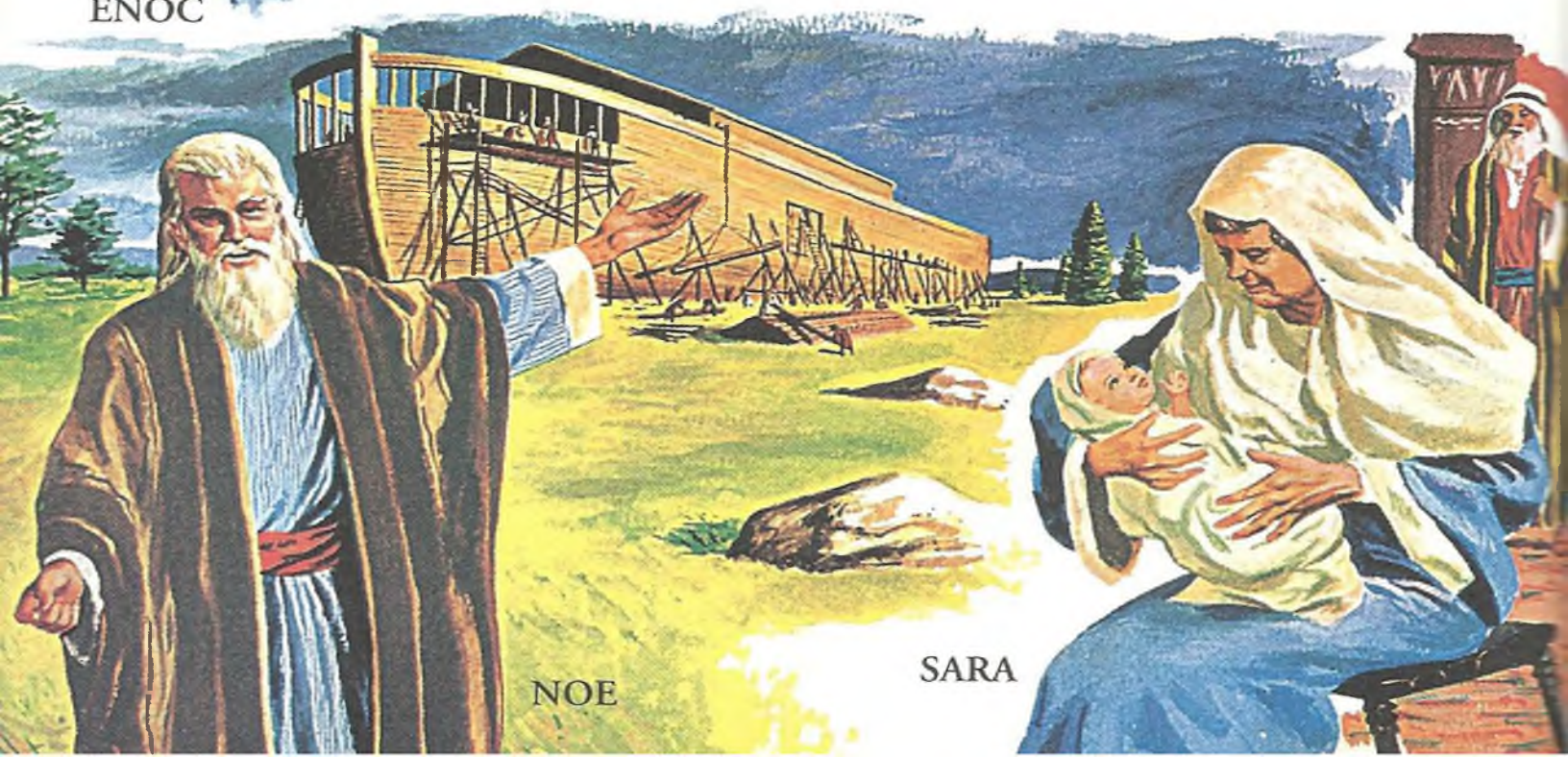
"Por la fe Abel" ofreció el sacrificio que Dios había pedido, aunque eso le significó la muerte.

"Por la fe Enoc" en una época muy pecadora, caminó con Dios.

"Por la fe Noé" construyó el arca para salvar a los fieles cuando nadie había siquiera oído hablar de la lluvia.

"Por la fe Abraham" salió de su hogar sin saber adónde iba. Y "por la fe... Sara" creyó lo que el Señor le prometía cuando le dijo que tendría un niño aun siendo anciana.

Y también "por la fe Abraham", al ordenársele que ofreciera



a su hijo Isaac en sacrificio, obedeció esta extraña orden, confiado en que Dios podía resucitar a su hijo de los muertos.

"Por la fe Isaac" pidió bendiciones para Jacob y Esaú.

"Por la fe Jacob" bendijo a los hijos de José.

"Por la fe" los padres de Moisés ocultaron al niñito entre las plantas que crecían a la orilla del Nilo.

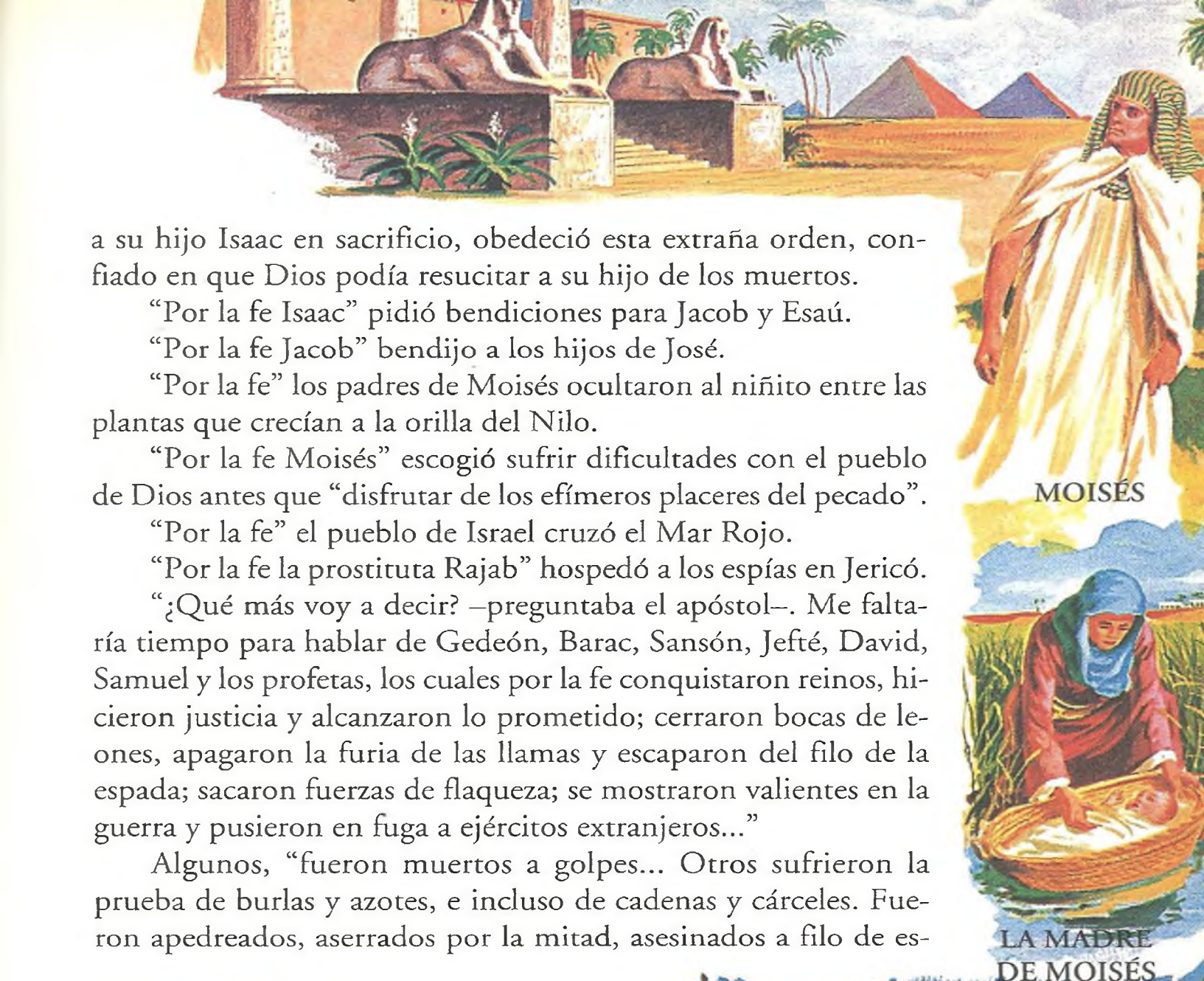
"Por la fe Moisés" escogió sufrir dificultades con el pueblo de Dios antes que "disfrutar de los efímeros placeres del pecado".

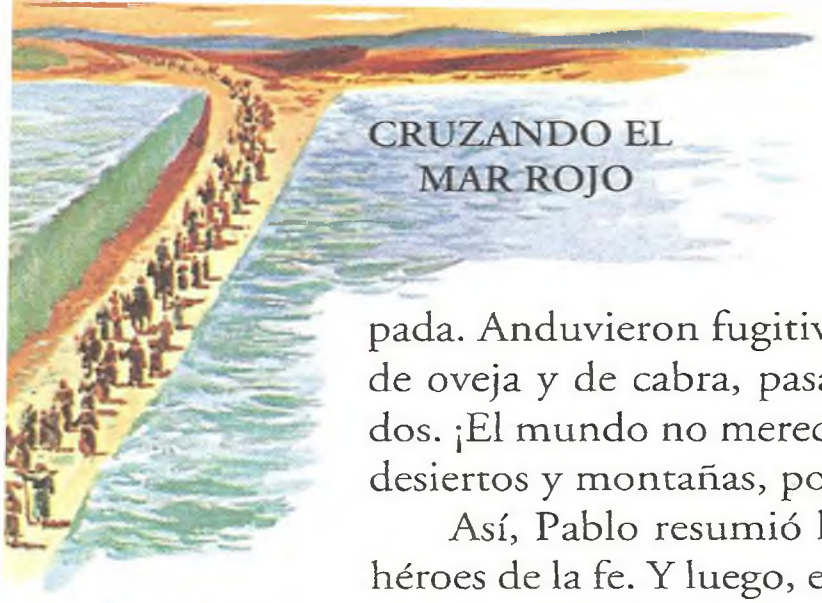
"Por la fe" el pueblo de Israel cruzó el Mar Rojo.

"Por la fe la prostituta Rajab" hospedó a los espías en Jericó.

"¿Qué más voy a decir? –preguntaba el apóstol–. Me faltaría tiempo para hablar de Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas, los cuales por la fe conquistaron reinos, hicieron justicia y alcanzaron lo prometido; cerraron bocas de leones, apagaron la furia de las llamas y escaparon del filo de la espada; sacaron fuerzas de flaqueza; se mostraron valientes en la guerra y pusieron en fuga a ejércitos extranjeros..."

Algunos, "fueron muertos a golpes... Otros sufrieron la prueba de burlas y azotes, e incluso de cadenas y cárceles. Fueron apedreados, aserrados por la mitad, asesinados a filo de es-





pada. Anduvieron fugitivos de aquí para allá, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, pasando necesidades, afligidos y maltratados. ¡El mundo no merecía gente así! Anduvieron sin rumbo por desiertos y montañas, por cuevas y cavernas".

Así, Pablo resumió la conmovedora historia de los grandes héroes de la fe. Y luego, extrajo una lección. En vista de tan magníficos ejemplos de lealtad, "rodeados de una multitud tan grande de testigos" a quienes podemos imitar, ¿cómo podía pensar alguien en abandonar la fe?

Al contrario, les dijo, "despojémonos del lastre que nos estorba, en especial del pecado que nos asedia, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante. Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe, quien por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza que ella significaba, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios".

Y ese es un consejo muy importante también para hoy. Cuando comenzamos a sentirnos desanimados, debemos tratar de pensar en otros que sufrieron mucho más que nosotros a causa de su fe. Y no solo eso, sino que debemos mirar a Jesús, que sufrió tanto por nuestra salvación, y que ahora se halla entronizado a la diestra de Dios ansioso de animarnos.

¡Sigamos adelante!

Dios es amor

(Santiago, 1 Pedro, 2 Pedro y 1 Juan)

LOS últimos siete libros de la Biblia –aparte del libro de Apocalipsis–, en realidad son seis cartas breves. Una de ellas fue escrita por Santiago, el hermano de Jesús; Dos de ellas fueron escritas por Pedro, tres por Juan y una por el propio hermano de Cristo, Santiago. Además, hay otra que fue escrita por el hermano de Santiago, Judas.

Algunos piensan que este Santiago fue el que llegó a ser líder del concilio de la Iglesia Cristiana de Jerusalén; y lo cierto es que su carta está llena de buenos consejos, propios de una persona de experiencia. En ella dice que los miembros deben alegrarse cuando padecen dificultades, porque al vencer en ellas, llegan a ser cristianos más fuertes.

Si carecen de sabiduría, deben pedírsela a Dios. Además, les dijo que todos los cristianos "deben estar listos para escuchar, y ser lentos para hablar y para enojarse". Para él, la religión pura consistía en "atender a los huérfanos y a las viudas... y conservarse limpio de la corrupción del mundo". De esto se trataba, dijo, la religión pura.

Pero el mejor consejo que conservamos de Santiago es el que dio con respecto al uso de la lengua. Se me ocurre que él mismo debe haber sufrido más de una vez a causa de las murmuraciones y chismes.

"Ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan –les dijo–... los barcos... se gobiernan por un pequeño timón... pero nadie puede domar la lengua". Ese órgano, aunque pequeño, es capaz de originar grandes dificultades, así como un fuego diminuto basta para quemar un gran bosque. Solo Dios puede ayudarnos a dominar la lengua. Y para ello debemos recibir de él "la sabiduría que desciende del cielo" que es "ante todo pura, y además pacífica, bondadosa, dócil, llena de compasión y de buenos frutos, imparcial y sincera".

"No hablen mal unos de otros –escribió Santiago–. No se quejen unos de otros... no juren". Y es la sabiduría de Dios la que impedirá que caigamos en esas faltas.

Tal vez tú y yo necesitemos más de esta sabiduría celestial para impedir que nuestra lengua pronuncie palabras inconvenientes.

Las dos cartas de Pedro son muy interesantes porque el apóstol vivió con Jesús durante tres años y medio. Y en sus escritos se nos confirma el cuadro de un Salvador bondadoso y amante, que obtenemos al leer los cuatro evangelios.

"Ustedes fueron rescatados de la vida absurda que heredaron de sus antepasados –escribió a los cristianos–... no se pagó con cosas perecederas, como el oro o la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin mancha". "Abandonando toda maldad y todo engaño, hipocresía, envidias y toda calumnia".

El Señor Jesús, dijo Pedro, nos ha dejado un ejemplo de paciencia. "Cuando proferían insultos contra él, no replicaba con insultos; cuando padecía, no amenazaba". Por eso, dijo el apóstol, debiéramos ador-

narnos no con joyas exteriores sino con "un espíritu suave y apacible". Esta belleza "sí que tiene mucho valor delante de Dios".

"En fin –les rogó–, vivan en armonía los unos con los otros; compartan penas y alegrías, practiquen el amor fraternal, sean compasivos y humildes".

Puesto que estaba seguro de que Cristo volvería en gloria para purificar la tierra con fuego, pregunta en su segunda carta: "¿no deberían vivir ustedes como Dios manda, siguiendo una conducta intachable y esperando ansiosamente la venida del día de Dios?"

Esta es una buena pregunta para que nos la hagamos a nosotros mismos.

Pasando ahora a las tres cartas de Juan, descubrimos que revelan el mismo espíritu bondadoso que le ganó los apodos de "el discípulo amado" y "el discípulo del amor".

En su primera epístola, encontramos la prueba que permite señalar al verdadero cristiano: "Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos". Sí, es el amor lo que más le interesa a Dios: el amor demostrado en acciones bondadosas, amigables y compasivas.

"Queridos hijos –escribió Juan–, no amemos de palabra ni de labios para afuera, sino con hechos y de verdad".

"Queridos hermanos –dice más adelante–, amémonos los unos a los otros, porque el amor viene de Dios, y todo el que ama ha nacido de él y lo conoce. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor".

Estas tres breves palabras son las más hermosas de todas las que se encuentran en las Sagradas Escrituras. Y lo interesante es que no aparecen sino hasta el mismo final de la Biblia. Sin embargo, expresadas de una u otra manera, se las encuentra en todos los libros de las

Escrituras, desde el Génesis hasta las epístolas de Juan.

Cuando Adán recorría el jardín perfecto que el Señor le había dado como morada, me imagino que más de una vez debe haberse dicho a sí mismo: "Dios es amor".

Cuando el arca se asentó por fin en el monte Ararat, Noé bien puede haberle dicho a su familia: "Dios es amor".

Cuando Moisés recibió las tablas de la ley de manos de Dios, en el monte Sinaí, debe haber pensado: "Dios es amor".

Cuando el pueblo de Israel entró en la tierra prometida, sus canciones de agradecimiento expresaban: "Dios es amor".

Cuando los israelitas volvieron del cautiverio en Babilonia, dijeron otra vez, aunque con diferentes palabras: "Dios es amor".

Cuando los profetas comunicaban sus llamamientos y advertencias, estaban diciendo, en realidad: "Dios es amor".

Cuando Jesús vino a vivir entre los hombres, demostró, mediante sus palabras y sus hechos, que Dios es amor.

Y cuando se lo vio colgado de la cruz del Calvario, ya no hubo más duda de que Dios es amor.

Sí, todo el glorioso plan de redención puede resumirse en estas tres de las más sencillas pero grandiosas palabras del idioma Español: Dios es amor.

CUARTA PARTE

Historias del

Triunfo Final de Cristo

(Apocalipsis 1:1 a 22:21)

La voz detrás de ti

(Apocalipsis 1:1-18)

DURANTE los primeros 50 años luego de la crucifixión de Jesús, el evangelio de su amor fue llevado a los extremos del Imperio Romano por sus fieles seguidores. Aparecían grupos de cristianos en todas las principales capitales. El mensaje llegó tan lejos, que Pablo llegó a decir que el mensaje había "sido proclamado en toda la creación debajo del cielo".[1]

Pero no todos recibían con agrado las buenas noticias del evangelio. Muchas personas se negaron a aceptar a Jesús como su Salvador. No querían cambiar su vida. No abandonarían sus hábitos dañinos. Con enojo, se volvieron contra los cristianos y los atacaron de todas las formas posibles.

Ya para el año 90 d.C., todos los apóstoles menos uno habían muerto; muchos de ellos violentamente. El único que quedaba con vida era Juan, que se hallaba exiliado en la isla de Patmos, situada en el mar Egeo, cerca de la costa del Asia Menor. Retrocedamos en la historia y vayamos a visitarlo.

Es sábado, el "día del Señor", y Juan se halla sentado sobre una roca, mirando hacia el ancho mar azul. Ya no es más el joven pescador que una vez oyera el llamamiento de Jesús junto al mar de Galilea, sino un anciano cuyo rostro, surcado de arrugas, se halla

← ILUSTRACIÓN DE J. SCHLAIKJER, N.A.

Durante su solitario exilio en Patmos, el apóstol Juan recibió una visión del avance del evangelio hasta el momento en que la Nueva Jerusalén descenderá majestuosamente del cielo.

enmarcado por barba y cabellos blancos. Solitario, separado de todos sus amigos, medita en el pasado.

¡Qué recuerdos se agolpan en su memoria! ¡El primer encuentro con Jesús! ¡Aquellos ojos bondadosos del Maestro! ¡Su voz suave y amorosa! ¡Su fervorosa invitación: "Vengan, síganme"!

Luego, recuerda los años de hermoso compañerismo. ¡Qué magnífico amigo había sido Jesús! Sin lugar a dudas, el alma más noble y gentil que jamás haya vivido sobre la tierra. ¡Con cuánta bondad había atendido las necesidades de los pobres y enfermos! ¡Qué gozo y qué paz había dejado siempre en los corazones de los hombres junto a quienes pasaba! Parecía imposible creer que hubiera habido personas lo suficientemente crueles como para crucificarlo. Y sin embargo, así había ocurrido.

El apóstol recuerda entonces el juicio de Jesús y la desgarradora marcha hacia el Gólgota. Los clavos que atraviesan sus manos y sus pies. Sus bondadosas palabras: "Padre... perdónalos, porque no saben lo que hacen".[2] Su ternura hacia el ladrón arrepentido. El último acto de bondad hacia su madre. "Ahí tienes a tu madre",[3] le había dicho, y Juan se había encargado de cuidar y proteger a María hasta su muerte.

Entonces recuerda la resurrección. ¿Podía acaso olvidarse de la mañana en que habían ido corriendo con Pedro hasta la tumba y de cómo la habían encontrado vacía? ¿Y el momento emocionante en que Jesús apareció entre sus discípulos diciéndoles: "¡La paz sea con ustedes!"?[4]

No mucho después de eso, el Maestro se había ido al cielo. Juan todavía podía recordarlo elevándose más y más, hasta que "una nube lo ocultó de su vista".[5] Aún podía sentir el vacío y la soledad que experimentó en ese momento, y también la ola de esperanza que se alzó

en su corazón cuando los dos varones vestidos de blanco les comunicaron las animadoras nuevas: "Este mismo Jesús, que ha sido llevado de entre ustedes al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse".[6]

Pero ya habían pasado 60 años, y el Maestro no había vuelto. ¿Por qué? ¿Se habría olvidado de su promesa?

Es una pena que el Señor haya permanecido ausente durante tanto tiempo, piensa Juan. ¡Tantas cosas habían ido mal durante su ausencia! Santiago había sido muerto; también Pedro, cabeza abajo, según decían. Pablo mismo había desaparecido decapitado fuera de las murallas de Roma. Todos los demás discípulos, piensa Juan, yacían en sus sepulturas, y a él mismo no le faltaba mucho para ir al descanso. Jesús no había vuelto. Y no se recibía ningún mensaje, ninguna señal del cielo. Nada sino silencio. ¡Sesenta años de silencio! ¿Por qué? ¿Por qué?

Repentinamente, Juan oye "una voz fuerte, como de trompeta". El apóstol mira a su alrededor, sorprendido. Y allí, justamente a sus espaldas, ve a Jesús. No hay duda alguna de que es él. Aunque su cabellera lucía "blanca como la lana, como la nieve" ; "sus ojos resplandecían como llama de fuego"; "sus pies parecían bronce al rojo

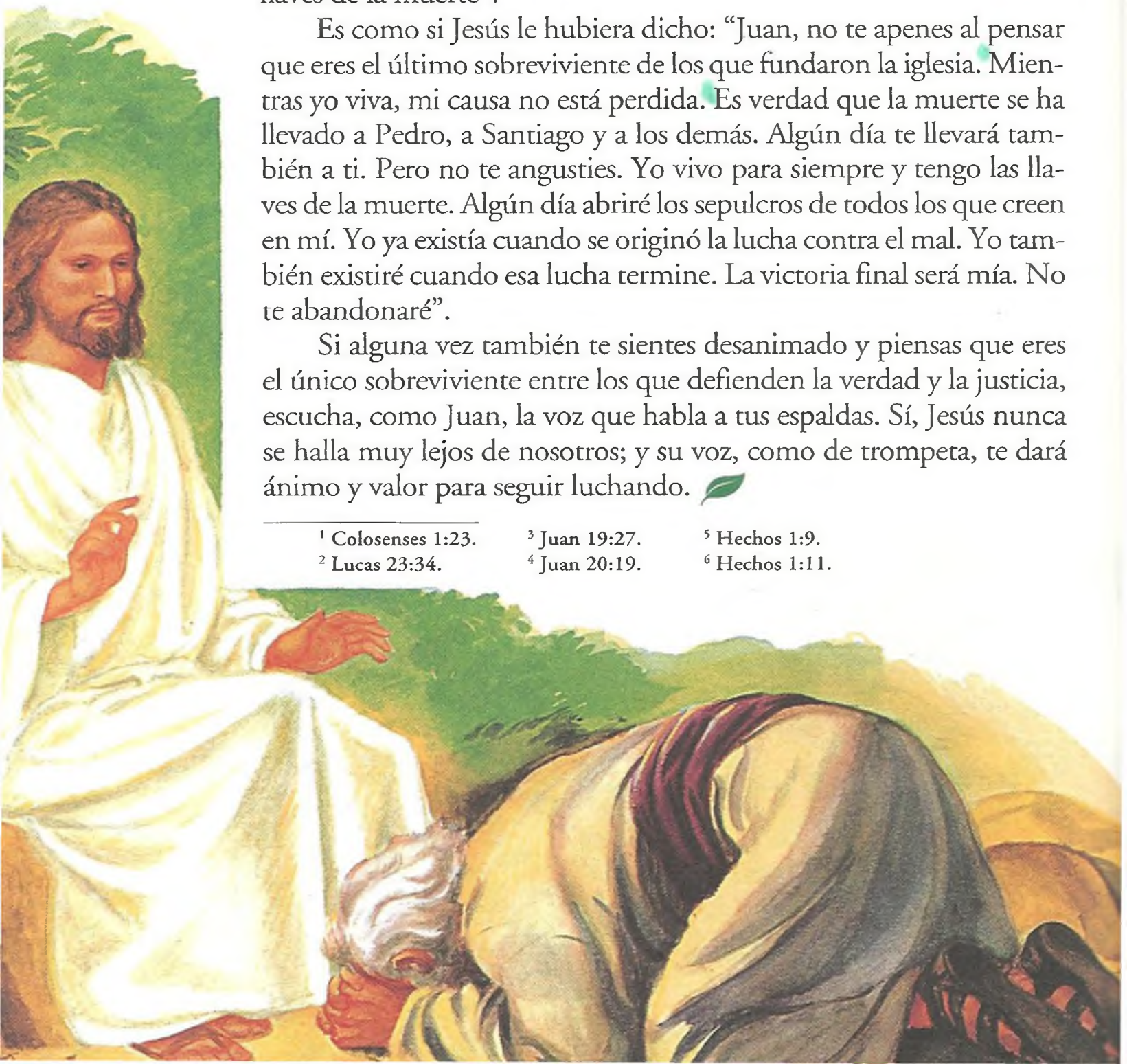
vivo en un horno, y su voz era tan fuerte como el estruendo de una catarata", se trata del mismo querido Señor a quien él ama y conoce tan bien.

Aturdido por la alegría, Juan se postra a los pies de su Maestro. Y Jesús bondadosamente le dice:

–"No tengas miedo. Yo soy el Primero y el Último, y el que vive. Estuve muerto, pero ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte".

Es como si Jesús le hubiera dicho: "Juan, no te apenes al pensar que eres el último sobreviviente de los que fundaron la iglesia. Mientras yo viva, mi causa no está perdida. Es verdad que la muerte se ha llevado a Pedro, a Santiago y a los demás. Algún día te llevará también a ti. Pero no te angusties. Yo vivo para siempre y tengo las llaves de la muerte. Algún día abriré los sepulcros de todos los que creen en mí. Yo ya existía cuando se originó la lucha contra el mal. Yo también existiré cuando esa lucha termine. La victoria final será mía. No te abandonaré".

Si alguna vez también te sientes desanimado y piensas que eres el único sobreviviente entre los que defienden la verdad y la justicia, escucha, como Juan, la voz que habla a tus espaldas. Sí, Jesús nunca se halla muy lejos de nosotros; y su voz, como de trompeta, te dará ánimo y valor para seguir luchando.



[1] Colosenses 1:23. [2] Lucas 23:34. [3] Juan 19:27. [4] Juan 20:19. [5] Hechos 1:9. [6] Hechos 1:11.

Vencedores con Cristo

(Apocalipsis 1:19 a 3:22)

CRISTO no apareció en Patmos solo para consolar a su fiel anciano discípulo. También tenía un mensaje para su iglesia, y sabía que Juan era el indicado para transmitirlo.

–"Escribe en un libro lo que veas –le dijo– y envíalo a las siete iglesias: a Éfeso, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardis, a Filadelfia y a Laodicea".

Estos eran los nombres de siete ciudades de aquel tiempo en las que la fe cristiana se había arraigado. En cada una de ellas había un grupo de creyentes que estaban testificando por Cristo.

Todos estos grupos, o iglesias, eran muy queridos para el Maestro. Y al presentárselas en visión al apóstol, el Señor las representó con "siete candelabros de oro" cuya luz potente brillaba entre las tinieblas del paganismo. Y Jesús mismo caminaba continuamente entre ellas, observando con el más profundo interés todo lo que hacían y todo lo que les ocurría.

Jesús estaba preocupado acerca de algunas de ellas porque sus luces no eran tan brillantes como debieran. Algunos miembros de esas iglesias habían perdido su primer entusiasmo. Otros ha-

bían permitido que la mundanalidad entrara en su corazón. Por eso, les envió palabras de reproche y advertencia, mientras al mismo tiempo trataba de animarlos a vivir correctamente, prometiéndoles riquísimas recompensas si eran fieles.

En efecto, a los que vencieran el mal y se sobrepusieran a toda tentación, les prometió siete magníficas bendiciones.

A los miembros de Éfeso, les dijo: "Al que salga vencedor le daré derecho a comer del árbol de la vida, que está en el pa-

ILUSTRACIÓN DE GUILLERMO HUTCHINSON

raíso de Dios".

Deseaba recordarles que, aunque sufrieran mucho por él en esta vida, recibirían una amplia recompensa en la vida futura. El paraíso, el hermoso Edén, sería su hogar, y el fruto del árbol de la vida su alimento por toda la eternidad.

A cada cristiano perseguido de Esmirna, prometió: "Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida... El que salga vencedor no sufrirá daño alguno de la segunda muerte".

Si alguien era muerto a causa de su fidelidad hacia él, Jesús lo resucitaría en la primera resurrección para no morir nunca más.

A la iglesia de Pérgamo, el Señor dijo: "Al que salga vencedor le daré del maná escondido, y le daré también una piedrecita blanca en la que está escrito un nombre nuevo que sólo conoce el que lo recibe".

En el lugar santísimo del tabernáculo que los israelitas tenían en el desierto, había un recipiente con maná, símbolo del alimento espiritual que Dios provee a su pueblo. A los fieles de Pér-

gamo les aseguró el Señor que recibirían siempre todo el alimento que necesitaran. El regalo de la piedrecita blanca tiene que ver con una hermosa costumbre antigua. La entrega de una piedrecita así era símbolo de amistad y hospitalidad. Esto quería decir que el vencedor cristiano puede tener la certeza de la amistad de Cristo.

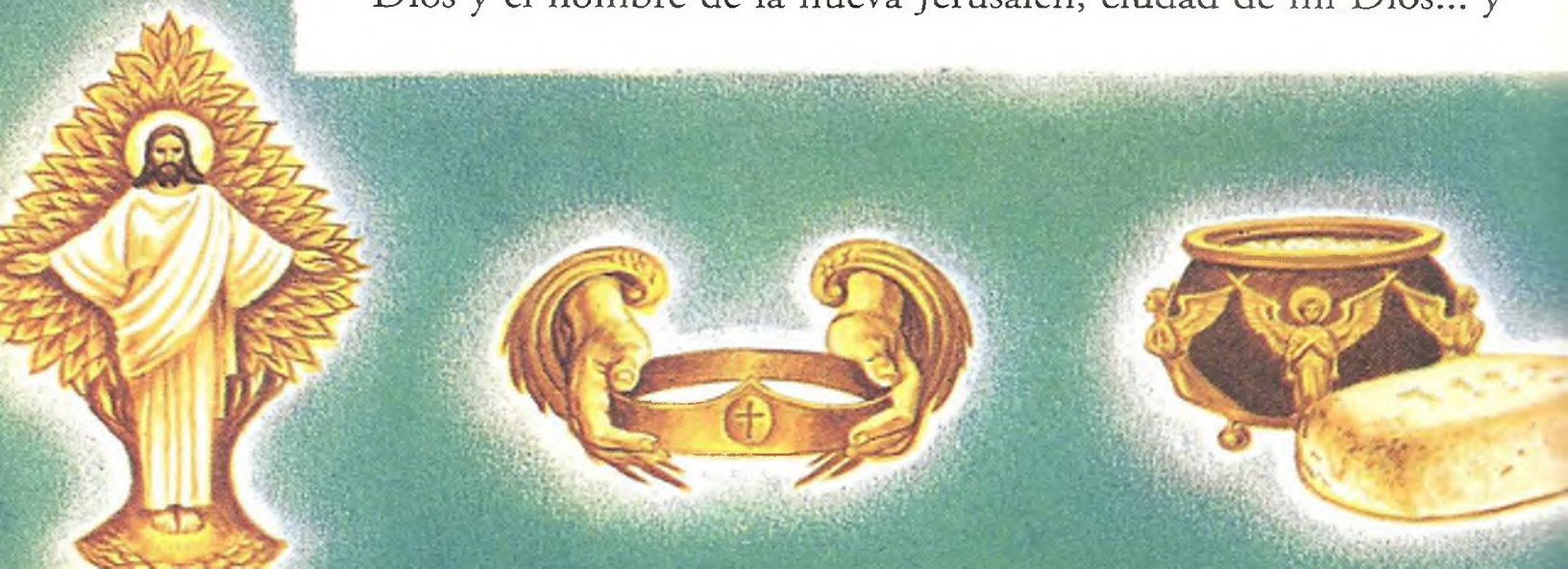
A Tiatira se le prometió: "Al que salga vencedor y cumpla mi voluntad hasta el fin, le daré autoridad sobre las naciones... También le daré la estrella de la mañana".

Con estas palabras se aseguró a los fieles que compartirían la victoria final de Cristo. Si sufrían por él, reinarían con él. Además, llegarían a poseer la estrella de la mañana, que representa a Cristo mismo.

A Sardis, dijo: "El que salga vencedor se vestirá de blanco. Jamás borraré su nombre del libro de la vida, sino que reconoceré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles".

Esta era otra gloriosa promesa de victoria futura y de recompensa eterna. No solo se conservarían eternamente los nombres de los fieles en el libro de la vida, sino que también Cristo hablaría personalmente de su lealtad ante el Padre y los ángeles, asegurándoles de esa manera una bienvenida real en las cortes celestiales.

A los vencedores de la iglesia de Filadelfia se les prometió: "Al que salga vencedor lo haré columna del templo de mi Dios, y ya no saldrá jamás de allí. Sobre él grabaré el nombre de mi Dios y el nombre de la nueva Jerusalén, ciudad de mi Dios... y



también grabaré sobre él mi nombre nuevo".

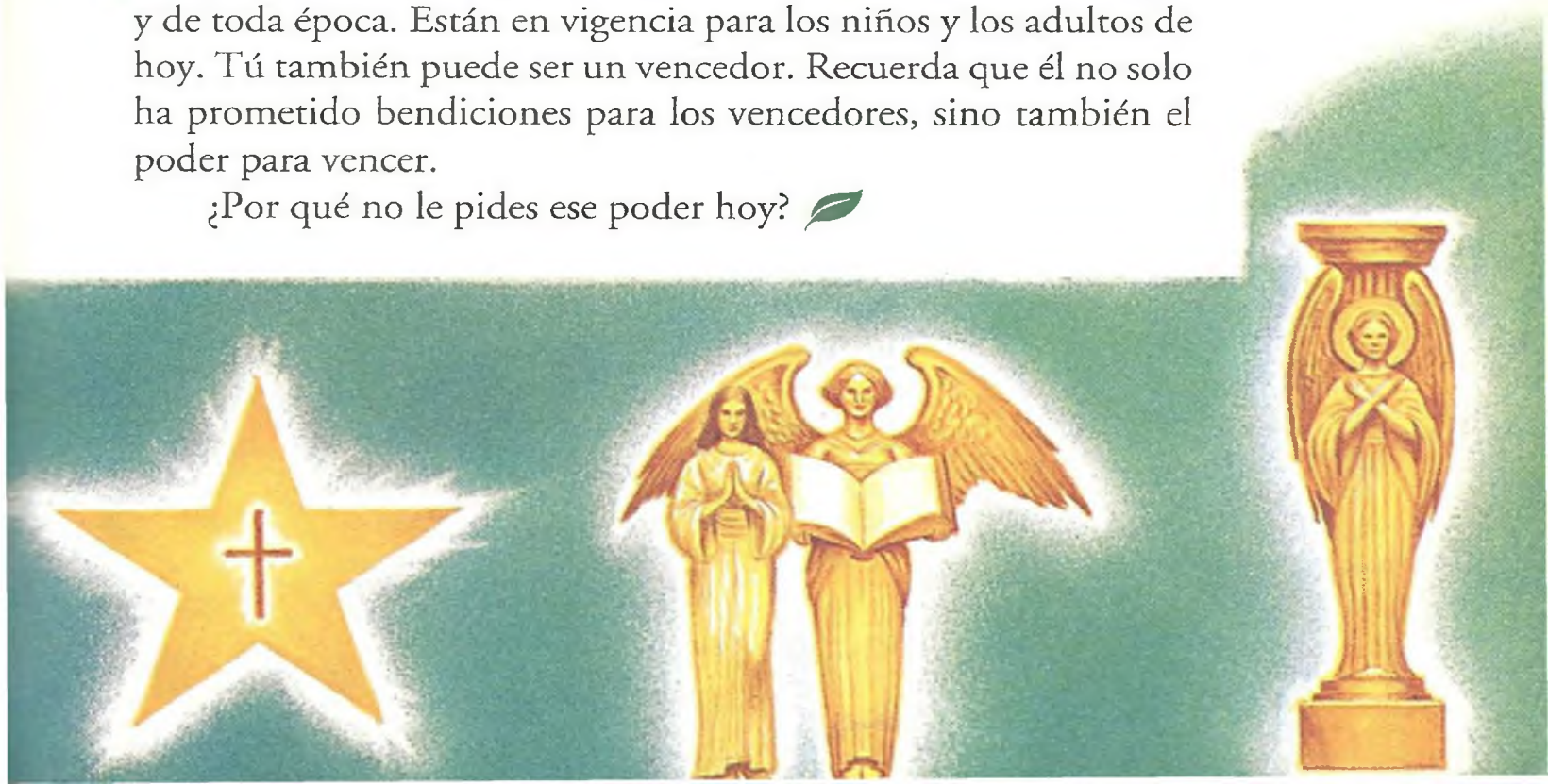
Esta era una maravillosa promesa. El cristiano que venciera tendría una inscripción con el nombre de Dios y con la dirección de su hogar celestial. De esa manera, no habría duda alguna acerca de a quién pertenecía ni adónde se dirigía. Sería como una carta en cuyo rótulo se leyera: "Tierra Nueva - Entrega Inmediata", y Dios mismo se encargaría de que este envío precioso llegara rápidamente y sin inconvenientes a su destino, el cielo.

Por último, el Señor prometió a los miembros de la iglesia de Laodicea: "Al que salga vencedor le daré el derecho de sentarse conmigo en mi trono, como también yo vencí y me senté con mi Padre en su trono".

Es como si Cristo hubiera dicho: "Lo mejor de lo que tengo será tuyo". Esto quería decir que el Señor estaba dispuesto a hacer cualquier cosa en favor de quienes le fueran fieles. ¿Podría acaso ofrecer algo más grande a sus seguidores que compartir su trono divino con él?

Por supuesto, estas magníficas promesas no fueron dadas solamente a los miembros de las siete iglesias del Asia Menor. No, son promesas válidas para los vencedores cristianos de todo lugar y de toda época. Están en vigencia para los niños y los adultos de hoy. Tú también puede ser un vencedor. Recuerda que él no solo ha prometido bendiciones para los vencedores, sino también el poder para vencer.

¿Por qué no le pides ese poder hoy?



Hay Alguien a la puerta

(Apocalipsis 3:20)

—¡MAMÁ! ¡Hay alguien a la puerta!

¡Cuántas veces habrás dicho esto cuando escuchaste que alguien llamaba a la puerta en tu casa! Y tantas otras veces mamá ha salido rápidamente de la cocina, peinándose un poco o secándose las manos con un paño de cocina. Quizá te haya dicho:

–Apúrate, junta tus juguetes, arregla las cosas, quizá sea el pastor.

Pero, finalmente, el visitante resultó ser el cartero, o un vendedor ambulante, o el vecino que venía a pedir la cortadora de césped. Siempre genera curiosidad saber quién está llamando a la puerta, porque nunca se sabe quién ha venido a visitarnos.

Suponte que al abrir la puerta cierto día te encuentres con el Señor Jesús parado frente a ella... ¡Esa sí que sería una sorpresa!, ¿verdad? ¿Qué harías entonces? ¿Qué dirías?

Y lo que te digo no es imposible, porque en su mensaje a la iglesia de Laodicea, Jesús dijo: "Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré, y cenaré con él, y él conmigo".

Hay Alguien A La Puerta

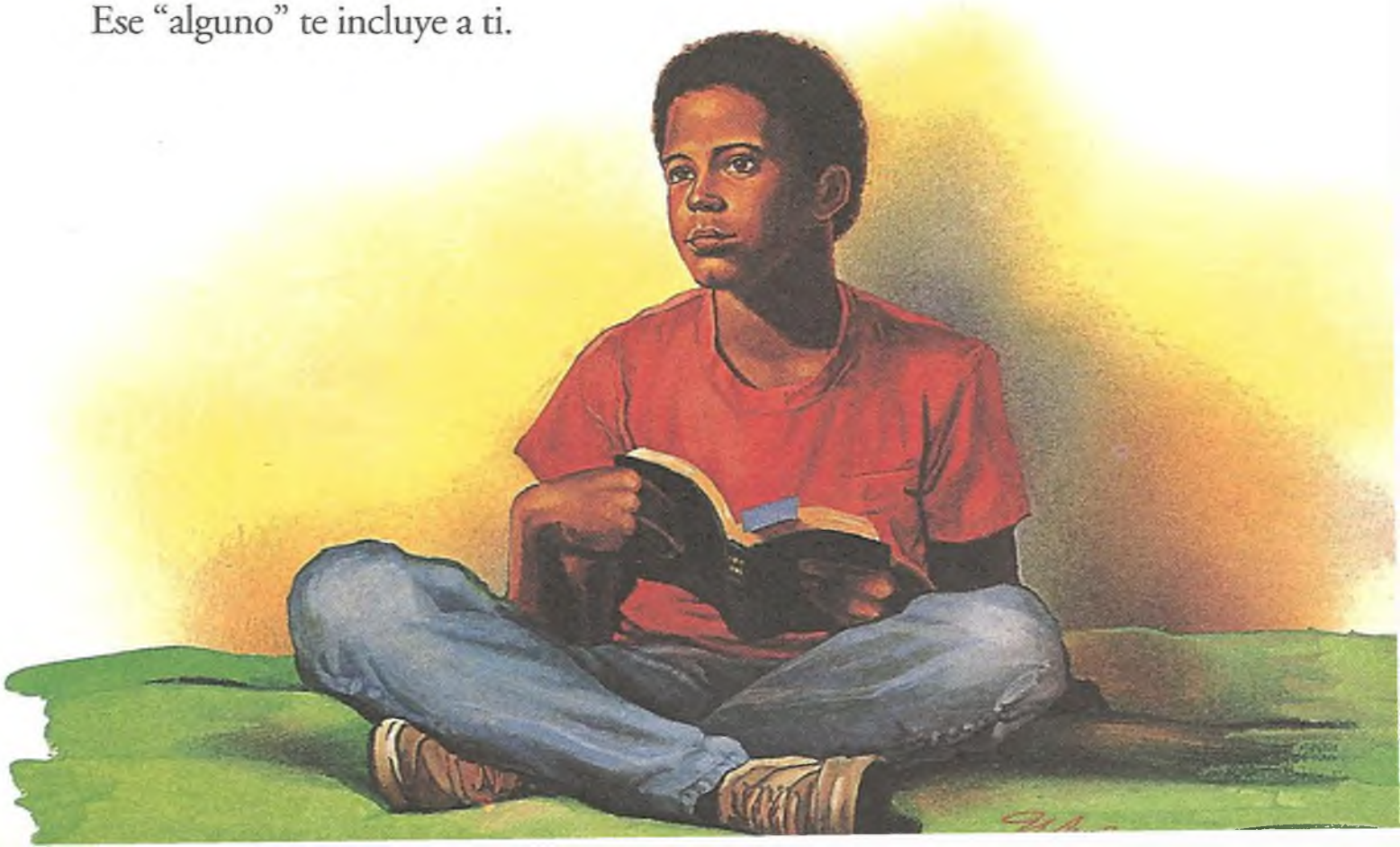
¡Qué hermoso cuadro! ¡Jesús aguardando frente a una puerta! Llamando suavemente. Esperando que alguien venga a abrir. Ansioso de entrar. Esperando oír el clic del cerrojo y las palabras de bienvenida.

Por supuesto, en esas palabras Jesús se estaba refiriendo a la puerta del corazón. De esa manera expresó su deseo de que todos los miembros de la iglesia –ricos y pobres, ancianos y jóvenes, padres e hijos– supieran que él deseaba venir a vivir con ellos para siempre. Ansiaba hacer morada en cada corazón. Sin embargo, la promesa no era solo para los laodicenses.

Jesús había dicho esto mismo a sus discípulos sesenta años antes, y el mismo Juan lo había escrito: "El que me ama, obedecerá mi palabra, y mi Padre lo amará, y haremos nuestra vivienda en él".*

¡Qué preciosa promesa! Si "alguno" –algún hombre, alguna mujer, algún niño, alguna niña– lo desea, Dios vendrá a vivir en su corazón. Es probable que esto te parezca difícil, pero debe ser verdad, porque muchos años después repitió lo mismo: "Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré, y cenaré con él, y él conmigo".

Ese "alguno" te incluye a ti.



El Señor no abrirá la puerta por la fuerza. Es demasiado cortés para hacerlo. Además, solo puede abrirse de adentro. ¿No te parece que alguien está llamando ahora? ¡Sí, hay Alguien a la puerta! Alguien que es puro amor y bondad.

¡No lo hagas esperar afuera mientras arreglas las cosas! Corre hacia la puerta, ábrela de par en par y dile al recién llegado: "¡Señor Jesús, me alegro mucho de que hayas venido! ¡Ven a vivir en mi corazón para siempre!"

---

* Juan 14:23.

El trono de Dios

(Apocalipsis 4; 5)

EN el instante en que Juan pensaba en que Jesús estaba llamando a la puerta de su corazón, elevó su mirada, y allí vio una puerta abierta en el cielo.

–"Sube acá –le dijo Jesús–: voy a mostrarte lo que tiene que suceder después de esto".

Juan no necesitó una segunda invitación. Estaba ansioso por conocer el cielo y descubrir qué sucedería en el futuro. Así que comenzó a mirar por esa puerta abierta y ¡qué panorama maravilloso contempló!

En el centro se hallaba el trono de Dios, un espectáculo tan glorioso que apenas pudo encontrar palabras para describirlo. Del trono procedía una luz extraordinaria, y a su alrededor había un arco iris que "se asemejaba a una esmeralda". Frente a él había "un mar de vidrio, como de cristal transparente", y alrededor había veinticuatro tronos menores en los que "estaban sentados veinticuatro ancianos vestidos de blanco y con una corona de oro en la cabeza".

Entonces, Juan observó cuatro extraños seres vivientes tales como nunca había visto antes. Uno era parecido a un león, otro semejante a un toro, otro se parecía a un hombre y el cuarto era semejante a un águila; y cada uno de ellos... estaba cubierto de ojos, por encima y por debajo" como si estuvieran observando todo lo que pasaba. Estos cuatro seres vivientes no cesaban de cantar diciendo: "¡Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era y que es y que ha de venir".

Lo que atrajo inmediatamente la atención de Juan fue el glorioso Ser sentado sobre el trono, que tenía en su mano derecha "un rollo escrito por ambos lados y sellado con siete sellos".

Este debe estar el relato de los acontecimientos futuros, que Jesús ha prometido contarme, pensó el apóstol. Y estaba en lo cierto. Sin embargo, alguien tenía que abrir el rollo. Mientras pensaba en eso, oyó que un ángel decía en voz potente:

–"¿Quién es digno de romper los sellos y de abrir el rollo?"

Nadie respondió. Parecía que el rollo iba a permanecer cerrado. Tan desilusionado se sintió Juan, que comenzó a llorar. Entonces, una voz le dijo:

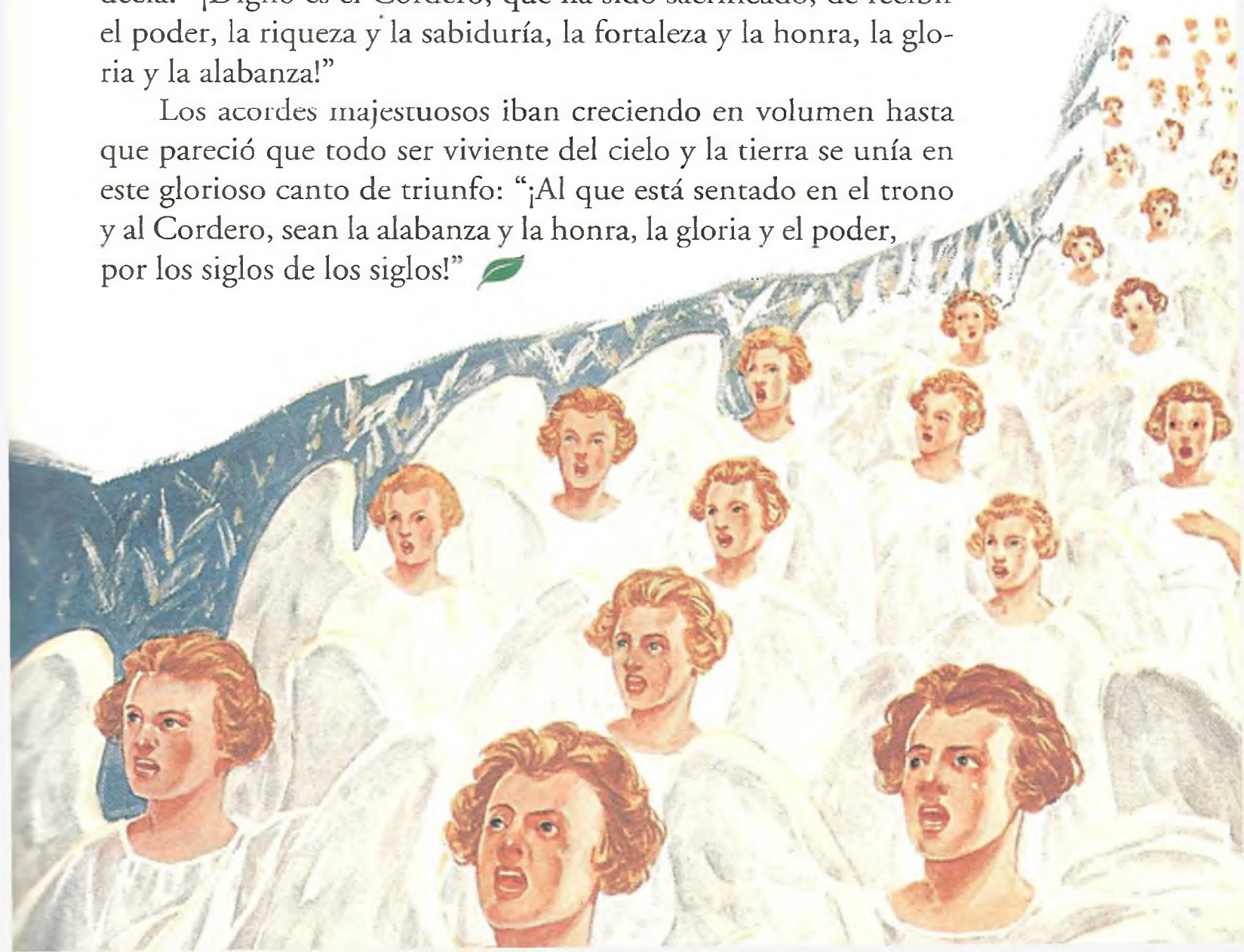
–"¡Deja de llorar, que ya el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha vencido! Él sí puede abrir el rollo y sus siete sellos".

Juan miró a su alrededor para ver al león, pero en cambio vio a un "Cordero que estaba de pie y parecía haber sido sacrificado".

Por supuesto, se trataba de un símbolo de Jesús; y cuando este Ser se dispuso a abrir el rollo, los 24 ancianos comenzaron a entonar una nueva canción que decía: "Digno eres de recibir el rollo escrito y de romper sus sellos, porque fuiste sacrificado, y con tu sangre compraste para Dios gente de toda raza, lengua, pueblo y nación. De ellos hiciste un reino; los hiciste sacerdotes al servicio de nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra".

Luego de esto, Juan escuchó la más hermosa música que alguna vez hubiera oído. Provenía de un coro enormemente grande formado por "millares de millares y millones de millones" de ángeles. Eran tantos, que parecían llenar completamente el cielo. El cántico que entonaban era un aleluya celestial que decía: "¡Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y la honra, la gloria y la alabanza!"

Los acordes majestuosos iban creciendo en volumen hasta que pareció que todo ser viviente del cielo y la tierra se unía en este glorioso canto de triunfo: "¡Al que está sentado en el trono y al Cordero, sean la alabanza y la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos!"



Los caballos de la historia

(Apocalipsis 6; 8:1)

CUANDO Jesús comenzó a abrir los sellos y desenrollar el libro, fue como si hubiera encendido el televisor. Una imagen tras otra pasaron ante los ojos de Juan, y cada una era un símbolo de lo que sucedería en el futuro.

Primero, vio "¡un caballo blanco! El jinete llevaba un arco; se le dio una corona, y salió como vencedor, para seguir venciendo".

El apóstol reconoció en seguida al jinete, pues era Jesús mismo. El caballo representaba a su iglesia, gloriosamente blanca en la pureza de su primer amor, que avanzaba a galope tendido difundiendo el evangelio por el Imperio Romano.

Cuando el Señor abrió el segundo sello, "salió otro caballo, de color rojo encendido. Al jinete se le entregó una gran espada; se le permitió quitar la paz de la tierra y hacer que sus habitantes se mataran unos a otros".

Juan debe haberse preguntado qué significaba todo esto. Sin embargo, más intrigado se sintió cuando, al abrirse el tercer sello, vio "¡un caballo negro! El jinete tenía una balanza en la mano".

La cuarta escena fue todavía más extraña, porque en ese mo-

mento "¡apareció un caballo amarillento! El jinete se llamaba Muerte, y el Infierno lo seguía de cerca. Y se les otorgó poder... para matar por medio de la espada, el hambre, las epidemias y las fieras de la tierra".

No se nos dice si Jesús explicó o no el significado de estas escenas a Juan; pero al mirar nosotros hacia atrás en el tiempo, podemos comprender lo que significaban. Los cuatro jinetes, junto con sus cabalgaduras, simbolizaban anticipadamente la historia de la iglesia de Cristo durante los siguientes 1.500 años o más.

Estos caballos simbólicos mostraban cómo la iglesia, una vez pura y hermosa, llegaría a perder su primer amor y a mundanalizarse al tratar de obtener el apoyo del estado en vez de buscar el poder de Dios. Mostraban luego cómo olvidaría que el evangelio es un don gratuito, y comenzaría a vender sus bendiciones a cambio de dinero. Finalmente, aquella iglesia llegaría a ser algo tan contrario a lo que Jesús deseaba que fuera, que en lugar de dar vida, perseguiría y mataría a millones.

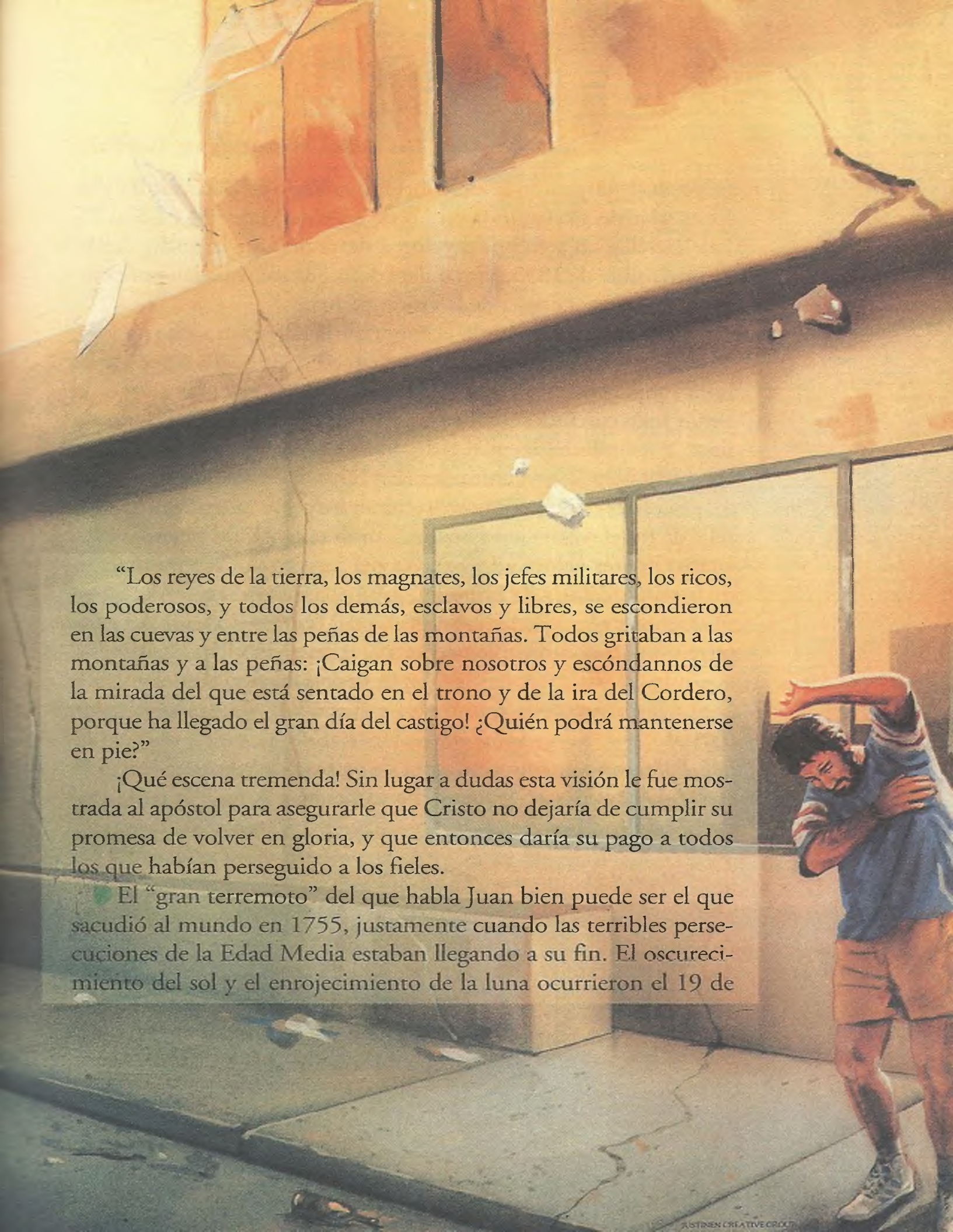
Es admirable ver cómo Jesús podía saber con mucha anticipación lo que iba a ocurrir. Y, en efecto, la historia muestra cómo la iglesia que él había fundado fue decayendo a causa del pecado, tal como el Señor lo había dicho.

Si las imágenes sucesivas que iba viendo Juan se hubieran de-

tenido aquí, el apóstol habría pensado que la predicación del evangelio fracasaría por completo y que Satanás vencería al final del largo conflicto entre el bien y el mal. Pero por fortuna no ocurrió así.

Cuando se abrió el quinto sello, Juan contempló en visión a los fieles seguidores de Jesús que habían sido muertos a causa de su amor y lealtad al Maestro. También oyó una voz que decía a estos mártires que tuvieran paciencia "un poco más, hasta que se completara el número" de los que serían salvos. No, Dios no los había olvidado. Muy pronto recibirán la recompensa.

Al abrirse el sexto sello "se produjo un gran terremoto. El sol se oscureció como si se hubiera vestido de luto, la luna entera se tornó roja como la sangre, y las estrellas del firmamento cayeron sobre la tierra, como caen los higos verdes de la higuera sacudida por el vendaval. El firmamento desapareció como cuando se enrolla un pergamino, y todas las montañas y las islas fueron removidas de su lugar.



"Los reyes de la tierra, los magnates, los jefes militares, los ricos, los poderosos, y todos los demás, esclavos y libres, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de las montañas. Todos gritaban a las montañas y a las peñas: ¡Caigan sobre nosotros y escóndannos de la mirada del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero, porque ha llegado el gran día del castigo! ¿Quién podrá mantenerse en pie?"

¡Qué escena tremenda! Sin lugar a dudas esta visión le fue mostrada al apóstol para asegurarle que Cristo no dejaría de cumplir su promesa de volver en gloria, y que entonces daría su pago a todos los que habían perseguido a los fieles.

El "gran terremoto" del que habla Juan bien puede ser el que sacudió al mundo en 1755, justamente cuando las terribles persecuciones de la Edad Media estaban llegando a su fin. El oscurecimiento del sol y el enrojecimiento de la luna ocurrieron el 19 de

mayo de 1780, como lo descubrimos cuando estudiamos las profecías relativas a la segunda venida de Jesús de Mateo 24 y Lucas 21. Las "estrellas" o aerolitos cayeron a tierra durante la noche del 13 de noviembre de 1833. Esto quiere decir que solo quedan por cumplirse las escenas finales de la visión de Juan.

¿Y qué ocurrió cuando el Señor abrió el séptimo sello?

El apóstol dice que "hubo silencio en el cielo como por media hora". ¿Silencio en el cielo? ¿Cómo es posible? ¿Por qué? Porque el Señor Jesús con todos sus ángeles se hallarán en viaje hacia el triunfo final. Y cuando regresen al cielo, junto con los redimidos, las cortes celestiales resonarán otra vez con himnos de alabanza.

Si todas estas escenas aparecieran sorpresivamente en la pantalla de tu televisor cierta noche, ¿cómo te sentirías? Si vieras a los cuatro jinetes galopando a través del tiempo, en representación de la triste historia de la iglesia, ¿qué pensarías? Si vieras el cumplimiento de las señales prometidas del regreso de Jesús –el gran terremoto, el oscurecimiento del sol, el enrojecimiento de la luna, la caída de los meteoritos–, ¿qué dirías? Y si vieras al mismo Señor Jesús descendiendo de los cielos con toda su gloria, ¿qué harías?

Es tiempo de que pensemos en estas cosas porque, con toda seguridad, ahora el Señor debe estar muy cerca, "a las puertas".*

* Mateo 24:33.

Dios marca a los suyos

(Apocalipsis 7:3)

ALGUNA vez has dividido una bolsa de caramelos entre un grupo amigos? Si es así, me imagino que los repartiste, diciendo:

–Uno para ti, otro para ti, y uno para mí.

Y después, ¿qué hiciste? Me imagino que tomaste los tuyos y les pusiste una marca, para poder distinguirlos de los demás.

En el capítulo 7 del libro de Apocalipsis, Juan nos dice que Dios también pondrá una marca. Justo antes del regreso en gloria de Jesús, enviará a un ángel poderoso alrededor del mundo para sellar a los siervos de Dios en sus frentes.

Por supuesto, esto no quiere decir que el Señor va a grabar un tatuaje en la cabeza de algunas personas. No, y por otra parte eso no tendría ningún significado. Lo que hará Dios será obrar de tal manera en la mente y el corazón de los hombres y mujeres, muchachos y niñas, que sus efectos se verán en la expresión gozosa de sus rostros y en la bondad de sus vidas. Gracias a esas señales, todo el mundo reconocerá que pertenecen a Dios. Y el Señor también lo sabrá.

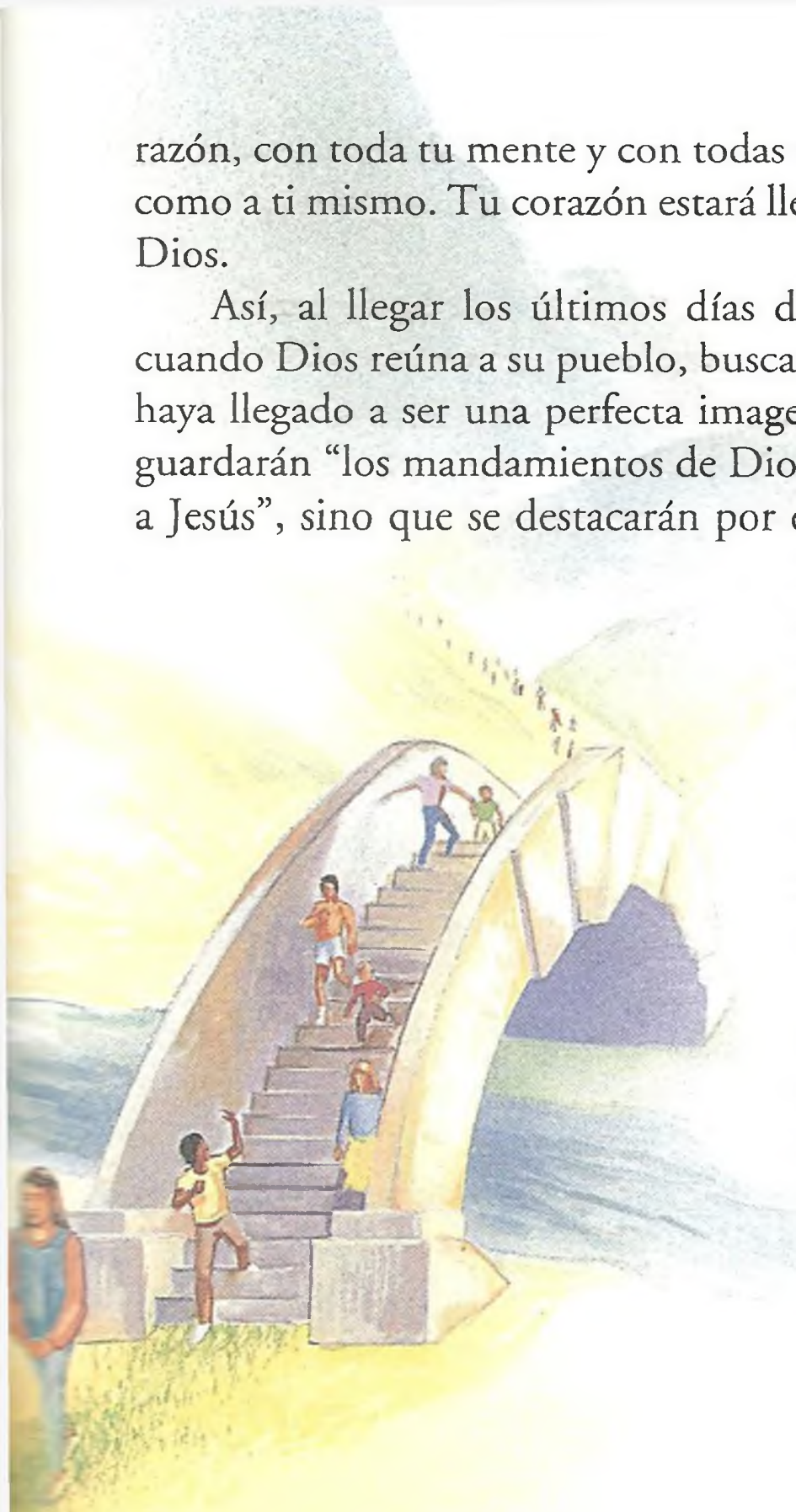
En este pasaje, no se nos dice exactamente cómo se hará el sellamiento; pero Pablo lo explicó a los efesios cuando les escribió diciéndoles que habían sido "marcados con el sello que es el Espíritu Santo prometido" (capítulo 1:13). Así es como Dios marca a los suyos. Y el Espíritu Santo no solo hace que las personas puedan nacer de nuevo espiritualmente, sino que también las hace avanzar paso a paso hasta que llegan a la perfecta unidad con el Señor.

¿Es posible saber que uno ha sido sellado? Solo podemos estar seguros de ello si nos entregamos totalmente a Dios y oramos cada día pidiéndole fortaleza para vivir en completa obediencia a su voluntad. Esto quiere decir que cada día tú tratarás de vivir una vida pura, limpia, hermosa, como el Señor desea. Significa que procurarás guardar sus mandamientos; sí, los 10 que forman su ley. Vale decir, que no exaltarás a ningún dios por encima del Señor; que nunca te inclinarás ante un ídolo de ninguna clase; que nunca tomarás su santo nombre en vano; que observarás el verdadero día de reposo; que honrarás a tu padre y a tu madre; que nunca matarás, ni cometerás adulterio; ni robarás, ni mentirás, ni codiciarás las posesiones de tu prójimo.

En otras palabras, amarás al Señor tu Dios con todo tu co-

razón, con toda tu mente y con todas tus fuerzas; y a tu prójimo como a ti mismo. Tu corazón estará lleno y rebosará del amor de Dios.

Así, al llegar los últimos días de la historia del mundo, cuando Dios reúna a su pueblo, buscará a aquellos cuyo carácter haya llegado a ser una perfecta imagen del suyo. Estos no solo guardarán "los mandamientos de Dios" y se mantendrán "fieles a Jesús", sino que se destacarán por el amor que sienten hacia Dios y los hombres. A cada uno de ellos el Señor les dirá: "Tú eres mío; y tú, y tú, y tú".



"El día que yo actúe –dice Dios– ellos serán mi propiedad exclusiva" (Malaquías 3:17).

¿Te encontrarás tú en ese grupo feliz? ¿Permitirás que Dios te marque como posesión suya? ¿Dejarás que él te selle para su reino eterno?

El último mensaje de amor

(Apocalipsis 14:6-14)

MIENTRAS Jesús conversaba con Juan en la Isla de Patmos, habló una y otra vez de su segunda venida. Al abrir los siete sellos, bosquejó los eventos que ocurrirían en su iglesia hasta su regreso.

Cuando les pidió a los siete ángeles que tocaran sucesivamente sus trompetas, fue una manera de revelar la historia de los conquistadores del Imperio Romano hasta que él, el gran Conquistador de todos, regresara. Entonces, "el reino del mundo" pasará a ser "de nuestro Señor y de su Cristo, y él reinará por los siglos de los siglos".

Cuando le contó a Juan acerca del envío de los siete ángeles con siete terribles plagas, fue para advertir a los malvados lo que les ocurriría en el día del juicio.

Y al hacer que Juan viera los tres ángeles, se proponía ayudarle a comprender cuán grandes esfuerzos haría Dios para tratar de salvar a los hombres antes de que pasara para siempre la última oportunidad de volver a él.

Juan vio que el primero de estos tres ángeles volaba por el

medio del cielo y "llevaba el evangelio eterno" para predicarlo a todos los moradores de la tierra, "a toda nación, raza, lengua y pueblo". Y este era el mensaje que proclamaba a gran voz: "Teman a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adoren al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales".

El segundo ángel pregonó: "¡Ya cayó! Ya cayó la gran Babilonia"; y el tercero añadió esta advertencia: "Si alguien adora a la bestia y a su imagen, y se deja poner en la frente o en la mano la marca de la bestia, beberá también el vino del furor de Dios".

En realidad, este triple mensaje no es nuevo. Se trata del mismo evangelio de amor que Dios ha estado comunicando a los hombres desde que Adán pecó en el Edén. Por eso se lo llama el evangelio eterno, tan inmutable como Dios mismo.

Constituye una invitación dirigida a todo ser humano en todo país, ciudad y hogar, a que vuelva a Dios y lo adore como Creador y Redentor antes de que sea demasiado tarde para arrepentirse.

Es una advertencia a huir de los pecados insensatos de "Babilonia", a apartarse de todos los agentes de Satanás tales como "la bestia y... su imagen", y a evitar recibir su marca. Porque

debes saber que Satanás también marca a sus seguidores, así como Dios marca a los suyos. La diferencia radica en que la marca de Satanás es precisamente lo contrario de la de Dios. Se la reconoce en el orgullo, la avaricia, el egoísmo y la desobediencia a los mandamientos de Dios.

Cuando los tres ángeles han completado su obra y desaparecen en el azul del cielo, Juan ve que se acerca Alguien sentado sobre "una nube blanca... En la cabeza tenía una corona de oro, y en la mano, una hoz afilada". Cuando la nube se ha acercado lo suficiente, el apóstol ve que el Personaje que viene con ella es Jesús mismo, que regresa en gloria a buscar a los suyos.

Es este detalle el que nos permite saber que el triple mensaje de los ángeles ha de proclamarse justamente antes de la segunda venida de Cristo. Más aún, sabemos que ese mensaje debe pregonarse al mundo hoy.

Al aprender más acerca de lo que los tres ángeles tienen para decir, presta mucha atención y sigue también su consejo. Este podría ser el último mensaje de amor que Dios te da

Tal vez, algún día, tú mismo oigas este mensaje. Si esto ocurre, préstale mucha atención, pues puede ser el último mensaje de amor de Dios para ti.

Cuando Jesús venga

(Apocalipsis 19:5-19)

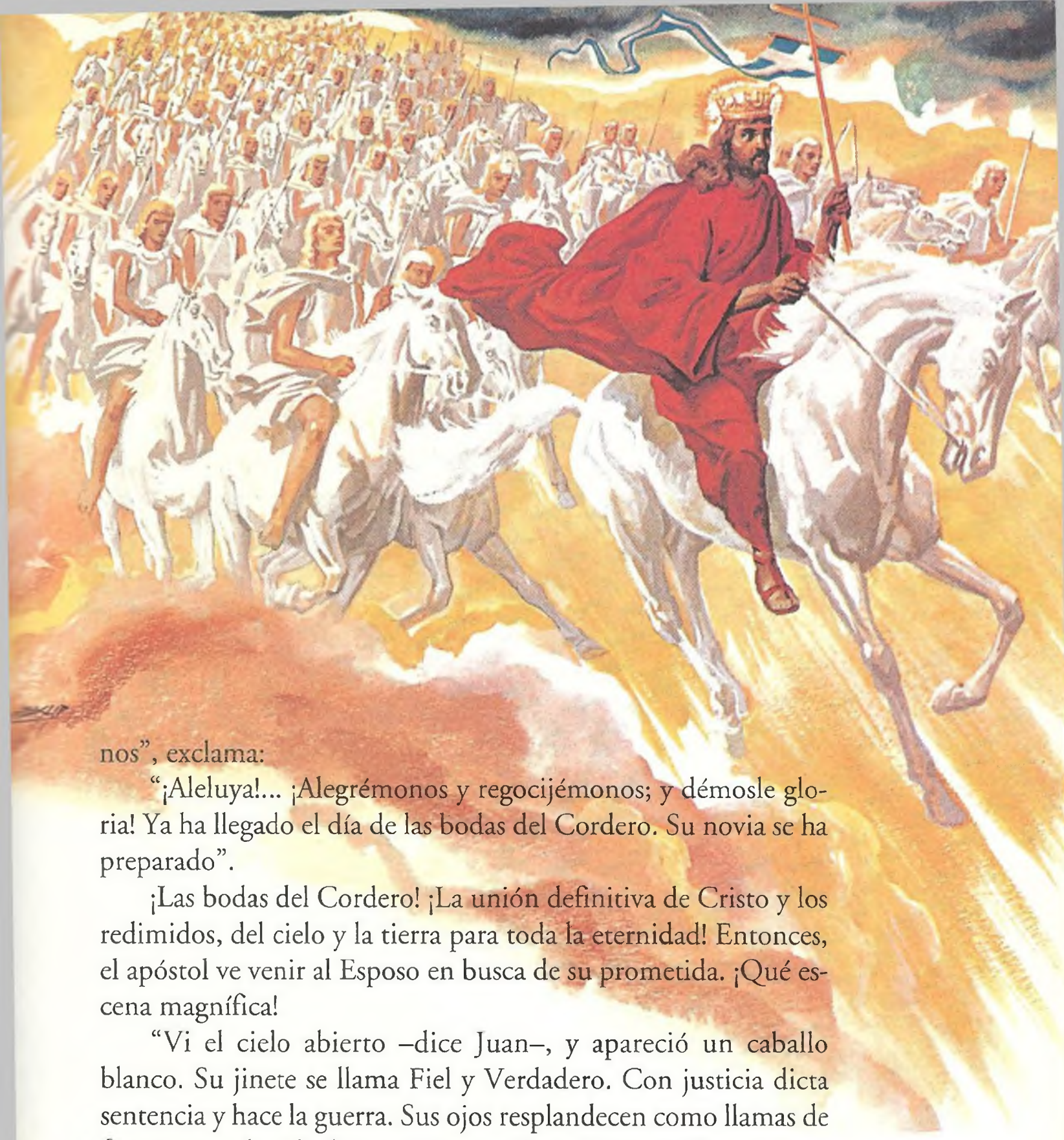
NO sabemos con exactitud durante cuánto tiempo se le permitió a Juan observar en el cielo todas las cosas maravillosas que Jesús quería mostrarle. Pueden haber sido horas. O quizá varios días y noches.

Pero no le deben haber quedado dudas acerca del regreso de Jesús. También se había desvanecido todo temor de que el mundo no cristiano destruyera a la naciente Iglesia Cristiana. ¡Después de todo, había contemplado la futura victoria de Jesús sobre todos sus enemigos! ¡Había visto a miles de ángeles que estaban de su lado para lograr este objetivo!

Y sin embargo, el apóstol vería algo más todavía: una escena de esplendor y gloria que confirmaría su fe en la victoria final de su Señor y Maestro.

Repentinamente, Juan oye una voz que proviene del trono celestial y dice: "¡Alaben ustedes a nuestro Dios, todos sus siervos, grandes y pequeños!"

En respuesta, la vasta multitud de seres celestiales, "como el estruendo de una catarata y como el retumbar de potentes true-

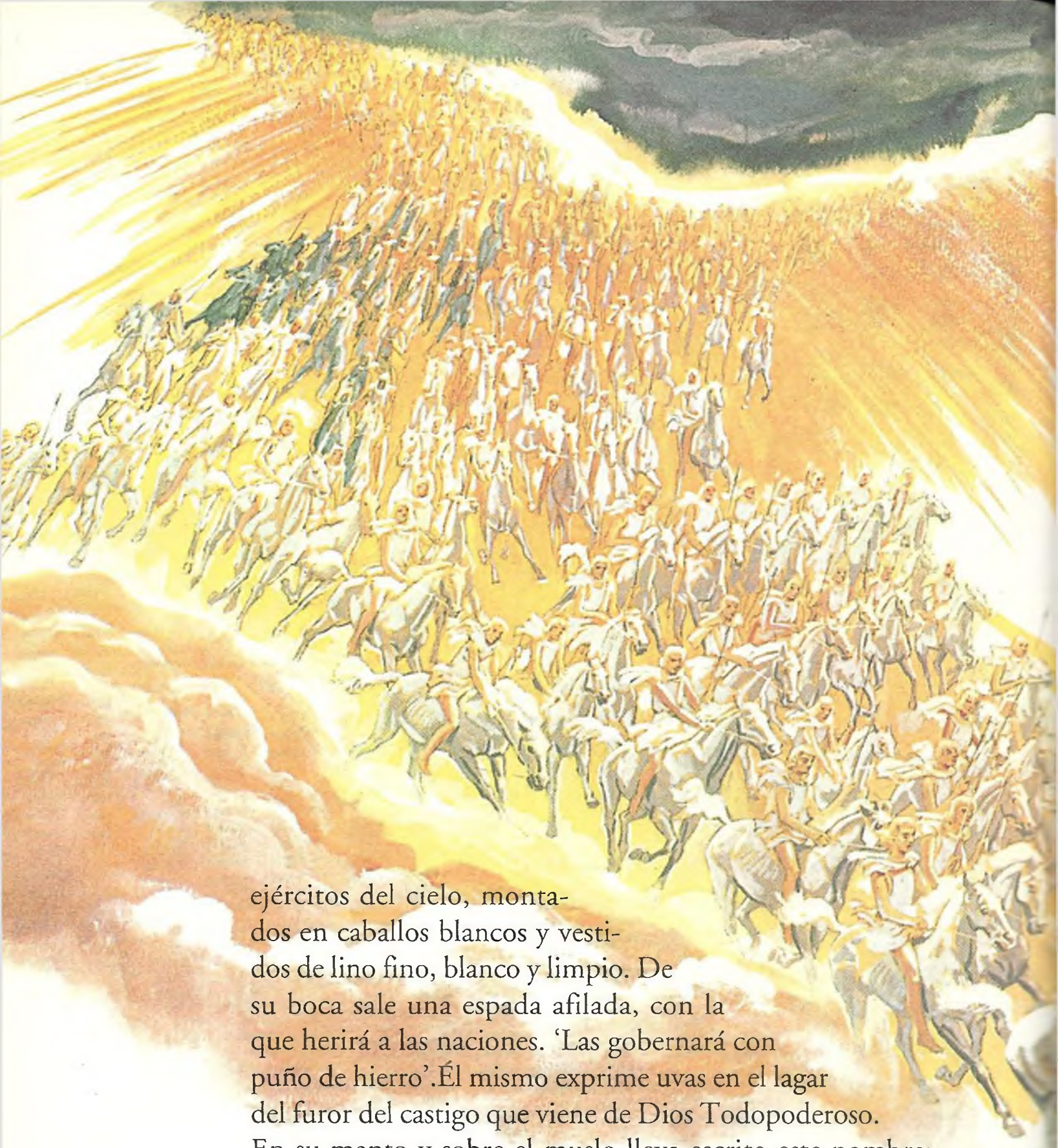


nos", exclama:

"¡Aleluya!... ¡Alegrémonos y regocijémonos; y démosle gloria! Ya ha llegado el día de las bodas del Cordero. Su novia se ha preparado".

¡Las bodas del Cordero! ¡La unión definitiva de Cristo y los redimidos, del cielo y la tierra para toda la eternidad! Entonces, el apóstol ve venir al Esposo en busca de su prometida. ¡Qué escena magnífica!

"Vi el cielo abierto –dice Juan–, y apareció un caballo blanco. Su jinete se llama Fiel y Verdadero. Con justicia dicta sentencia y hace la guerra. Sus ojos resplandecen como llamas de fuego, y muchas diademas ciñen su cabeza. Lleva escrito un nombre que nadie conoce sino sólo él. Está vestido de un manto teñido en sangre, y su nombre es 'el Verbo de Dios'. Lo siguen los



ejércitos del cielo, montados en caballos blancos y vestidos de lino fino, blanco y limpio. De su boca sale una espada afilada, con la que herirá a las naciones. 'Las gobernará con puño de hierro'.Él mismo exprime uvas en el lagar del furor del castigo que viene de Dios Todopoderoso. En su manto y sobre el muslo lleva escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores".

El apóstol observa, mudo de admiración, la sublime proce-

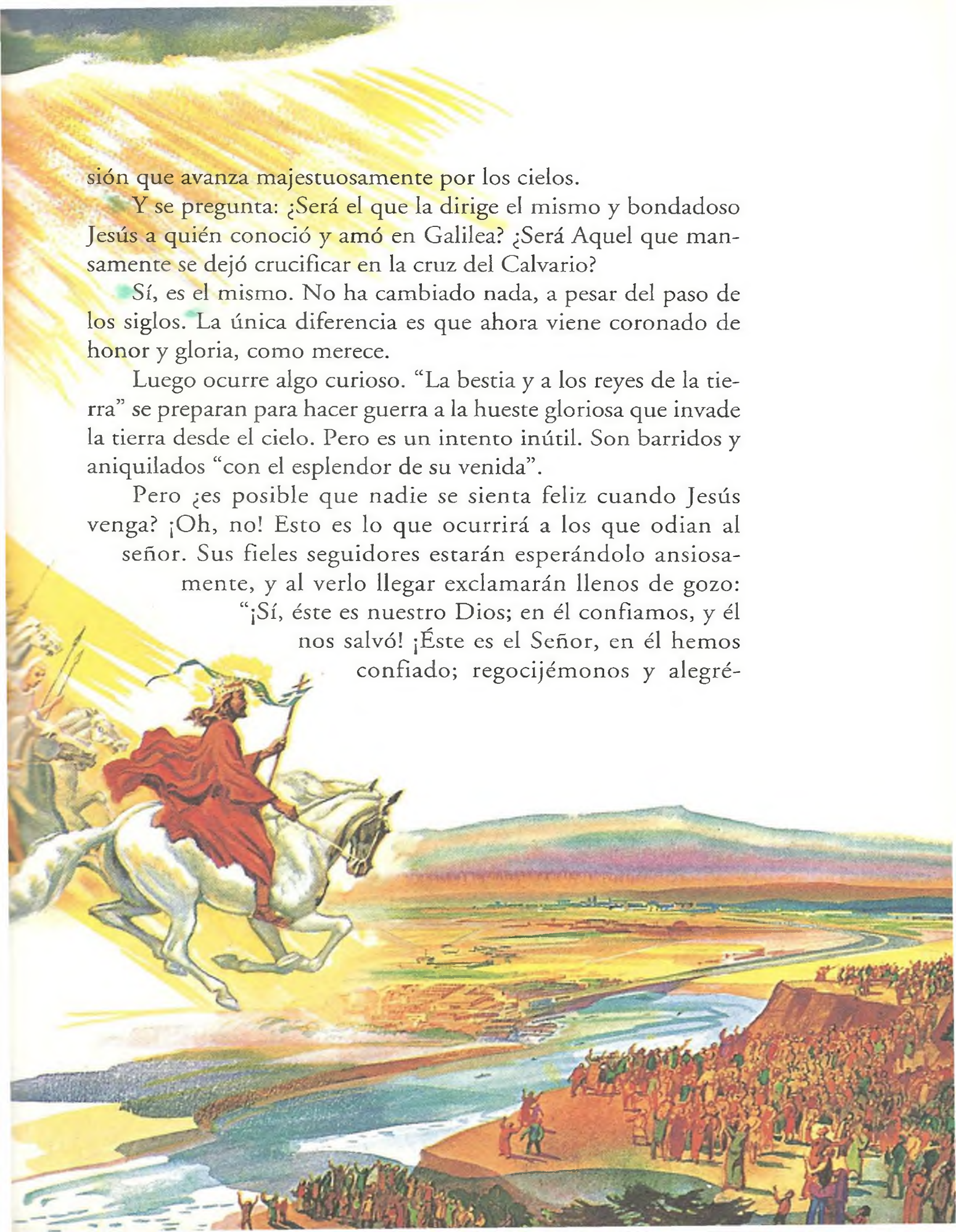
sión que avanza majestuosamente por los cielos.

Y se pregunta: ¿Será el que la dirige el mismo y bondadoso Jesús a quién conoció y amó en Galilea? ¿Será Aquel que mansamente se dejó crucificar en la cruz del Calvario?

Sí, es el mismo. No ha cambiado nada, a pesar del paso de los siglos. La única diferencia es que ahora viene coronado de honor y gloria, como merece.

Luego ocurre algo curioso. "La bestia y a los reyes de la tierra" se preparan para hacer guerra a la hueste gloriosa que invade la tierra desde el cielo. Pero es un intento inútil. Son barridos y aniquilados "con el esplendor de su venida".

Pero ¿es posible que nadie se sienta feliz cuando Jesús venga? ¡Oh, no! Esto es lo que ocurrirá a los que odian al señor. Sus fieles seguidores estarán esperándolo ansiosamente, y al verlo llegar exclamarán llenos de gozo: "¡Sí, éste es nuestro Dios; en él confiamos, y él nos salvó! ¡Éste es el Señor, en él hemos confiado; regocijémonos y alegré-



monos en su salvación!" (Isaías 25:9).

En ese día, todo los que hayan muerto creyendo en Jesús serán resucitados y, juntamente con los justos vivos, serán "junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire" (1 Tesalonicenses 4:17).

Al mirarlos, Jesús les sonreirá con tanto amor como cuando un esposo amante mira a su prometida; y entonces los llevará para disfrutar de las "muchas viviendas" que ha preparado para ellos.

¡Qué día de regocijo será aquel! ¿Te sentirás feliz, tú también, de ver venir al Señor?

Dios finalmente vence

(Apocalipsis 20:7 a 21:2)

AHORA, Juan mira el futuro distante. Es como si hubieran pasado 1.000 años. Entonces, repentinamente, ve una ciudad hermosa que desciende del cielo, resplandeciente como una estrella.

Hay algo en ella que le recuerda a Jerusalén. Pero no es la antigua ciudad que conocía antes que los romanos la saquearan y la quemaran. No, es la ciudad más gloriosa que alguien haya visto o soñado. Sus cimientos, sus muros y sus calles resplandecen como joyas de diversos colores.

Con suavidad, la ciudad se asienta en tierra. Dentro de ella se encuentran los hijos de Dios. Habían sido llevados al cielo en la segunda venida, y se veían radiantemente felices.

Ahora, la atención de Juan es dirigida hacia otra escena maravillosa. Por dondequiera que mira, observa sepulcros que se abren y gente que sale de ellos. Millones y millones. ¡Nunca ha visto tantos! Sin embargo, estos individuos son muy diferentes de los santos que se hallan dentro de la ciudad. Comparados con estos, aquellos parecen pequeños y raquíticos. Además, el odio y

la crueldad se pintan en sus rostros.

De repente, Juan comprende: esa es la resurrección de los impíos, de la cual Jesús había hablado hacía mucho tiempo.

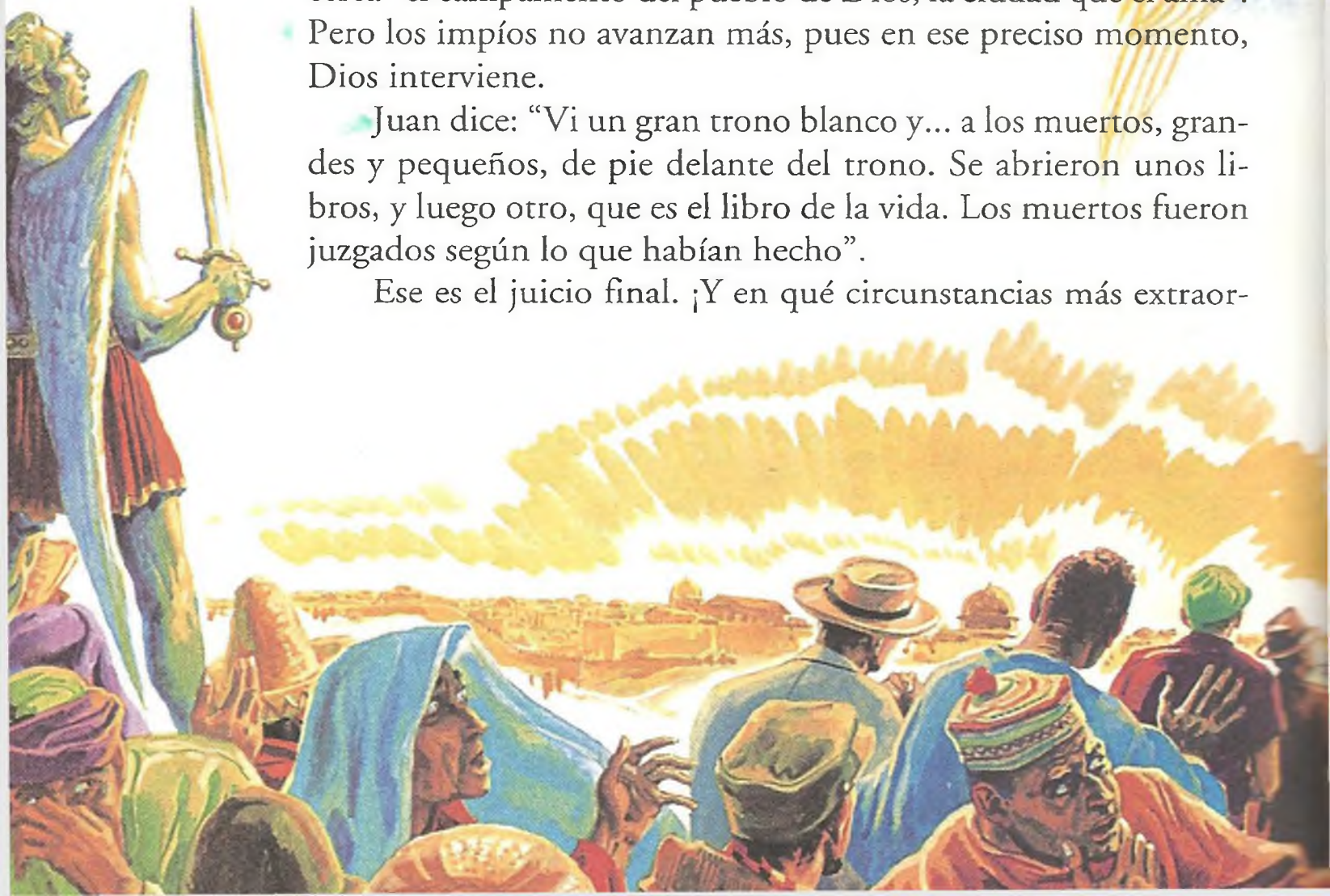
Luego el apóstol distingue a un personaje alto y de apariencia imponente que se mueve entre las multitudes. Hay una expresión de maldad en su rostro, el gesto de alguien que ha sido derrotado y que desea vengarse. Sí, es Satanás, el archienemigo de Cristo, que ha causado todas las dificultades y dolores de la tierra desde el comienzo. Mientras se mueve rápidamente entre los malvados, los insta a que ataquen la hermosa ciudad.

–¡Sus calles son de oro y cada puerta es una perla! –exclama–. ¡Avancemos y tomemos la ciudad! ¡Nosotros somos muchos más que los que están dentro de ella! ¡En marcha! ¡En marcha!

Movidos por la envidia, la codicia y el odio, la impresionante multitud avanza "a lo largo y a lo ancho de la tierra" y cerca "el campamento del pueblo de Dios, la ciudad que él ama". Pero los impíos no avanzan más, pues en ese preciso momento, Dios interviene.

Juan dice: "Vi un gran trono blanco y... a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono. Se abrieron unos libros, y luego otro, que es el libro de la vida. Los muertos fueron juzgados según lo que habían hecho".

Ese es el juicio final. ¡Y en qué circunstancias más extraor-



dinarias se realiza! Todos los seres humanos que alguna vez vivieron sobre la tierra se hallan presentes. Todos los buenos están dentro de la ciudad y todos los impíos fuera de ella. En su infinita sabiduría, Dios los ha reunido para que todos puedan comprender lo que ha hecho y lo que va a hacer. Desea que todas las criaturas que pueblan el vasto universo sepan que sus acciones son siempre justas y buenas.

Cuando los libros son abiertos, los malvados no solo descubren que Dios ha guardado un registro de cada cosa que ellos dijeron o hicieron, sino que también ven ante sí una rápida representación de la historia del pecado desde sus comienzos, y de

los recursos que el Señor empleó para hacerle frente y eliminarlo.

Así, todos ven cómo comenzó el pecado y qué parte tuvo Satanás en su surgimiento. Ven también cómo el maligno trajo ese espíritu de rebelión a esta tierra, con todos sus tristes resultados. Ven cómo Cristo se ofreció a sí mismo para pagar la pena del pecado a fin de que la raza humana pudiera salvarse de la destrucción. También contemplan al Salvador cuando pende de la cruz, muriendo para que los hombres puedan vivir.

Al observar esto, los impíos reconocen que Dios hizo todo lo que podía para ayudarlos; muchos se lamentan por no haber hecho caso de las muchas invitaciones a arrepentirse que el Señor les envió. Y aún es posible que Satanás mismo admita su horrible equivocación. Pero es demasiado tarde ya para arrepentirse. Debían haberlo hecho mucho antes, cuando todavía había tiempo.

Por fin, uno por uno, los libros se cierran. Ya se han leído los registros; se ha contado la historia. No hay nada más que decir.

Y mientras Juan se pregunta qué va a ocurrir, observa que una inmensa llamarada de fuego desciende vertiginosamente del cielo. De esa manera, en su misericordia, Dios pone fin a la gran lucha entre el bien y el mal. "Caerá fuego del cielo y los consumirá por completo. El diablo, que los había engañado, será arrojado al lago de fuego y azufre".

Aunque lleva mucho tiempo, el bien vence al final.

Todas las cosas son hechas nuevas

(Apocalipsis 21:1 a 22:17)

CUANDO se despeja el humo y Juan es capaz de ver nuevamente a su alrededor, es como si todo hubiera cambiado. Absolutamente todo.

La tierra luce diferente. El cielo es diferente. Todo está tan cambiado, que Juan dice: "Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir".

Nada manchado por el pecado existe ya. Todas las cosas son gloriosamente hermosas. Hasta la tierra tiene la misma apariencia que cuando acababa de ser creada por Dios. El Señor ha vuelto a establecer el Edén, así como lo había prometido. Lo ha hecho todo de nuevo. No ha quedado nada que pueda dañar ni causar dolor a la raza humana.

El mismo Ser maravilloso que una vez creó el mundo con infinito cuidado y detalle, ha vuelto a crearlo para que el hombre pueda disfrutar de él por toda la eternidad.

Por dondequiera mira, Juan observa bellezas que superan toda comparación. Montañas majestuosas cubiertas de abetos,

cedros, robles y pinos gigantescos. Suaves colinas adornadas con árboles y arbustos en flor. Campos que, revestidos de un espeso colchón de césped tachonado de flores, parecen una inmensa alfombra multicolor. Pensamientos y margaritas, amapolas y claveles, campanillas y narcisos, lirios y geranios, orquídeas y begonias; sí, todas las flores abren sus pétalos con la misma belleza y fragancia que poseían cuando Dios las creó al principio.

El mar "dejado de existir". No hay más vastos océanos que separan a unas personas de otras. En lugar de ellos, hay hermosos lagos salpicados de islas, alimentados por una corriente cristalina que avanza canturreando eternamente desde un manantial que se encuentra en la Ciudad Santa.

Juan dice que vio "un río de agua de vida, claro como el cristal, que salía del trono de Dios". Desde allí fluye hasta los fines de la tierra, refrescando toda la naturaleza con la vida que proviene de Dios.

Y la Nueva Jerusalén es tan hermosa, que Juan apenas puede encontrar palabras para describirla. Su brillo es "como el de una piedra preciosa –dice–, semejante a una piedra de jaspe transparente". Además, tiene "una muralla grande y alta, y doce puertas". Pero no se trata de una ciudad fortificada como las que existían en el mundo antes de la restauración. No, su muralla "estaba hecha de jaspe, y la ciudad era de oro puro, semejante a cristal pulido".

Juan menciona en detalle los cimientos de la ciudad, porque son muy diferentes de los que se conocían. No están hechos de concreto, de ladrillos, ni de grandes troncos, sino de distintos tipos de piedras preciosas. Y al ser atravesadas por la luz que bri-

lla del trono, estas joyas centellean y resplandecen con fastuosos reflejos de colores.

El apóstol trata de ubicar el templo de la ciudad, pero no lo encuentra. En efecto, no hay templo en ella, porque ya no se lo necesita. Nunca más se requerirán sacrificios por el pecado, porque Jesús ha ofrecido "un solo sacrificio" que "ha hecho perfectos para siempre a los que está santificando". Por eso "el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo".

"La ciudad no necesita ni sol ni luna que la alumbren, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera... Sus puertas estarán abiertas todo el día, pues allí no habrá noche".

¡Qué hogar maravilloso está preparando el amante Señor

para aquellos que lo aman! ¡Y qué sitio más feliz será para vivir! Porque él estará con los redimidos por toda la eternidad. Con ternura "Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir". Solo existirá la más pura felicidad por los siglos de los siglos. Ya no habrá más murmuraciones, ni discusiones, ni peleas. Solo paz perfecta por toda la eternidad.

Ya no habrá más crueldad, ni impaciencia, ni palabras hirientes, ni acciones malvadas. Solo amor por toda la eternidad.

¿Te gustaría vivir en esa tierra gloriosa que Dios ha preparado para sus hijos fieles? ¿Te gustaría entrar en ella juntamente con todos los redimidos?

Si lo deseas, puedes hacerlo. Por lo menos, se te invita ansiosamente a hacerlo, porque "El Espíritu y la novia dicen: '¡Ven!'; y el que escuche diga: '¡Ven!' El que tenga sed, venga; y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida".

"¡Ven! ¡Ven! ¡Ven!"

Jesús te está invitando, pues desea que disfrutes del cielo juntamente con él. Esta es la invitación final de las Escrituras; la última de todas las que se encuentran en las bellas historias de la Biblia.

¿Por qué no la aceptas ahora?

10

Los discípulos esperaron apaciblemente el don que Jesús les había prometido antes de regresar al cielo.

Y finalmente llegó. Como lenguas de fuego, el Espíritu Santo descendió sobre ellos y los preparó para la aventura. Los ángeles ayudaron a Pedro a escapar de la prisión. Pablo sobrevivió a los naufragios y a las picaduras de serpientes, y predicó ante reyes. Juan vio el futuro. Todo esto en el tomo 10, que abarca el Nuevo Testamento, desde los Hechos hasta el Apocalipsis.

La ilustración de la portada es de Harry Anderson